

LOS
demás
seguimos
AQUÍ



PATRICK
NESS

AUTOR DE *UN MONSTRUO VIENE A VERME*

NUBE **DE TINTA**

PATRICK NESS

Los demás seguimos aquí

Traducción de **Nuria Salinas Villar**

NUBE DE TINTA

Título original: *The Rest of Us Just Live Here*

Edición en formato digital: octubre de 2016

© 2015, Patrick Ness

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2016, Nuria Salinas Villar, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación a partir el diseño original de © WALKER BOOKS LTD

ISBN: 978-84-16588-22-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Patrick Ness, autor de *Un monstruo viene a verme*, nos recuerda en esta novela descarada, valiente y desternillante que a veces hay problemas más importantes que el fin del mundo, porque todos tenemos algo extraordinario en nuestras vidas.

¿Qué pasa si no eres el Elegido? ¿El que se supone que tiene que luchar contra zombis, fantasmas come-almas, o lo que resulten ser estas luces azules y muertes misteriosas?

¿Qué pasa si eres como Mike? Él solo quiere pasar el verano con sus amigos, y quizás atreverse a pedirle para salir a Henna antes de que alguien haga saltar el instituto por los aires. Otra vez.

¿Es que si no vas a salvar el mundo, tu vida no puede ser especial e interesante? Aunque quizás no tanto como la de tu mejor amigo, el Dios de los Gatos.

*Para mi maravillosa hermana,
Melissa Anne Brown,
que es a un tiempo amable y divertida,
la mejor combinación posible*

Creí que podría organizar la libertad.
Qué escandinavo por mi parte.

BJÖRK

CAPÍTULO PRIMERO, en el que el Mensajero de los Inmortales llega en una forma asombrosa: una niña en busca de una Vasija permanente, y, después de que ella lo persiga por el bosque, el indie Finn encuentra su sino.



El día en que somos las últimas personas que verán con vida al indie Finn, estamos tumbados en El Campo, hablando del amor y de estómagos.

—Pues yo no lo creo —dice mi hermana, y la miro, sorprendido por la sutil tensión que percibo en su voz. Bañada por la luz del sol, me dirige un gesto afirmativo de complicidad, algo molesto, y luego vuelve a negar con la cabeza mirando a Henna—. Siempre hay opciones. No me importa que creas que es amor (una palabra, por cierto, que NO debería pronunciarse tan a la ligera): a pesar de eso, a pesar de esa palabra, puedes optar por hacer lo correcto.

—Dije que estaba enamorada de su aspecto —dice Henna—. No de él. Estás tergiversando mis palabras. Y, además, no me refería a eso. Me refería a... cómo se llena el corazón. No, en realidad ni siquiera es el corazón: es el estómago. Lo sientes y todo sencillamente fluye.

—No, para nada —replica mi hermana con firmeza—. No. Para. Nada.

—Mel...

—Puedes sentir eso y aun así optar por hacer lo correcto.

Henna frunce el entrecejo.

—¿Por qué es una cuestión de «hacer lo correcto»? Estoy describiendo un sentimiento humano totalmente normal. Nathan está bueno.

Devuelvo la mirada al libro de texto de historia. Toco sus cuatro esquinas, una tras otra, contando en silencio. Veo que Jared se ha fijado.

—Dijiste que no tenías opción —insiste Mel—. Dijiste que si hubieras sido capaz de besarlo, lo habrías hecho allí mismo, te viera quien te viera. ¿Y si tiene novia? ¿Y si Tony hubiese estado cerca?

—Ya no salgo con Tony...

—Sí, ya, pero sabes lo sensible que es. Le habrías hecho daño y luego le habrías dicho que no tenías opción, una chorrada.

Henna se tapa la cara con las manos, frustrada.

—Melinda...

—Es algo que llevo fatal.

—Ya lo veo...

—Y no me llames Melinda.

—Henna tiene razón —dice Jared. Está tumbado de espaldas con la cabeza apoyada en el culo de Henna—. Es el estómago.

—En un chico, seguro que es algo situado más abajo —replica Mel.

—Eso es diferente —dice Jared al tiempo que se sienta—. La polla o lo que sea..., eso es deseo. Instinto animal. Esto es algo más.

—Sí —conviene Henna.

—Se siente exactamente aquí. —Jared se lleva una mano a la barriga. Es una barriga más bien grande, y sabemos que Jared no atrae la atención hacia ella así como así—. Y es como si en ese momento todo lo que creías dejara de servir. O de importar. Y todo lo que era complicado de pronto fuera tan sencillo como un sí o un no, porque el que manda es el estómago y te está diciendo que lo que deseas es posible y que no es la respuesta a todo pero sí lo único que va a hacer que las preguntas sean más soportables.

Se interrumpe y mira hacia el sol. Todos sabemos a qué se refiere. Él sabe que todos sabemos a qué se refiere. Nunca habla de eso. A los demás nos encantaría que lo hiciera.

—No es el estómago el que manda —dice Mel con voz serena.

—Oh —contesta Jared al caer en la cuenta—. Lo siento...

Mel sacude la cabeza para restarle importancia.

—No quería decir eso. Tampoco es el corazón el que manda. Él cree que sí, pero no. Siempre hay opciones. Siempre.

—No se puede optar por no sentir —interviene Henna.

—Pero se puede optar por actuar de una manera o de otra.

—Sí —dice Jared—, aunque es difícil.

—Los primeros cristianos creían que el alma estaba en el estómago —digo.

Se impone el silencio cuando una nueva ráfaga de viento barre la hierba, sola y desamparada, como diciendo «Seguid a lo vuestro».

—Me lo dijo mi padre una vez —añado.

Mel baja la mirada al ordenador portátil y empieza a teclear más respuestas de los deberes.

—Y yo me pregunto qué sabrá nuestro padre —dice ella.

El viento arrecia un poco («Lo siento mucho», lo imagino diciendo; al parecer, es un viento británico intentando entender cómo ha llegado hasta aquí), y Henna tiene que plantar la mano sobre una hoja de ejercicios que amenaza con salir volando.

—Pero ¿por qué seguimos usando papel?

—Libros —contesta Jared.

—Papel higiénico —dice Mel.

—Porque el papel es una cosa —digo yo—, y a veces se necesitan cosas además de pensamientos.

—No buscaba una respuesta —replica Henna al tiempo que guarda la hoja —unos apuntes sobre la guerra civil que repartió el profesor— debajo de su portátil convertible.

Vuelvo a tocar las esquinas del libro, contando mentalmente. Y otra vez. Y una vez más. Veo que Jared me mira con disimulo. Otra ráfaga de viento británico me alborota el pelo. («¡Buenos días por la mañana!» Oh, no, es irlandés.) Es un día soleado para que de pronto haga tanto viento. Solo venimos cuando hace buen tiempo, y abril y mayo han sido dos meses extrañamente cálidos. En realidad, El Campo no tiene mucho de campo; parece más un solar cuyo propietario nunca llegará a edificar porque muriera o lo perdiera en un divorcio o algo así, un cuadrado grande, cubierto de hierba y con varios tocones muy prácticos, que hay al final de la carretera en la que está mi casa. Además, queda aislado de todo lo demás por hileras de árboles. Habría que venir a propósito a esta zona para conocerlo, algo que nadie hace porque estamos tan en el quinto pino que lo único que hay por aquí es bosque superdenso. Por la noche se oyen coyotes y en nuestro jardín entran ciervos a todas horas.

—Eh —dice Jared—, supongo que soy el único que está haciendo el trabajo sobre la reconstrucción después de la guerra civil, ¿no?

—Yo también lo estoy haciendo sobre eso —digo.

—Ah, ¿sí? —dice Mel, angustiada—. Yo también.

—Y yo —dice Henna.

—¿Todos?! —se sorprende Jared.

Mel me mira.

—¿Te importaría hacerlo sobre otra cosa? Es decir, ¿verdad que no te importaría? ¿Verdad? ¿Verdad?

—Es que ya tengo un montón de apuntes... —digo.

—Pero a mí se me da muy bien el tema de la reconstrucción.

—Pues haz el trabajo sobre la reconstrucción...

—No podemos hacerlo los dos. El tuyo será de cerebritito y yo quedaré como una tonta.

Un clásico de mi hermana. Cree que es tonta. Y no lo es, en absoluto.

—Será mejor que el mío —dice Jared.

—Mikey, deja que lo haga yo.

Y en este punto, lo sé, la mayoría de la gente pensaría: «Típica hermana mayor marimandona», y la mayoría de la gente que no nos conoce se preguntaría por qué vamos al mismo curso, el último, cuando ella me saca más de un año, y la mayoría de la gente creería detectar un tono de niña mimada en su voz.

La mayoría de la gente se equivocaría. Mel no está lloriqueando. Me lo está pidiendo, y de una forma más o menos amable, tratándose de ella. Y la mayoría de la gente no advertiría en sus ojos el miedo por este examen.

Pero yo sí.

—Vale —digo—. Haré el trabajo sobre las causas.

Mel asiente en señal de agradecimiento. Se vuelve hacia Henna.

—¿Te importaría hacer tú también el trabajo sobre las causas?

—¿Eh! —dice Jared—. ¿Y yo qué?

—¿Lo preguntas en serio? —dice Mel.

—Bah, no, era broma. —Y se ríe.

Jared, a pesar de que es grande y alto, de que empezó a afeitarse a los once y de que juega de defensa en el equipo de fútbol americano desde que todos íbamos a primero, es de matemáticas. Dale números y brillará. Dale palabras y frases que haya que ordenar y su frente se arrugará de tal modo

que podrás ver con exactitud el aspecto que tendrá cuando cumpla ochenta años.

—Mel —dice Henna—, tienes que dejar de...

Momento en el cual un indie sale corriendo de entre los árboles con la chaqueta de estilo retro aleteando a la espalda. Se sube las gafas de montura negra en la nariz y pasa a unos seis metros de nosotros. No nos ve. A decir verdad, los indies nunca nos ven, ni siquiera cuando estamos sentados a su lado en clase. Cruza El Campo y desaparece por entre los árboles del otro lado del claro, detrás de los cuales todos sabemos que solo hay un bosque espeso.

Se produce un silencio breve en el que todos intercambiamos miradas atónitas, y entonces una niña que brilla con luz propia sale corriendo de entre los mismos árboles que el indie. Tampoco ella nos ve, aunque brilla tanto que todos tenemos que protegernos los ojos, y luego desaparece por el mismo sitio que él.

Ninguno decimos nada.

—¿Era Finn? —pregunta Jared al cabo de un minuto.

—¿Qué Finn? —dice mi hermana—. ¿No se llaman Finn todos los indies?

—Creo que hay un par de Dylan —dice Henna— y un Nash.

—Por lo que sé, también hay dos Satchel —digo—. Un chico y una chica.

—Ese era uno de los Finn —dice Jared—. Estoy seguro.

Una columna de luz azul, lo bastante intensa para verse incluso a la luz del sol, se eleva de pronto desde donde el indie (creo que Jared tiene razón y que sí era uno de los llamados Finn) y la niña brillante deben de haber llegado.

—¿Qué hacen ahora? —pregunta Mel—. ¿Qué le pasaba a la niña?

—¿Y la luz? —añado yo.

—Espero que no vuelvan a volar el instituto —dice Jared—. Mi primo tuvo que celebrar la ceremonia de graduación en el aparcamiento.

—¿Crees que Nathan es un indie? —pregunta Henna, lo cual hace que Mel gruña.

—Por el nombre podría serlo —responde Jared, sin dejar de observar la brillante columna.

—¿Qué clase de tío se cambia de instituto cinco semanas antes de acabar el último curso? —pregunto, tratando de que mis palabras no dejen traslucir ninguna intención y tocando una vez más las esquinas del libro.

—La clase de tío del que Henna se enamora —dice Mel.

—¡VALE YA! ¡YO NO DIJE QUE ESTUVIERA ENAMORADA DE ÉL! —grita Henna.

Mel sonrío con malicia.

—Pues parece que el tema te apasiona. ¿O es solo tu estómago el que habla?

El viento cesa de súbito.

—La luz se ha apagado —dice Jared.

La columna ha desaparecido. Ya no se oye a nadie corriendo. Miramos hacia los árboles, sin saber muy bien qué esperar, y luego todos damos un brinco cuando el portátil de mi hermana empieza a reproducir una canción que nos gusta. Es una alarma que ella había programado. Significa que nuestros padres han salido para ir a visitar a nuestra abuela.

Significa que ya es seguro ir a casa.

CAPÍTULO SEGUNDO, en el que la indie Satchel escribe un poema, y sus padres le dan con cariño el espacio que necesita para que sienta lo que deba sentir; luego un indie llamado Dylan llega a su casa, aterrado, para decirle que una misteriosa niña brillante le ha informado de la muerte del indie Finn; Satchel y Dylan se consuelan el uno al otro, platónicamente.



En el transcurso de mi vida, he confesado a Henna mis sentimientos locos y desesperados hacia ella exactamente cero veces.

Tenemos mucho en común: un problemilla de ansiedad del que en realidad no nos gusta hablar, un mejor amigo o amiga a los que queremos tanto que ningún novio o novia podría competir con ellos, padres que... no son los mejores del mundo, precisamente. Tenemos en común a Mel, claro, y eso está bien, y ninguno de los dos es indie, aunque su nombre es totalmente indie (pero eso es porque su padre es extranjero, así que no cuenta, y, de todos modos, supongo que en Finlandia Henna no debe de ser muy indie; además, tiene un apellido imposible).

Somos amigos desde que teníamos ocho años, más de la mitad de mi vida ya, aunque casi siempre con mi hermana como intermediaria. He estado loca y desesperadamente enamorado de Henna desde que teníamos unos doce. Ella empezó a salir con Tony Kim un poco antes, y eso fue lo que, por supuesto, hizo que me diera cuenta de lo de «loca y desesperadamente». Cortó con Tony en Fin de Año y no ha vuelto a salir con nadie. Estamos en mayo.

Entonces, ¿qué he hecho los últimos cinco meses? Te remito al «cero veces» de más arriba.

—Despejado —dice Mel en el camino de entrada, con los eternos y distantes ladridos de fondo, y vemos que el coche de nuestra madre no está.

Vivimos en un barrio residencial de un barrio residencial de un barrio residencial de un barrio residencial de una ciudad a la que se tarda como una hora en llegar. Aquí no hay nada aparte de bosques y una Montaña gigantesca en el horizonte más inmediato que un día explotará y lo aplastará todo y a todos en esta parte del estado. Podría ocurrir mañana. Podría ocurrir dentro de cinco mil años. Cómo es la vida, ¿eh?

Asfaltaron debidamente la carretera que lleva a nuestra casa apenas el año pasado, y nuestros vecinos son una mezcla de profesionales como mis padres que querían un trozo de tierra para construir una casa y otras personas que creen que los informativos de la Fox son demasiado liberales y se han construido búnkeres para guardar las armas. Por aquí, la gente cultiva o nabos orgánicos o plantaciones enormes de marihuana. Mis padres prefieren los narcisos.

No los pises. En serio: no los pises.

Los padres de Henna viven en la misma carretera, un poco más allá, pero es una casualidad porque en realidad nos conocemos de la iglesia a la que nuestras respectivas familias llevan cien años yendo. La madre de Henna es la ministra de música. Henna y ella son las únicas personas negras de toda la congregación. Para que te hagas una idea de cómo es nuestro pedacito de mundo. El padre de Henna es un podólogo finlandés blanco (más bien, muy blanco) que a veces va a África de misionero con la madre de Henna. Allí es donde Henna va a pasar este verano, el último verano que podría pasar con sus amigos del instituto antes de irse a una (muy cristiana) universidad. Estará en la República Centroafricana hablando francés nivel instituto con centroafricanos que acabarán siendo podólogos y ministros de música lo quieran o no.

Lo que esto significa es que esos cinco meses de última oportunidad desde su ruptura con Tony se han reducido ya a cuatro semanas y media de última oportunidad hasta la graduación. Dada mi tasa de éxito hasta la fecha, creo que no tengo muchas probabilidades.

Mel abre la puerta de casa, y, apenas hemos entrado dos pasos, María Magdalena, nuestra rechoncha gatita naranja, ha venido como un rayo y ronronea alrededor de las piernas de Jared. Él le acaricia el morro con un dedo.

—Ya te he visto —susurra, y Mari Mag se va derrumbando extasiada y de lado, como una hélice al caer.

—¿A alguien le apetece algo? —pregunta Mel camino de la cocina.

Jared pide una bebida energética. Henna pide una bebida energética. Yo pido una bebida energética.

—¿Y un poco de ayuda qué tal? —vocea Mel desde la cocina.

Voy. Miro el vaso de agua que se ha servido.

—No me pasa nada —dice en voz baja—. Se nos ha acabado la Coca-Cola baja en calorías y no soporto el sabor de esas cosas.

No le falta razón con lo de las bebidas energéticas, que tienen nombres como Monstropop, Rev o Lotusexxy, y que son, sí, bastante asquerosas, pero que también tienen tanta cafeína que es probable que no vuelva a dormir hasta que empiece la universidad.

Estamos al lado de la nevera. Abro la puerta. Hay una botella de Coca-Cola baja en calorías al fondo. Solo queda un culo, pero...

—Mikey... —susurra.

La miro a los ojos.

—A veces sencillamente no es fácil —dice—. No significa nada. Me has visto almorzar.

La he visto almorzar. Y tiene razón, estaba normal. En casa siempre es más difícil para ella.

Toco el borde de cada vaso, los cuatro, uno tras otro. Vuelvo a hacerlo.

—Maldita sea —mascullo, y lo hago una vez más.

Mel se limita a esperar. Tres veces parecen suficientes, así que cierro la puerta de la nevera y la ayudo a llevar las bebidas a los sofás.

—¿Qué creéis que ha pasado en El Campo? —pregunta Henna con aire preocupado—. Me refiero al indie.

—Espero que nada —contesta Mel—. Pero si se traen algo entre manos, será mejor que lo dejen para después de la graduación.

—Solo quería decir que espero que esté bien —dice Henna, y todos advertimos que está pensando en su hermano.

Los indies, ¡eh! Tú también los tienes en tu instituto. Ese grupo con cortes de pelo de enrollado-memo, ropa de segunda mano y nombres de los años cincuenta. Majetes, nunca malas personas, pero los que siempre

acaban siendo los Elegidos cuando los vampiros aparecen o cuando la reina alienígena necesita La Fuente de Toda Luz o lo que sea. Son demasiado enrollados para no hacer nunca, jamás, algo como ir al baile de graduación o escuchar música que no sea jazz mientras leen poesía. Siempre andan con alguna historia de la que son los héroes. Los demás seguimos aquí, detrás de la valla, excluidos de casi todo.

Dicho esto, los indies mueren mucho. Lo cual tiene que fastidiar.

—¿Dónde está Mery Pis? —pregunta Jared cambiando de tema.

Nuestra hermana pequeña, Meredith (sí, lo sé: Michael, Melinda y Meredith, e incluso María Magdalena, la gata; antes teníamos un labrador hembra llamado Martha, pero un día mordió a un puercoespín y ese fue su final; al parecer sí es posible poner precio al amor: la cirugía estética facial de perro cuesta cerca de mil doscientos dólares).

En fin.

Meredith tiene diez años, está chiflada —puede que sea un genio (mi madre sin duda cuenta con ello)— y vive irremediable y penosamente pillada por los Bolts of Fire, la banda de chicos de estética vaquera y música country creada específicamente para pillar irremediable y penosamente a niñas de diez años, incluso a las que son un genio. Ha escuchado su mayor éxito, «Bold Sapphire» (de los Bolts of Fire, ¿lo pillas?) exactamente mil ciento cincuenta y siete veces. Lo sé porque lo he comprobado, después de suplicar clemencia a mis padres y no tener que oírla una milcientocincuentayoctava vez. Toda la prole Mitchell somos un poco obsesivos.

Aunque Jared está en un sólido segundo puesto en cuanto a pasión por los Bolts of Fire. Es grandullón, es simpático y tiene eso con los gatos. Si hay algo en lo que todos, todos y cada uno de nosotros, estamos de acuerdo, es en que Jared será un padre fantástico.

Claro que ninguno sabemos por experiencia lo que es tener uno, excepto Jared, lo cual es evidente.

—En clase de alemán —le digo—. Mi madre cree que en la escuela no le ponen suficientes retos.

Jared parpadea.

—Tiene diez años.

—Siguen confiando en que al menos uno no les salga tarado —dice Mel, y sintoniza un programa de televisión que ha descargado y que todos hemos visto ya como ruido de fondo, sin verlo en realidad.

Henna me mira.

—Vosotros no estáis tarados.

—Nadie en esta familia está tarado —dice nuestra madre, que acaba de entrar en casa—. Ese es el eslogan oficial de la campaña y lo estamos respetando.

Deja el bolso en la mesa que hay al lado de la puerta, mirando ya ceñuda a los cuatro adolescentes que tiene tirados en sus sofás. Llega con dos horas de antelación.

—¡Hola a todos! —casi brama con aire cordial, aunque Mel y yo sabemos que pagaremos por esto más tarde—. Vaya, todos los pies en los muebles.

Jared y Henna los posan despacio en el suelo.

—Hola, senadora estatal —saluda Jared con cortesía.

—Solo «Senadora». Es el protocolo, Jared —corrige mi madre con una sonrisa tensa—, incluso para una humilde funcionaria gubernamental. Como estoy segura de que ya sabrás a estas alturas. Hola, Henna.

—Señora Mitchell —contesta Henna con una voz tres tallas más pequeña que hace un minuto.

—Has vuelto pronto —dice Mel.

—Sí —conviene mi madre—. Ya veo que no me esperabais.

—¿Dónde está papá? —pregunto.

—Sigue con tu abuela.

—¿Cómo está?

La sonrisa de mi madre se tensa aún más.

—¿Os quedáis a cenar? —pregunta a Jared y a Henna dejando claro a su manera que en realidad no están invitados.

—No, gracias —responde Jared, que se levanta y deja la bebida energética intacta—. Ya nos íbamos.

—No tenéis que iros por mí —dice mi madre haciendo saber que sí, en efecto, tienen que irse.

—Aún nos quedan deberes por hacer —dice Henna mientras recoge sus cosas a toda prisa.

Deja la bebida energética en la mesa de café. El vaso ya exuda gotas de agua, y noto que el corazón se me acelera con la necesidad de poner un posavasos debajo o enjugarlo o algo.

Un vaso de bebida energética. Uno.

Mel me ve mirándolo, lo coge y lo vacía de un trago, aunque no soporta el Lotusexy.

Le dirijo una mirada de profundo agradecimiento.

Mientras yo estaba atrapado, Jared y Henna llegaron ya a la puerta y ahora se despiden con la mano. Se oye un portazo. La familia se ha quedado a solas. Hogar dulce hogar.

—No me gusta nada que seáis amigos de ese chico... —empieza a decir mi madre.

Me levanto tan deprisa que se interrumpe a media frase. No me pongo la chaqueta. No cojo nada salvo las llaves del coche, que ya tengo en el bolsillo. Estoy fuera antes de que pueda hacer otra cosa que mirarme atónita.

Alcanzo a Jared y a Henna en la acera.

—¿Os llevo a casa? —les pregunto.



Tardo unos tres segundos en dejar a Henna en su casa, aunque ella me da las gracias mirándome a los ojos cuando baja del coche. Mi cabeza loca y desesperada piensa cosas locas y desesperadas que decirle, pero, por supuesto, no lo hago. Luego seguimos en el coche Jared y yo, aunque el suyo está aparcado en mi casa. Giro en la dirección opuesta a donde vive.

No dice nada.

Seguimos dando vueltas hasta que se pone el sol. Estos bosques están surcados por más carreteras de las que es posible contar, de las que probablemente haya en ningún mapa. Por aquí se puede conducir y conducir y conducir y ver solo bosques y campos, alguna vaca ocasional,

algún alce ocasional y, todavía más ocasional, algún alce americano (el animal santo patrón del Perpetuo Bochorno; aunque no soy católico, me siento identificado con lo que, por lo visto, he decidido que sean los alces americanos). La Montaña resplandece y desaparece de la vista una y otra vez, tornándose de color rosa, luego azul, luego sombra, mientras contempla nuestro paseo.

Finalmente me detengo en un desvío que hay junto a un lago glacial. Enorme, cristalino, de un frío mortal.

—¿Es por Henna? —me pregunta al fin Jared.

—No es por Henna —contesto a la oscuridad—. Bueno, sí, pero no es solo por ella. Y tampoco es por mis padres.

—Mejor, aunque no pasaría nada. La antipatía de tu madre es mutua.

Contemplo la noche, de un negro realmente asombroso. Hay más estrellas sobre mi parte del mundo que en ningún otro lugar que haya visto.

—Faltan cuatro semanas y media.

—Cuatro semanas y media —repite Jared—. La graduación.

No dice nada más y espera. Yo también. Después de un largo minuto, enciendo el piloto interior del coche y levanto las manos delante de él.

—¿Qué estoy mirando? —pregunta.

Señalo las yemas de los dedos. Están arrugadas y agrietadas.

—Eczema.

—¿Y?

Apago la luz.

—Esta mañana, antes de la clase de historia, me he lavado las manos diecisiete veces después de mear.

Jared exhala durante mucho, mucho rato.

—Uf.

Yo me limito a tragar saliva. Se oye en el silencio.

—Creo que está empezando otra vez.

—Seguro que solo es la presión de todo —sugiere Jared—: los exámenes finales, tu amor no correspondido por Henna...

—No digas «no correspondido».

—Tu amor descomunadamente invisible por Henna...

Le doy un golpe en el brazo. Amistoso. Más silencio.

—¿Y si me vuelvo loco? —susurro al fin.

Nos reímos. Un poco.

—No te volverás loco, Mikey —dice—. Y si te vuelves loco, yo estaré ahí para ayudarte a recuperar la cordura.

Lo cual hace que me sienta...

Vale. Mira, a Jared le gustan los tíos. Todos lo sabemos, nos lo ha dicho él, aunque oficialmente nunca ha tenido un novio (porque ¿a quién demonios va a conocer por aquí que no sea un granjero o un agricultor viejo y asqueroso?) y nunca habla abiertamente de eso o cuenta qué hace los fines de semana que sale de noche y sabemos que no está trabajando pero dice que no puede quedar con nosotros. Y, sí, él y yo tonteamos varias veces mientras crecíamos juntos, aunque a mí me gustan las chicas, aunque a mí me gusta Henna, porque un adolescente salido se lo montaría con un árbol si se le pusiera a tiro en el momento oportuno, pero vas a tener que interpretarme bien cuando digo que solo quiero exactamente a tres personas en el mundo, al margen de lo que sea que siento por Henna.

Tres personas. Mel. Meredith. Y la tercera persona no es ni mi madre ni mi padre.

—¿Quieres que hablemos de la locura? —pregunta Jared.

—Ya —contesto—. Ya lo sé.

Hay tanta locura en este mundo que mi manía de contar y lavarme las manos y cerrar la puerta con seguro y comprobarlo todo puede parecer en comparación un síntoma de una salud mental de hierro. La locura de Jared es mucho más loca que la mía, aunque no creo que a él le quite el sueño pensar que todo sería más fácil si él fuera...

Ya sabes.

Y si no lo sabes, no quieras saberlo.

—Hay un puma ahí fuera —dice Jared mirando a través de su ventanilla.

Suspiro.

—Siempre hay un puma ahí fuera.

CAPÍTULO TERCERO, en el que encuentran el cuerpo del indie Finn; Satchel —que en el pasado salió con Finn— pide a Dylan y a un segundo indie también llamado Finn que se salten las clases para ayudarla a hablar con su tío alcohólico, el agente al cargo de la investigación de la muerte; mientras tanto, el Mensajero, dentro de una nueva Vasija, ya se encuentra entre ellos, preparando el camino para la llegada de los Inmortales.



Nuestra ciudad es como la tuya. Escuelas, restaurantes familiares, muchos coches. Hay un puñado de iglesias enormes apiñadas intentando confraternizar con todos los restaurantes familiares, porque la salvación es tan natural como las alitas de pollo, supongo. Tenemos parques de bomberos con carteles que te indican cuándo empieza y cuándo acaba la temporada de incendios. Tenemos oficinas del sheriff con carteles que te indican que te abroches el cinturón de seguridad. Tenemos un almacén maderero con carteles que te enseñan juegos de palabras radicales e inflamados. Tenemos aparcamientos para autocaravanas, bancos, un WalMart, un par de multicines.

Tenemos árboles. Infinidad de árboles. Claro, antes todo esto era bosque.

Y sí, genial, nuestra parte de la ciudad tiene más árboles de lo que le tocaría y menos multicines de los que le tocaría, pero no nos menosprecies. Sufrimos igual que tú cuando los indies lucharon contra los muertos vivientes por estos lares (aunque eso fue justo después de que yo naciera, así que solo lo sé por mi tío Rick, al que ya no se le invita mucho a casa). Se nos rompió igual el corazón cuando una nueva tanda de indies exorcizaron el dolor de todos aquellos fantasmas devoraalmas ocho años después (eso fue el año en que volaron el instituto, una parte del ritual de exorcismo desconocida hasta entonces, creo). Y ni te cuento cuando los

indies se enamoraron y luego derrotaron a todos los vampiros, hace un par de años. El hermano mayor de Henna, Teemu, se mezcló con ellos y un buen día digamos que desapareció. No han vuelto a verlo, aunque él de cuando en cuando envía un e-mail. Siempre de noche.

Y probablemente en mi ciudad soñamos lo mismo que tú en la tuya. Anhelamos lo mismo, deseamos lo mismo. Estamos igual de tarados, y somos igual de valientes y falsos y leales, y nos equivocamos y acertamos como cualquier otro. Y aunque en mi familia y en mi círculo de amigos no hay nadie que vaya a ser el Elegido o la Vasija de la Paz o lo que demonios se tercie la próxima vez, creo que hay mucha más gente como yo que indies con nombres insólitos y Destinos con mayúscula (aunque ahora estoy siendo malo: los indies suelen ser bastante majos; es solo que... son como un clan y no salen de él).

Yo lo único que quiero es graduarme. Y pasar un último verano con mis amigos. Y luego ir a alguna universidad. Y (más que) besar a Henna (más de) una vez. Y después seguir adelante y descubrir cómo será el resto de mi vida.

¿Tú no?

—¿Tuviste problemas? —me pregunta Jared la mañana siguiente.

Estamos sentados en la última fila en clase de cálculo, una asignatura en la que ya tiene tantos puntos extras que podría saltarse el examen final y seguir sacando un excelente.

—Solo el sermón semanal sobre la necesidad de mantener la familia como un frente unido ahora que estamos en año de elecciones y que por eso es más importante que nunca y blablablá. —Lo miro—. Salió tu nombre.

Él sonrío.

—No me digas...

Suena el timbre; la puerta se abre una última vez y por ella entra Nathan.

—Lo siento —dice, y dirige una sonrisa a la señora Johnson, la profesora de cálculo.

Es una mujer lesbiana entrada en años, muy divertida e inteligente, así que la sonrisa no debería funcionar con ella. Sin embargo, funciona.

Cuento las cuatro esquinas del pupitre. Siete veces.

—Eh —susurra Jared—, que solo es un tío. No es el demonio.

—Le gusta a Henna.

—Solo dijo que era guapo. Y es guapo.

Dejo de contar.

—Es que lo es. —Jared se encoge de hombros—. Las cosas como son.

—Sí, pero ¿por qué cambiar de instituto cinco semanas antes de...?

El sistema de megafonía chisporrotea. «Atención, alumnos —dice nuestro director. Es canadiense francófono y, diga lo que diga, siempre parece que esté muriéndose de aburrimiento—. Debo comunicaros una noticia triste e inquietante que sin duda algunos de vosotros ya habréis leído en las redes sociales. Lamento informaros de que esta mañana se ha encontrado el cuerpo sin vida de uno de nuestros alumnos de último curso, Finn Brinkman. Aún se desconocen las causas de la muerte, pero instamos a todos los alumnos a que vayan con especial cuidado, que no viajen solos y que informen a las autoridades de cualquier cosa que les parezca sospechosa. Tenéis a vuestra disposición en la secretaría un servicio de atención psicológica en caso de que la necesitéis o algo.»

Cálculo enmudece. Me vuelvo hacia Jared. Sé que está pensando lo mismo que yo.

—Deberíamos decírselo a alguien —digo.

—Sí —conviene—. Esto va a traer cola.

Sí. Seguramente, sí.

—Bueno, una mañana desperdiciada —dice Mel cuando nos sentamos a almorzar.

Hemos aprovechado uno de los privilegios de los alumnos del último curso y nos hemos subido a mi coche para venir al fast food mexicano que hay a la vuelta de la colina, muy cerca del instituto, aunque en realidad tenemos suerte de que nos hayan concedido siquiera una pausa para el almuerzo.

Hemos quedado todos en la secretaría y le hemos contado al subdirector —que, como todos los subdirectores, es genéticamente nazi— lo que vimos ayer. Al final ha llamado a un policía al que le olía el aliento a alcohol, como a mi padre por la noche. Ese policía ha procedido a no creer ni una sola palabra de cuanto hemos dicho sobre haber visto a Finn corriendo por El Campo, a la niña brillante corriendo tras él y la columna de luz azul que se alzó y luego se apagó. Básicamente, nos ha gritado por hacerle perder el tiempo.

Vale, sí, no han encontrado el cuerpo de Finn ni siquiera cerca de allí, pero no puedo creer las cosas que la gente se niega a creer. O las cosas que la gente ni ve. Yo iba a octavo cuando llegaron los vampiros. Pero, aunque empezaron a morir personas, aunque desaparecieron personas de las que nadie ha vuelto a saber, aunque era posible señalar a alguien y decir «Ese es un vampiro», la mayoría de la gente, la mayoría de los adultos, sigue sin creer que aquello ocurrió.

¿Qué nos pasa cuando nos hacemos mayores? ¿Olvidamos todo lo que vivimos antes de cumplir los dieciocho? ¿Nos obligamos a olvidar? Me refiero a que, por la edad que aparentaba, el policía debía de ser adolescente cuando ocurrió lo de los fantasmas devoraalmas, de modo que ¿lo borró de su memoria sin más? ¿Buscó argumentos para no creer que, sí, había ocurrido? ¿Se convenció de que había sido un virus, de que la explosión del antiguo instituto se había debido a una fuga de gas? ¿O quizá pensó que lo que le había pasado era tan original, tan trascendental y angustiante y alucinante que jamás podría haber imaginado que le pasara a otro?

Sé que no puede meterse en ese saco a todos los adultos, pero, aun así, vemos a un chaval el día en que muere y el policía responsable, medio borracho, nos amenaza con detenernos a nosotros.

En serio. Adultos. ¿Cómo viven en el mundo?

(O tal vez sea así como viven en el mundo.)

—Te dije que no valía la pena —dice Henna, que está sentada a mi lado, para restarle importancia—. Cuando desapareció Teemu, la policía no hizo absolutamente nada. Dijo que ya era lo bastante mayor para tomar decisiones.

—Al menos aún tienes noticias de él —dice Mel con tono amable—. Cada cierto tiempo.

Como si eso no ayudara, Henna sacude la cabeza, así que, en efecto, no ayuda.

—Creo que por eso mis padres hacen de misioneros. Intentan combatir las tinieblas del mundo solo con sus manos.

Hace que suene a la vez como algo impresionante y como una triste, triste pérdida de tiempo. También hay pena en sus palabras. Los Silvennoinen perdieron a su hijo. Son igual de complicados que cualquiera. Más, si se tiene en cuenta lo difícil que es pronunciar su apellido.

Toco todos los extremos puntiagudos de la tortilla que han frito y relleno con los ingredientes del taco. Tiene doce, igual que un reloj, lo cual resulta tan agradable que solo tengo que contarlas una vez. Echo un vistazo al plato de Mel. Ensalada y pollo a la plancha; bien. Oigo que pide una Coca-Cola baja en calorías; también bien. Pero Mel no soporta que la miren mientras come, así que miro en otra dirección con gesto exagerado, como también hacen Henna y Jared.

—Solo espero que, sea lo que sea, acabe antes de la graduación —dice Jared.

—Vaya palo lo del chico muerto, ¿eh? —dice una voz.

Nathan está ahí, de pie, con una bandeja. Y, sorprendentemente, parece asustado de verdad.

—Hola —dice Henna, con excesiva alegría para mi gusto—. ¿Quieres sentarte con nosotros?

Mel y Jared se arriman para hacerle sitio, y quedo sentado enfrente de él. Hurra.

—Creo que no nos han presentado —me dice—. Nathan.

—Sé quién eres —contesto, pero le estrecho la mano. No soy tan maleducado.

—El chico que ha muerto... —dice; sigue teniendo los ojos bastante abiertos—, ¿alguno de vosotros lo conocía?

—Era indie —responde Mel—, así que no mucho.

Nathan se queda un momento mirando su enchilada. Henna y Jared lo observan sin disimulo. Mel aprovecha la oportunidad para comer pollo. Yo

también escruto a Nathan. No consigo ver qué es lo que le gusta a Henna de él. El pelo le cae sobre la frente tan ridículamente enmarañado que parece estar comiéndole el cerebro. Lleva la ropa de un azul pálido evasivo. Tiene los ojos lo bastante oscuros para ser negros, y en las orejas, que quedan a la vista cuando se aparta el pelo, cicatrices allí donde es obvio que llevó pendientes dilatadores antes de que se las volvieran a coser.

Idiota. Imbécil. Te odio.

—Así que eres de Tulsa —dice Henna, y me pongo a comer el taco.

—Sí —contesta Nathan con una sonrisa débil—. Y antes, de Portland. Y antes, de Fort Knox, Tennessee...

—¿Padre militar? —pregunta Jared.

—Madre militar —responde Nathan—. Mi padre se quedó en Florida. Hace cinco destinos.

—Debe de ser un fastidio —digo intentando que mi voz no evidencie mi antipatía—. Me refiero a cambiar de instituto cinco semanas antes de la graduación.

Se pasa una mano por la mata de pelo.

—Un poco —contesta, queriendo decir «mucho»—. Y va y muere un chaval la primera semana. —Nos recorre con la mirada—. Espero que eso no haga sospechar a nadie...

Sonríe. Los demás se ríen.

—Pero, uf... —dice en voz más baja—. Espero que esta vez no sea nada demasiado chungo.

Mi teléfono vibra dos segundos después que el de Mel. Los dos lo miramos.

«BOLTSOFFIREBOLTSOFFIREBOLTSOFFIRE!!!!!! VIENEN A LA FERIA!!! SI NO VOY ME MUERO!!! POR FAVOR, CONVENCED A MAMÁ!!!

PORFAVORPORFAVORPORFAVORPORFAVORPORFAVORPORFAVORPORFAVOR!!!!!! Os quiero, Meredith.»

—No puede ser verdad —digo, y les enseño el mensaje a los demás—. ¿Bolts of Fire? ¿En la mierdecilla de feria de nuestro condado?

—Sí —dice Henna—. Lo vi en internet, no recuerdo en qué página. Creo que vienen porque es el último deseo de una niña que tiene cáncer.

Nathan nos mira muy serio.

—Tíos, ¿vosotros sois... fans o algo así?

—Vale —digo esa misma noche mientras sirvo en un plato otras dos tostadas de queso gratinado para la familia gorda, gordísima, de la mesa dos—. Es guapo.

—Y majo —dice Jared, y pone unas ramitas de perejil en nuestros platos, que esperan—. Y un poco trágico.

—Y nuevo. —Amontono los platos en mi bandeja. Jared hace lo mismo con los de su sección—. No tengo ninguna oportunidad, ¿verdad?

—Tienes las mismas oportunidades que has tenido siempre, amigo mío —contesta, y desaparece en su mitad del restaurante.

Trabajamos en el Grillers, un asador para citas no exigentes. La clase de local con «todas las gambas que puedas comer», «todas las patatas fritas que puedas comer» y «todas las tostadas de queso que puedas comer», las cuales —para ser justo— son unas tostadas de queso realmente deliciosas. El restaurante es tan viejo que sigue dividido por la mitad, desde cuando una parte era para fumadores y la otra para no fumadores. Hoy es solo para no fumadores, pero aún repartimos así el servicio de mesas.

Es martes. Es lento. Jared y yo atendemos a todo el local.

—¿Sabes? —dice cuando volvemos a coincidir en la zona de camareras (que sigue llamándose «zona de camareras» aunque esta noche solo seamos los camareros)—, en realidad lo de Henna solo te dio cuando empezó a salir con Tony. Y luego resulta que va a irse a África, después de la graduación. Y luego llega Nathan a nuestras vidas, despierta el interés de Henna, que no sale con nadie, y tú aún estás «reuniendo valor». —Se come una patata de uno de los platos—. ¿Has pensado alguna vez que es posible que solo te guste porque siempre hay algún obstáculo para que te acerques a ella de verdad?

—Lo pienso a todas horas.

—La siete quiere más refrescos de frambuesa —dice Tina, nuestra jefa, que aparece de pronto en la zona de camareras.

Deja las dos jarras con las que ha servido café en la ronda que acaba de hacer y coge una tostada de queso de uno de mis platos.

—Os juro que a estas cosas les ponen crack —dice mientras se la come.

Sirvo mis platos, me pasan los tres refrescos de frambuesa para la mesa siete, llevo al comedor suficientes tostadas de queso para alimentar a todos los humanos que han vivido en este planeta. En el Grillers hay mucho ruido y mucha rotación de clientes, por lo que, aunque las propinas son magras, hay muchas. Es un trabajo genial. Me llena el depósito de gasolina del coche. Me saca de casa. Comparto muchos turnos con Jared. También soy afortunado: Mel trabaja como cajera en un drugstore que abre las veinticuatro horas, ahuyentando a adictos a las anfetaminas que han perdido la cuenta de en qué año viven, y Henna hace café en un Java Shack de los que sirven al cliente en el coche y que ni siquiera tiene servicios propios.

Es un trabajo genial. Soy afortunado. Es un trabajo genial.

(Pero ¿tenéis una idea de lo sucios que están los restaurantes?)

Empiezo a lavarme las manos cuando entro a trabajar, y cinco horas después, cuando acabo, me las lavo casi cada dos minutos, lo cual para entonces ya no me parece una frecuencia suficiente después de haber tocado una de las esponjas que utilizamos para limpiar los intersticios de los reservados después de cerrar.

—Ciento treinta y cinco. —Jared cuenta su dinero sentado en los peldaños que dan al almacén—. Ciento treinta y seis dólares con... setenta y dos centavos. —Alisa todos los billetes y forma con ellos un pulcro fajo que se guarda en el bolsillo del uniforme de poliéster—. Nada mal para un martes. —Levanta la mirada hacia donde estoy yo, frente al lavamanos de la habitación en la que nos cambiamos—. ¿Qué tal tú?

—Ciento setenta exactos —digo mientras me aclaro el jabón.

Dejo correr el agua. Esta noche me he lavado las manos tantas veces que las yemas de dos dedos de la derecha se me han agrietado y han empezado a sangrar. Me pica y me escuece la piel desde las uñas hasta las muñecas porque el jabón se ha llevado hasta el último ápice de aceite natural. Cierro las manos con fuerza y aguanto el dolor.

Luego vierto un poco más de jabón en ellas y vuelvo a lavármelas.

—Vosotros sí que sois afortunados —dice Tina. Está en el despacho, del tamaño de un armario, que asignan a los jefes. Tiene la puerta abierta y prácticamente está sentada al lado de Jared, con la mejilla descansando sobre el teclado del ordenador y la melena rubia desparramada en la mesa —. Sois tan jóvenes... Sois tan afortunados y tan jóvenes...

—Tú solo tienes veintiocho —dice Jared.

—Lo sé —gime Tina.

Jared me mira perplejo mientras me lavo las manos una vez más.

—Cuéntale al tío Jared cuál es el problema esta vez, Tina.

Ella le dirige una mirada asesina, con la cara aún moldeada contra el teclado. Pero, de todos modos, contesta.

—Creo que Ronald me engaña.

—¿Con quién?! —La sorpresa de Jared es un poco excesiva.

—¡Eh, tú! —dice Tina—. ¡Ronald es un tío atractivo! —Duda—. Un poco bajo, pero...

Ronald, que viene al restaurante todos los sábados por la tarde para almorzar gratis, le llega a Tina por los hombros. Y a Jared, por el cinturón.

Solo exagero un pelín.

—¿Es por venganza por tu historia con Harvey el Chef? —pregunta Jared.

Tina se incorpora con un puñado de teclas grabadas en la mejilla.

—Es posible.

Me vierto otro chorro de jabón en las manos. Noto que se me empieza a constreñir el pecho, los ojos se me llenan de lágrimas reales. Estoy rabioso conmigo mismo.

Pero me enjuago el jabón y vuelvo a empezar.

—Volverá —dice Jared al tiempo que se levanta—. Siempre vuelve. Y tú también.

—No se ha ido a ninguna parte —replica Tina mientras cierra la caja fuerte y coge el bolso—. Y en cierto modo, ese es el problema. Si se fuera, al menos podría limpiar un poco la casa antes de que volviera. —Apaga la luz del despacho—. ¿Sabíais que una vez perdió un pavo entero congelado? Y ni siquiera en la cocina.

—Ajá —dice Jared mirándome.

—¿Ya estáis, chicos? —pregunta Tina después de cerrar con llave la puerta del despacho.

—Casi —contesto con la esperanza de que no perciba que me flaquea la voz.

No lo percibe.

—Bien. Voy a conectar la alarma y nos largamos.

Se encamina al comedor, donde está el panel de la alarma, y desaparece detrás de la cámara frigorífica.

En dos pasos, Jared está detrás de mí y me rodea con los brazos, unos brazos más grandes, más largos, más fuertes, para inmovilizar los míos. El gesto se convierte en una especie de abrazo de oso que me aprisiona. Me levanta y me aleja del lavamanos. Me sostiene un instante ahí, a unos centímetros del suelo, sin que ninguno de los dos digamos nada. Su frente descansa en mi nuca y percibo su respiración en el cuello. No soy precisamente pequeño, pero sí delgado y nervudo, mientras que Jared es descomunal, alto, ancho y, sencillamente, grande, grande, grande.

Menos mal que no es un abusón o aterrorizaría al instituto.

—¿Bien? —pregunta en voz baja un minuto después.

—Bien —susurro, y me trago el nudo inmenso que tengo en la garganta.

Me deja en el suelo y, despacio, con cuidado, como es propio de él, me suelta. No me muevo. Él se adelanta, cierra el grifo y me tiende varias toallitas de papel. Me estremezco de dolor cuando las cojo, y dejo varias gotas de sangre en el blanco.

Tina bosteza de vuelta. Se rasca la cabeza con una uña larga y postiza.

—¿Qué estará haciendo Harvey el Chef? —dice.

Jared no deja de mirarme en el trayecto a casa en su coche. Es ridículamente diminuto (y viejo) para un tipo tan grande, pero solo son su padre y él y no van sobrados de dinero.

Sin embargo, son felices. Su padre es el adulto más agradable que he conocido en la vida.

—Ha empezado otra vez de verdad —dice Jared, afirmando, no preguntando, mientras nos adentramos más en los oscuros bosques camino

de nuestras casas.

—Lo sé —digo—. Últimamente me he quedado atrapado en esta especie de... bucles y cada vez me cuesta más salir de ellos.

—¿Aunque duela?

—Aunque sepa que es absurdo. De hecho, saber que es absurdo, saber que ya me he lavado cien veces las malditas manos, solo hace que sea peor. Porque saberlo y hacerlo de todos modos es como...

No acabo. Guardamos silencio un rato más.

—Tus putos padres, tío —susurra Jared. Alza la voz—: Si algún día necesitas un sitio donde vivir, Mikey... Me importa un bledo cuánto se enfaden o cómo afecte eso a su estúpida carrera...

—Gracias.

—Lo digo en serio.

—Lo sé.

Da un golpe en el volante con los dos puños. Su disgusto por mí hace que me sienta algo tímido.

Pero así es Jared. Ahora ya lo conoces.

—Cuatro semanas y media —dice.

CAPÍTULO CUARTO, en el que Satchel y Dylan se sientan en una cafetería con música tranquila en directo y hablan de lo que les dijo el tío de Satchel; Dylan también le dice que está claro que el segundo indie Finn siente algo por ella; Satchel no advierte que esa es la forma que tiene Dylan de decirle que ÉL siente algo por ella; más tarde, el Mensajero de los Inmortales le hace una propuesta sorprendente al indie Kerouac.



Vale, mira, tengo que despejar el camino de ciertas cosas. Ojalá no tuviera que hacerlo, pero es necesario. Esto no me define, ni a mí ni a ninguna de las personas a las que quiero, ¿de acuerdo? Es solo la vida. Y hemos salido adelante.

Pero tienes que saberlo.

Bien.

Hace cuatro años, cuando yo tenía trece y ella catorce, mi hermana tuvo un infarto. Fue consecuencia de una arritmia, que era consecuencia de que estuviera dejándose morir de hambre.

En la ambulancia, camino del hospital, murió. Consiguieron reanimarla, obviamente, pero el caso es que, durante tres o cuatro minutos, estuvo muerta, la habíamos perdido. Ella dice que no recuerda nada: ni luces ni túneles ni ángeles ni parientes ni perros labradores con pinchos en la cara que la ayudaran en su viaje al otro lado. Pero, algo extraño, tampoco recuerda lo contrario. No recuerda la nada ni el vacío ni el olvido. Su memoria se detiene antes del infarto y se reanuda en el hospital.

«¿No te gustaría recordarlo?», le pregunté una vez.

Ella me miró como si le hubiera sugerido que matara a un patito.

«Rotundamente, no.»

¿Dónde estábamos como familia en aquel momento? Mi madre trabajaba en el Senado estatal y optaba a vicegobernadora. Voy a suponer

que tus conocimientos sobre o tu interés por la política estatal y local son nulos, como ocurre con la mayoría de la gente, pero bastará saber que era algo que ella consideraba a la vez extremadamente modesto y muy, muy importante. Llevaba tres años planeándolo, mucho más que cualquier otro candidato, daba la impresión, y nos hicieron un montón de fotos en la fase previa de las primarias a las que iba a presentarse como candidata del partido.

Porque ¿acaso no éramos todos perfectos y adorables? ¿No éramos los Mitchell justo lo que el Estado necesitaba? Míranos, con nuestras sonrisas sanas y tranquilizadamente corrientes. Nuestro pelo, que transmitía nuestra prosperidad de clase media pero que no era (demasiado) mejor que el tuyo. El marido moderno, supercomprensivo y quizá un plus entre bastidores. Los dos hijos mayores con su actitud educada y sus buenas notas, y la pequeña y guapa Meredith, precoz y graciosa como una heroína reciente de Disney. ¿No sería la vicegobernadora Alice Mitchell tu amiga además de tu humilde servidora pública en caso de que el gobernador muriese?

El problema era que casi nadie la conocía, que la campaña no disponía de recursos y que las encuestas la situaban en un consolidado pero lejano cuarto puesto en las primarias.

No fue mi madre quien le dijo a Mel que salía «un poco gorda» en algunas fotos de prensa; fue su asesor-un-día-al-mes de campaña, una especie de escolta de postín y fumador compulsivo llamado Malcolm. Pero Malcolm dijo eso, y mi madre no lo despidió.

¿Fue suficiente para hacer que Mel dejara de comer? Es posible. Pero no puede decirse que hasta entonces fuéramos precisamente un semillero de salud mental. No teníamos, ni de lejos, el dinero que daba la impresión que teníamos, en primer lugar, porque mi padre estaba aún devolviendo todo lo que había malversado en el concesionario de coches del tío Rick, donde trabajó como gerente de compras. Mi padre robó, delante de las narices de Rick, todo el dinero que necesitó para comprar la casa en la que seguimos viviendo. Deberían haberlo detenido. Debería estar en la cárcel.

Pero Rick es hermano de mi madre y aquel era el año en que ella intentaba ascender del Parlamento al Senado. Un escándalo habría acabado

con su carrera política, de modo que mis padres no solo siguieron casados sino que de un modo u otro convencieron a Rick para que guardara el secreto y —no te lo vas a creer— lo mantuviera a él en nómina. Sin acceso a ninguna cuenta, por supuesto, pero sí vendiendo coches hasta que hubiese devuelto todo el dinero, con intereses. Algo que tardará en hacer hasta la jubilación. Como he dicho, el tío Rick ya no viene mucho por aquí.

Así que en aquel entonces todos los días estábamos como a una hora de perderlo todo: el dinero, el trabajo, la casa, un padre, y mientras tanto fingíamos que éramos la familia superfuncional de una política prometedora. Mi padre bebía a diario (siempre lo había hecho, aún lo hace). Mi madre se lanzó al politiquero, y Mikey Mitchell —este humilde narrador— estaba tan tenso que empezó a quedarse atrapado por primera vez en bucles compulsivos. Contando y recontando (y recontando y recontando) el contenido de mi vitrina de manualidades de sexto. Volviendo loca a nuestra pobre perra Martha (antes de su muerte por puercoespín) paseándola por el mismo tramo de carretera cuatro docenas de veces porque nunca conseguía tener la sensación de haberlo hecho «correctamente», aunque nunca habría sabido decirte en qué consistía eso de «correctamente». Me enviaron a la consulta de una psiquiatra llamada doctora Luther y me medicaron. Y todo esto fue antes de que mi madre decidiera subir las apuestas y postular a un cargo aún más importante.

Bueno, lo único que quiero decir es que el terreno estaba claramente abonado para que germinara la locura. Mi hermana quedó apresada en una especialmente perversa.

Una que la mató.

También mató la campaña de mi madre. Malcolm intentó reducir al mínimo la repercusión mediática (y esto coincidió con el comienzo de los romances vampíricos, y hubo muchas muertes «misteriosas» entre los indies de las que se podría escribir), pero lo que salió a la luz fue suficiente para que mi madre se viera obligada a retirarse para apoyar a su hija en una «crisis que podría golpear a cualquier familia».

Todos juntos empezamos una cosa llamada TBF, una terapia basada en la familia en la que todos teníamos que mostrarnos como recursos para Mel en lugar de como la causa del problema. Y, por un tiempo, eso hicimos. Mi

madre instauró una rutina gradual de comidas que Mel acabó por aceptar. A Meredith y a mí nos enseñaron a referirnos a la comida y al trastorno de Mel sin utilizar palabras juiciosas, lo cual hicimos encantados. Nos aterraba tanto la posibilidad de perderla que habríamos quemado toda nuestra ropa en una hoguera si ello hubiese ayudado. Mi padre empezó a beber un poco menos.

Y Mel mejoró. Ganó algo de peso, no mucho, pero sí lo suficiente para que volviera a estar sana. Necesitó un tiempo, más de un año, por lo cual los dos estamos en el último curso cuando ella debería haberse graduado ya, pero Mel asumió la situación con valor y nadie la incordió demasiado después, en el instituto. Fue entonces cuando Henna y ella se hicieron íntimas; todos íbamos a la misma clase. Mientras, mi madre volvió al Senado estatal. Otro ganó las primarias a vicegobernador y fue posteriormente aplastado en las generales por el que había ocupado el cargo hasta entonces, motivo por el cual mi madre empezó a referirse a aquello como una «bendición disfrazada» con una mirada dura y distante en los ojos. Yo acabé la terapia con la doctora Luther. Dejé la medicación para la ansiedad. Las cosas más o menos volvieron a la normalidad.

Y ese, creo, fue el problema. Mis padres fueron perfectamente capaces de afrontar que Mel se pusiera enferma. Pero creo que no fueron tan capaces de afrontar que mejorase. Yo dediqué como ochocientas ansiosas horas a investigar en internet e intenté decirles que casi el noventa por ciento de las personas con anorexia se recuperan, pero con el paso del tiempo creo que empezó a molestarles tener ahí sentada a la hija sana, la hija por la que tanto habían sacrificado y que ya no necesitaba el sacrificio, si es que en verdad había llegado a necesitarlo. (Sí, lo había necesitado. Podríamos haberla perdido. Yo podría haberla perdido. Y entonces, ¿qué?)

Mi madre empezó a hacer vagas referencias a las «oportunidades perdidas» y dejó de ir con nosotros a las sesiones de TBF porque tenía trabajo importante que hacer en el Capitolio. Le pasó el control de la dieta de Mel a Mel nada más y nada menos que cuatro meses antes de la fecha sugerida. Mel me pidió que la ayudara, y yo lo he hecho todos los días desde entonces.

Volvimos a ver poco a mi padre. Está o en su despacho del trabajo o en su despacho de casa, normalmente oliendo a alcohol, a menudo dormido. Para ser justo, tratándose de un alcohólico, no da muchos quebraderos de cabeza. Consigue trabajar la mayor parte del tiempo, nunca se pone violento ni da miedo, y casi siempre deja que mi madre conduzca. Creo que ella se encarga de que no se meta en problemas, sobre todo dejando claro lo que haría si alguna vez se metiera en problemas.

Y aquí estamos ahora. Yo me aseguro de que mi hermana coma, ella me ayuda con mis tics y mis bucles, y los dos velamos por Meredith e intentamos no cruzarnos muy a menudo con nuestros padres.

Pero esto, todo esto, no es la historia que intento contar. Todo esto es pasado. Es esa parte de tu vida de la que toman los mandos las historias de otras personas y tú no puedes hacer nada para evitarlo salvo agarrarte con fuerza y confiar en seguir vivo cuando todo acabe para reanudar tu propia historia. Y eso fue lo que hicimos. Mel, Meredith y yo seguimos adelante, y somos las historias que estamos viviendo ahora.

¿No?

—Es el 24 —dice Meredith mirándonos con tanta vehemencia que parece que está intentando prendernos fuego con la mente. Y quizá lo esté intentando—. Tres semanas justas. ¿No vais a apuntarlo?

—Lo has dicho ochocientas veces. —Mel bosteza y se reclina en el sofá—. Lo tengo en el teléfono, en el calendario de mi habitación, en la tele cada cinco segundos, y me da la impresión de que vas a seguir recordándomelo a medida que se acerque el día.

—Es una semana antes de vuestra graduación y tenéis tiempo de sobra para pedir el día libre en el trabajo...

Agarro los dedos con que Meredith va enumerando sus argumentos.

—Da igual que tengamos el día libre o no. Las entradas se agotarán en un minuto.

Meredith abre su portátil convertible y lee:

—«Como agradecimiento a los fans de la ciudad por este concierto especial, Bolts of Fire ha puesto entradas a disposición de aquellos... —nos

mira— que tengan entre ocho y doce años y vivan en el código postal 98.»

—Cierra el portátil—. Solo tenéis que ser de los primeros en registraros.

—Deja que lo adivine... —digo.

—¡Bingo! —dice Meredith copiando una expresión habitual de nuestro padre—. Dejan entrar primero a los miembros del club.

—Ahora lo único que tienes que hacer es convencerla para que te deje ir —dice Mel.

—La convenceré —contesta Meredith— con vuestra ayuda. Pero sabéis que no me llevará, así que tenéis que estar preparados.

Mi madre empezó a evitar las concentraciones públicas a las que varios años antes era asidua porque se convertían en festivales de abusos por parte de personas que odiaban a los políticos en general y a los políticos que defendían un límite de velocidad no letal en particular. Treinta minutos en cualquier sitio, incluso en la iglesia, es su tope, y, en este caso, tengo que admitir que en cierto modo la entiendo.

—Me apunto —dice Mel—. Aunque no soporto la música country. Soy la mejor hermana del mundo.

—Yo también —digo—, aunque, siendo tu hermano, probablemente solo sea la segunda mejor hermana del mundo.

—Pero... —dice Mel, y arquea las cejas.

No hace falta que diga nada más.

Al margen de la aversión de nuestra madre por los eventos públicos, Bolts of Fire han actuado cerca dos veces, ambas en la ciudad aún más grande que está a una hora de la ciudad que está a una hora de aquí. Meredith intentó suplicar, sobornar, patalear, razonar, camelar, extorsionar, exigir y aterrorizar a mi madre para que la dejara ir. Pero, después de la época dura de Mel y de lo mío con los bucles, mi madre de ninguna manera pensaba arriesgarse con su única hija posiblemente no tarada. Meredith era demasiado pequeña para el «ambiente» de un concierto de rock (lo cual es exagerar, tratándose de los Bolts of Fire; son tan meticulosamente pulcros y tan modélicos que en sus conciertos las barras solo sirven Tang), y, de todos modos, también era demasiado pequeña para acostarse tarde. Así que no, no, fin de la discusión, no, no me obligues a retirarte tus privilegios con internet.

—Pero ahora ya tengo diez años —dice Meredith—. Dos dígitos. Y darán el concierto como a cinco minutos de aquí. Y estaré en casa a la hora de acostarme porque lo harán por la tarde para que la chica enferma pueda ir al tratamiento la mañana siguiente.

Mel se encoge de hombros.

—No depende de nosotros.

—Me moriré si no voy. Me moriré. En serio.

—Podrías decirles que tú también tienes cáncer —sugiere Mel—. Así seguro que entras, con o sin mamá.

Meredith abre los ojos como platos, primero de sorpresa, luego como si considerara un plan fantástico...

—Ni hablar, Mery Pis —digo—. Por muchas razones.

Una puerta se abre arriba. Nuestro padre sale en ropa interior. Meredith desvía la mirada. Él nos mira como si no estuviera seguro de que estemos allí. Se rasca la peluda panza por encima de la cinturilla de los calzoncillos y se da palmadas en la boca como si acabara de despertarse. Son las seis de la tarde, así que es una posibilidad.

—Chicos, ¿habéis visto mi camisa? —pregunta con la lengua pastosa por el alcohol—. La de las anguilas.

Me vuelvo hacia Mel.

—¿Anguilas? —le digo en silencio.

—Creo que mamá la ha puesto para lavar —miente Mel—. ¿Por qué no te pones la roja de doble puño?

Él espera un minuto, como si no la hubiera oído; luego suelta un sonoro pedo y vuelve a su despacho sin mediar palabra.

Cuando está sobrio, nuestro padre es un tipo divertido, inteligente y cariñoso, codicia delictiva aparte. Mel, en particular, lo quiere, lo ha querido siempre, si no me falla la memoria. Y la decepción que siente por él es tan grande que casi la asfixia.

Mira, esa noche pasan más cosas: Meredith discute con nuestra madre por los Bolts of Fire, Mel se escabulle para ir a casa de Henna..., pero nada es

tan importante para que lo cuente. Solo recuerda, por favor, que casi todo eso es pasado. No es la historia que quiero contar. En absoluto.

Tenías que saberlo, pero, para continuar, elijo mi propia historia.

Porque si uno no puede hacer eso, es mejor que tire la toalla.

CAPÍTULO QUINTO, en el que el indie Kerouac abre el Portal de los Inmortales y proporciona así a la Familia Real y a su Corte una fisura por la cual acceder temporalmente a este mundo; después, Kerouac descubre que el Mensajero le mintió; muere, solo.



El viernes, Henna y yo, no sé cómo, conseguimos disponer de media hora enterita solos en su coche mientras volvemos a casa, ella al volante, después de ir a la tienda donde va a comprarse el vestido para el baile de graduación (crema y burdeos, al parecer) y yo voy a alquilar el esmoquin (negro).

No vamos a ir juntos. Bueno, sí, pero no en ese sentido. Henna lo dejó con Tony después de que él ya le hubiese pedido que fuera su pareja en el baile, y para entonces todos los chicos con los que habría querido ir ya se habían comprometido. Mel es un año mayor que el resto de la clase, y los chicos que suelen invitarla a salir son los capullos que creen que pueden oler el peligro, por los que ella siente cero interés, gracias a Dios. Prácticamente todos estaríamos encantados de que Jared fuera acompañado de un chico, pero, como siempre, se negó, con los labios sellados, incluso a hablar del tema. ¿Y yo? Yo tardé tanto en pedírselo a Vanessa Wright, una amiga de la clase de lengua avanzada, que al final prefirió recoger los restos de Tony Kim.

Así que, ¿sabes qué?, mi hermana, mi mejor amigo, Henna y yo vamos a ir al baile como un cuarteto, esa ridícula idea que solo se ve en las películas más estúpidas para adolescentes o en los libros más sensibleros para adolescentes. Créeme, solo suena guay si no tienes que hacerlo.

Ah, bueno. Al menos la gente con la que voy a ir me cae bien y estaremos juntos en esto.

—Mike... —dice Henna mientras conduce.

—Dime.

No contesta de inmediato. De hecho, el silencio se prolonga tanto que dejo de mirar el mensaje que estoy escribiendo a Mel para preguntarle si ha confirmado la reserva de la limusina con la que vamos a ir al baile. (¿Qué esperabas de nosotros? Vivimos en un barrio residencial. Vivimos para mierdas como ir en limusina.)

—¿Henna?

Suspira por la nariz.

—¿Os cabrearíais mucho si dejo el cuarteto?

Oh. Joder, no. No, no, no.

—Pues claro que nos cabrearíamos —digo—. Por eso me lo preguntas a mí y no a Mel o a Jared. Soy el que menos números tiene de gritarte.

—Por favor, no me grites —dice, y toma un desvío de la carretera principal hacia una de las secundarias, que discurre entre bosques y lleva a nuestras casas. El sol nos ha abandonado los últimos dos días, y Henna acciona los limpiaparabrisas cuando empieza a llover.

—¿Con quién quier...? —empiezo a preguntar, pero no hace falta que acabe, ¿verdad?

—Es nuevo —dice Henna—. No conoce a nadie y debe de ser muy duro llegar a un instituto justo antes de la graduación...

—Henna...

—Aún no se lo he pedido, pero quiero hacerlo. —Me mira—. ¿Sería feo por mi parte? ¿Me odiaríais?

—Pero ya lo hemos organizado todo. Iba a ser patético, pero al menos iba a ser patético para los cuatro...

—Vale, a ver qué tal así: ¿y si lo es para los cinco?

—Pero él sería tu acompañante.

—Bueno..., sí.

—Henna...

—No me grites, por favor. —Se estremece—. Me da dolor de estómago.

—Ni siquiera he subido la voz...

—Pues parecía que ibas a hacerlo.

Esto sí hace que me enfade.

—¿Se puede saber cuándo, en toda mi vida, te he gritado?

—Nunca, lo sé. —Inhala y exhala profundamente un minuto—. Me duele el estómago.

—Te preocupaba decírnoslo.

—Sí.

—Te preocupa que pueda negarme.

—Sí.

—Te preocupa que tu madre y tu padre no te dejen ir al baile con alguien a quien no conocen, así que te lo vas a montar para que venga con nosotros cuando en realidad lo único que quieres es que vaya contigo.

Veo que traga saliva.

—En la República Centroafricana hay una guerra.

—¿¿Qué...?!

—Aun así piensan ir, Mikey. Van a ir a ayudar a los refugiados. Pero es una guerra. Una guerra de verdad. Dicen que estaremos en sitios seguros, pero...

Me giro un poco en el asiento para mirarla mejor.

—Es una locura.

—Y es el estúpido baile de graduación lo que me está provocando dolor de estómago. —Se ríe, pero es una risa forzada—. No quería fallaros. Y no tengo ni idea de dónde me viene esto de Nathan...

—Ni siquiera lo conoces...

—¡Ya lo sé! ¡Solo he hablado con él tres veces! Pero es como lo que le dije a Mel: se me llena el estómago cuando lo veo, y es una sensación tan fuerte que casi no puedo ni articular una frase, ¡y soy una persona inteligente, Mike! —Sacude la cabeza—. Lo bastante inteligente para saber que seguramente no es Nathan. Es el hecho de tener que irme, ¿verdad? Es el final del instituto. Es plantarme en medio de una guerra. Con mis padres. Me duele el estómago a todas horas y él es como una distracción.

—Pero una distracción buena.

Ella asiente.

—Siento estar diciéndotelo a ti, precisamente.

Parpadeo.

—Precisamente —repito.

Vuelve a mirarme. Y una vez más. Es evidente que quiere decir algo, pero no sabe cómo. O no quiere hacerme daño.

Precisamente.

Contemplo su perfil mientras conduce, mientras toma un desvío, luego otro, y finalmente enfila nuestra carretera.

Es guapa, y no en un sentido estúpido. A veces se deja los rizos, a veces se los alisa. No importa. No importa si se maquilla o no, aunque ella se queja sistemáticamente de lo difícil que es encontrar productos adecuados para piel negra aquí, en nuestro pequeño lugar en mitad de la nada.

Pero no importa. Es guapa. La cicatriz diminuta de la mejilla hace que aún lo sea más, no menos. Y las pecas, que son casi lo único que ha heredado de su padre, todavía más. La leve protuberancia de la mandíbula superior. El gusto espantoso con los pendientes. Nada de eso importa. O si importa, es solo porque hace que todo lo demás sea más bonito.

Y ella sabe que eso es lo que pienso.

¿Cómo no iba a saberlo? Es inteligente, como acaba de decir, y es la mejor amiga de mi hermana. Así que es imposible que no lo sepa.

Y a ella le gusta Nathan, no yo. Su ansiedad —la cual, ¡hurra!, comprendo— buscaba un refugio seguro y lo encontró en Nathan. No me encontró a mí. Y ella sabía cómo iba a sentarme esa información.

Esto debería herirme el corazón. Y así es. Puedo sentirlo. También debería humillarme que ella conozca mis sentimientos, y así es, también puedo sentir eso. Pero la miro y solo quiero que todo vaya bien.

Así que no tengo la menor idea de por qué demonios digo:

—Estoy enamorado de ti, Henna.

Ella sonrío un poco, y se sorprende tanto de su sonrisa como yo de mis palabras.

—Mikey —dice—, no creo que lo estés.

Y luego grita al ver el ciervo que ha saltado a la carretera desde los árboles justo delante de nosotros y no hay tiempo ni de frenar y chocamos contra él, contra las patas, que levantamos en el aire, lo cual, como todo el mundo sabe aquí, es lo peor que puede ocurrir cuando chocas contra un ciervo, porque ahora casi trescientos kilos de cuerpo de ciervo aterrado,

agonizante, imparable, están volando sobre el capó directos hacia nosotros...

«Así es como muere la gente», pienso en un instante.

Y Henna y yo nos acurrucamos hacia el centro del asiento y nuestras cabezas topan con un gracioso sonido de cocos y el vidrio se rompe y el metal se comba sobre nosotros (todo lo cual hace mucho, mucho ruido) y algo me golpea con fuerza la mejilla y oigo a Henna soltar un ruido parecido a «Ufff» y su cuerpo se aleja del mío y solo ahora caigo en la cuenta de que el coche sigue avanzando y alargo una mano e intento conducirlo pero el volante se ha desprendido y noto que viramos y nos ladeamos y nos detenemos bruscamente contra algo y que el airbag de mi asiento se activa con tanta ferocidad que siento que se me rompe la nariz.

Y entonces, silencio.

—¿Henna? —digo—. ¡Henna!

Su voz, cuando sale, es honda y gutural, rebosante de dolor.

—Mi brazo —es lo único que dice.

Intento incorporarme hasta quedar más o menos sentado. La lluvia me azota la cara. Casi todo el techo del coche de Henna está arrancado. Algo nos empuja contra el salpicadero y vuelvo la cabeza (ay, ay, ¡ay!) y veo que el ciervo ha pasado por encima de nosotros, lo cual es una especie de milagro alucinante. Ocupa todo el asiento trasero; tiene el cuello roto y su peso muerto nos presiona. El motor dejó de funcionar cuando nos metimos en lo que ahora veo que es la cuneta, y oigo movimiento a nuestro alrededor.

Debo de estar en shock. Docenas de ciervos, ¡docenas!, salen brincando del bosque por nuestro lado de la carretera, la cruzan y desaparecen por entre los árboles del otro lado.

No dejan de salir. Nunca he visto nada parecido. Es irreal.

—¿Mikey? —dice Henna con los ojos como platos por el miedo y el mismo shock al ver lo que estoy viendo yo.

Su brazo izquierdo tiene muy mal aspecto, está retorcido de una forma horrible, así que le cojo la mano derecha y la sostengo mientras el torrente imposible de ciervos se derrama alrededor de nosotros como si fuéramos una isla en un río.

—No voy a mentirte —dice el médico interno, un latinoamericano corpulento de nombre «doctor Llámame Steve», mientras me cose la mejilla derecha—: durante un tiempo vas a tener bastante pinta de camorrista.

—Aún no se ha hecho las fotos de graduación —dice Mel, que está al lado de la camilla con los brazos cruzados y no-flirteando tan descaradamente con Llámame Steve que, en lo que a flirteo se refiere, está funcionando muy bien.

—Pues me temo que vas a salir con los dos ojos morados —me dice Steve—. Te he recompuesto la nariz —mira a Mel sonriendo—; casualmente, es mi especialidad —vuelve a mirarme—, así que creo que habrá recuperado la forma dentro de una semana, pero deberías llevar la venda compresora una semana más; si no, no podrás respirar. Y en cuanto a esto —coloca un rectángulo de gasa sobre los puntos—, me parece más probable que te lo haya hecho un asta o una pezuña que el vidrio. El corte es irregular. Me he esmerado todo lo que he podido, pero te va a quedar una cicatriz, amigo.

—Te hará parecer un tipo duro —dice Mel.

—Cuando me he despertado esta mañana —digo—, lo único que he notado que me faltaba precisamente era dureza.

—Pues entonces estás de suerte —dice Llámame Steve.

—Sí —dice Mel, y su cara adopta la expresión enfadada de cuando está a punto de llorar—. Podría haber muerto.

El doctor Steve lo percibe y empieza a excusarse.

—Espera —dice Mel. Rompe un trozo de la hoja de admisión y anota en él su número de teléfono. Se lo da a Steve—. No hay ningún problema. Estoy a punto de cumplir los dieciocho. Ya debería ir a la universidad. Eres bueno.

Llámame se ríe a modo de respuesta, pero coge el papel.

—Y ahora vete, por favor —dice Mel—. Quiero gritar a mi hermano por haber estado a punto de morir.

Cuando nos quedamos solos, no grita. Se queda delante de mí, acariciando apenas sin tocarlas las heridas de mi cara, con mucha, mucha,

mucha delicadeza. Ahora sí llora, pero su semblante es tan feroz que sé que me arrancaría la cabeza si lo comentase.

—Mikey... —dice al fin.

—Lo sé —digo.

Intenta abrazarme, también con delicadeza, pero incluso eso es demasiado.

—¡Costillas! —gruño.

Se sienta a mi lado en la camilla.

Al parecer, los ligeramente fascistas y los agricultores de maceta que viven en nuestra calle son igual de amables cuando se produce un accidente de coche. Mi teléfono desapareció en algún rincón debajo del salpicadero y Henna seguía inmovilizada, así que no sé quién llamó a emergencias. Sin embargo, antes de que llegaran las ambulancias y el camión de los bomberos, la gente salió corriendo de sus casas con toallas —los primeros se detuvieron un momento maravillados al ver desaparecer los últimos ciervos del torrente— y luego me las apretaron contra la cara. Otras dos personas intentaron abrir la portezuela de Henna para sacarla por si el vehículo se incendiaba. Ella gritaba cada vez que se le movía el brazo y no me soltaba la mano, ni siquiera después de que llegaran el señor y la señora Silvennoinen, a quienes habían ido a buscar a su casa —chocamos contra el ciervo a unas seis puertas de la suya—. Fueron maravillosamente capaces de conservar la calma; tanto, de hecho, que solo cuando los vi caí en la cuenta de lo muy dolorido que estaba.

Alguien llamó también a mi casa. Mi madre había ido a recoger a Meredith al centro de jazz & tap, así que Mel —sin siquiera molestarse en avisar a mi padre— subió al coche y vino como una bala. A Henna y a mí nos subieron a una ambulancia; Mel y los Silvennoinen nos siguieron hasta el hospital, y a Henna la llevaron directa al quirófano para que le recompusieran el brazo.

Lo último que dijo antes de que los enfermeros la sedaran fue «Mike».

—He llamado a Jared —dice ahora Mel—. Va a venir a medianoche. A El Campo.

—Genial —digo—. Gracias.

Tiene la mano al lado de la mía en la camilla; entrelaza nuestros dedos y los aprieta con fuerza. ¿Ves lo afortunado que soy? ¿Sabiendo que la gente me quiere? Muy afortunado. Muy estúpidamente afortunado.

Oímos la voz de nuestra madre antes de verla a ella. Mel me suelta la mano. Mi madre dobla la esquina cortinada de la sala de urgencias, donde estamos, y la primera impresión de su rostro es de tanta preocupación, de tanto miedo, que de repente vuelvo a tener seis años y acabo de caerme de la bicicleta y quiero que me consuele.

Lo cual dura cuatro segundos, hasta que intenta abrazarme.

—¡Costillas! —prácticamente aúllo.

—Lo siento, cielo —dice al tiempo que se retira. Tengo que aguantar el dolor de nuevo cuando intenta tocarme la cara—. Lo siento, lo siento, lo siento.

—¿No ves las vendas? —pregunta Mel—. ¿Y la sangre?

—Sí —contesta mi madre—. ¿Por qué no la ha limpiado nadie?

—La han limpiado —digo—. La mayor parte.

Se le relaja la cara.

—¿Qué tienes?

Me encojo de hombros y hago una mueca, porque encogerme de hombros duele mucho.

—Un tajo en la mejilla, la nariz rota, casi todas las costillas izquierdas fracturadas y esguince en un tobillo. Henna se ha llevado la peor parte.

—Acabo de ver a Mattias y a Caroline —dice mi madre; se refiere a los padres de Henna—. Está en el quirófano, pero, aparte del brazo y una clavícula rota, solo tiene magulladuras, como tú.

—Solo —digo.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí. Hemos tenido suerte. Aunque fue aterrador. Y extraño.

—Tendrías que ver el coche de Henna —dice Mel—. Está decapitado.

—¿Dónde está Meredith? —pregunto.

—Con Caroline, en la sala de espera —responde mi madre.

—Alguien debería decírselo a papá —dice Mel.

Mi madre adopta una expresión de irritación fugaz, y luego se la traga.

—Se lo diré cuando lleguemos a casa. —Nos mira de un modo particular—. Escuchadme, sé que no es el momento ni el lugar...

—Entonces, ¿por qué hacerlo? —dice Mel.

—¿Hacer qué?

—Lo que sea que estás a punto de hacer.

Mi madre vuelve a adoptar esa expresión fugaz.

—Ahora que sé que todos estáis bien... —me dice.

—Bueno, yo no estoy exactamen...

—De todos modos vais a verlo en los informativos y quiero que lo sepáis por mí.

Hace una pausa y, durante un confuso segundo, creo que va a hablarnos del extraño comportamiento de los ciervos, que nadie ha explicado de forma satisfactoria y que sería extraordinario que mi madre pudiera hacerlo, pero, eh, aún estoy en shock, y la idea arraiga tanto en mi cabeza que cuando ella dice «Mankiewicz ha muerto», intento pensar si conozco a algún ciervo llamado Mankiewicz.

—¿Qué? —pregunta Mel, cautelosa.

—Esta mañana —dice mi madre, con un ansia quizá excesiva—. Un infarto. En su casa de la capital.

Hace otra pausa, y veo que se está esforzando por no sonreír, algo que incluso ella reconocería que no sería la reacción apropiada ante esta noticia, en este sitio, teniendo la nariz como la tengo.

Mankiewicz no es un ciervo. Es nuestro congresista nacional y lo ha sido desde antes de que mi madre naciera. Un millón de años de edad, muy apreciado por nuestro distrito electoral y absolutamente imbatible en todas las elecciones.

Y ahora, muerto.

—El protocolo son siete días —dice mi madre, ahora ya sin fingir siquiera que no sonríe—. Siete días, por respeto, y después anunciaré mi intención de presentarme como candidata a su escaño. —Deja que asimilemos la noticia. Nosotros nos limitamos a mirarla—. De hecho, la cúpula del partido me ha llamado, me ha llamado y me ha pedido que me presente.

Su sonrisa se endurece un instante.

—Y supongo que el padre de vuestro amigo también se presentará, pero perderá, como siempre, así que puede decirse que el escaño es mío. —Se vuelve hacia Mel—. ¡Y tú por fin tienes edad para votarme!

Entonces aplaude. Sí, aplaude de verdad.

—Vuestra madre va a ser una congresista de Estados Unidos —dice—. ¡En Washington D. C.!

—Tu hijo va a tener una cicatriz en la cara de por vida —dice Mel.

—Oh —dice mi madre—, claro, lo sé, pero saldrá hoy en las noticias y pensé que... —Se interrumpe y se recompone—. Al fin tengo mi gran oportunidad. Y vamos a reducir al mínimo las fotografías familiares y nadie tendrá que hacer nada que no quiera...

—Creo que debería decirle a Meredith que no estoy muerto —digo.

Mel lo interpreta como una señal para ir a buscar al doctor Llámame Steve, que me libera oficialmente y dirige un gesto afirmativo a Mel cuando ella le pide con un gesto que la llame. Meredith está jugando con el portátil convertible cuando la encontramos con la señora Silvennoinen. Se levanta de un salto y se abraza a mis maltrechas piernas.

—Estoy muy disgustada —dice.

—Me pondré bien —digo—. Voy a tener una cicatriz muy guay.

—Sigo estando disgustada. —Meredith mira a mi madre—. Tanto que voy a necesitar algo muy especial para sentirme mejor.

—Meredith... —empieza a decir mi madre.

—¿Cómo está Henna? —pregunta Mel a la señora Silvennoinen.

Es tan guapa como su hija, pero a la vez no, porque Henna es abierta, mientras que la señora Silvennoinen —aun siendo una ministra de música que tiene que acabar de despertar a la gente los domingos por la mañana— siempre tiene algo de puerta cerrada. No en plan antipático, sino en plan «no es asunto tuyo».

—Nada demasiado grave —contesta.

—Alabado sea Dios —dice el señor Silvennoinen al reunirse con nosotros.

Mide dos metros diez y tiene los ojos de un color verde claro inquietante que Henna no ha heredado, la voz profunda, con un acento marcado, y un atractivo tan pavoroso que parece que hipnotiza con él.

Aunque siempre ha sido agradable conmigo. Severo, insistiendo sin cesar en verme en la iglesia y asfixiando lentamente a Henna con sus expectativas, pero agradable. Me posa una mano blanda en el hombro.

—Vimos cómo cuidaste de ella, Mike —dice.

—Gracias —dice la señora Silvennoinen, muy seria.

Y recuerdo que estas personas llevan cuatro años sin ver a su hijo.

Los pobres cabrones.

Antes de que pueda contestarles, el gemido más horrible y doloroso que creo haber oído en la vida paraliza la sala. La policía la cruza con el hombre que produce el ruido. No llevan la gorra del uniforme, y el hombre no está detenido ni herido. Es evidente que lo llevan a ver a alguien que no lo ha conseguido.

—¿No es el padre de un compañero del instituto? —me susurra Mel—. Creo que de un indie.

Los miramos hasta que desaparecen por un pasillo largo; sus gemidos siguen llegándonos.

—Me gustaría ir a casa, por favor —digo.

CAPÍTULO SEXTO, en el que Satchel encuentra en la almohada una nota de Kerouac, un amigo de la infancia que siempre trepaba al árbol de enfrente de su ventana para colarse en su habitación; en la nota le dice que cree que ha cometido un terrible error y que, pase lo que pase, ella debe llevar el medallón que también ha dejado en la almohada; Satchel se pone el medallón, luego llama a su tío, agente de la policía, que ya ha llevado al padre de Kerouac a identificar los restos mortales de su hijo.



Esa noche suena la alarma a las 23.30. Normalmente no estaría dormido tan pronto, pero no pude aguantar más sin tomar al menos medio analgésico. Resulta que hay músculos que uno ni sabe que pueden doler hasta que de repente lo troncha un ciervo volador gigantesco. Me levanto despacio, muy despacio, pero ni siquiera así consigo reprimir un grito de dolor. Me pongo una sudadera, pero también me resulta demasiado doloroso agacharme para atarme los cordones, así que opto por unas zapatillas de estar por casa abiertas por el talón.

Espero y escucho. Todo está en silencio. Mi madre se ha acostado pronto porque por la mañana va a ir al Capitolio para reunirse con la cúpula del partido y hablar del salto al escaño de Mankiewicz. Y, de todos modos, a nadie más le importaría si estoy o no levantado.

María Magdalena me recibe en el rellano y me mira fijamente.

—Venga, vamos —susurro, y ella me sigue escalera abajo, ya entre ronroneos.

Salgo afuera e intento no aplastar demasiado la gravilla del camino. Ha dejado de llover, pero se ha levantado niebla; las farolas de nuestra calle arrojan al mundo un fulgor blanco vago. Mari Mag echa una breve y muda carrera gatuna delante de mí, sale por el camino para coches y se dirige más despacio hacia el acceso a El Campo.

Donde está aparcado el coche de Jared.

A lo largo de mi vida he tenido 1) los muertos vivientes, 2) aquellos fantasmas devoraalmas, 3) el ciclo vampírico de romances y muerte, y 4) lo que sea que esté ocurriendo ahora con el cuerpo de Finn y los ciervos aterrados, si es que ambas cosas están relacionadas (seguramente están relacionadas). Cuando el abuelo de Jared era adolescente, tuvieron Dioses.

Los indies de entonces, a los que seguramente llamaban «hípsters» o algo parecido, lucharon y algunos murieron, y en el suelo se abrió una grieta que engulló a todo un vecindario, pero, por supuesto, al final los Dioses y las Diosas fueron derrotados porque aún seguimos aquí. Los enviaron de vuelta a dondequiera que fuera su lugar de procedencia, y el mundo, como siempre, siguió adelante fingiendo que aquello no había sucedido. La grieta se achacó a un temblor de tierra de origen volcánico, y la historia se olvidó.

Salvo por una Diosa, que había conocido al futuro abuelo de Jared (llamado Herbert, es decir, sin duda un no-hípster) y le gustó lo que vio. Se casaron. Tuvieron una hija, la madre de Jared; eso es toda una historia en sí misma, pero Jared es incluso más hermético con esto que con el hecho de que le gusten los chicos. (Jared es reservado con todo. Jared ni siquiera es su nombre de pila, es el segundo. El primero es espantoso, nadie lo conoce excepto yo.)

El caso es que la madre Semidiosa de Jared se casó con el padre de Jared y tuvieron un hijo, que nació dos meses y dos días antes que yo. Su abuela y su madre ya no están aquí. La abuela regresó a su reino cuando Herbert murió, y la madre dirige una organización benéfica internacional que intenta salvar de la extinción leones, tigres y leopardos. Creo que podría seguir técnicamente casada con el padre de Jared, pero ha estado ausente desde que Jared era niño. Lo cual solo deja al señor Shurin, que da clases de geografía en los últimos cursos del instituto. Lo tuvimos en octavo.

Jared me dijo que se considera «tres cuartas partes judío y una cuarta parte Dios», lo cual, también dijo, hace que se plantee un montón de

preguntas de las que en verdad desconoce la respuesta. Celebró el bar mitzvah. Fue muy divertido.

Pero en realidad casi nunca habla de eso, del tema Dios, como seguro que tú tampoco harías si tu abuela fuera Diosa de los Gatos y tú fueras un tío enorme de dieciocho años que juega de defensa de fútbol americano e intentaras llevar una vida normal. Habría sido diferente de haber sido ella, pongamos por caso, Diosa del Fuego o de la Guerra o de la Prosperidad o algo así. Pero conozco a Jared de toda la vida y ni una sola vez se ha mostrado resentido por cómo los gatos..., bueno, lo adoran. Es amable con ellos, paciente, los recibe, los respeta y los deja ir.

También puede curarlos.



—Sabes que esto tiene límites, ¿verdad? —dice al tiempo que me pone una mano en la mejilla—. Tú no eres felino y yo solo soy nieto de una... grande.

—Lo sé.

—Solo te lo digo porque no quiero que te hagas ilusiones con lo que pueda hacer.

—No me he hecho ilusiones.

—Lo haría si pudiera.

Me río un poco, y hago una mueca de dolor.

—Eso es algo que todos sabemos de ti, Jared: siempre lo harías si pudieras.

—Bueno —dice—, la gente cree que sabe muchas cosas. Es posible que esto duela.

Noto un repentino calor en la mejilla que da la impresión de tirar de los puntos, y la palma de Jared desprende una luz tenue. Intento no estremecerme cuando el calor aumenta, y de pronto cesa. Jared retira la gasa.

—Tiene mejor aspecto —dice—, pero creo que con la cicatriz no podré hacer nada.

—No te preocupes —digo—. Duele mucho menos.

Y es verdad. La herida aún está tierna al tacto, pero parece que haya avanzado tres o cuatro días en el proceso de curación. Eso es casi todo lo que Jared puede hacer con los no-gatos, pero si algo es incuestionable es que me quita el dolor de las costillas cuando las toca y que mitiga mucho la sensación de tener una ampolla del tamaño de una manzana por nariz.

Lleva toda la vida haciendo esto por nosotros. Lesiones deportivas, resfriados, jaquecas. No puede curarlos del todo, pero nuestros médicos y padres no dejan de asombrarse de lo robustos que son nuestros sistemas inmunitarios. Tampoco puede hacer nada con lo que no va bien dentro de nuestras cabezas: lo que uno tiene en la cabeza no deja de ser una enfermedad, pero mucho más complicada que cualquier dolor muscular; en esas ocasiones en que me rescata de los bucles, me salva como un amigo más que como un Dios, pero hace que mucha otra mierda sea más llevadera.

El caso es que puede que no te lo creas. En realidad, puede que no te creas nada de esto —lo de su abuela, lo de Jared, ¡joder!, lo de los indies, lo de los vampiros, lo que sea—, puede que todo sea una invención de mi mente para que mi cuerpo se sienta mejor porque creo que Jared puede. Pero no me importa lo que pienses; en cualquier caso, no sobre estas cosas. Si no crees que son reales o importantes o crees que todos creceremos y dejaremos esto atrás, bueno, no es asunto mío. No puedo decirte lo que es real para ti.

Pero del mismo modo tú no puedes decirme lo que es real para mí. Soy yo quien elige. No tú.

Jared se reclina en el asiento, cansado, y contempla la niebla. María Magdalena está despatarrada en el asiento de atrás y ronronea como si acabara de tener la mejor experiencia sexual de su vida. Fuera hay más gatos, cientos de ellos, atraídos por la esencia divina de Jared, lo cual supongo que es como un faro gatuno. Se ve el reflejo de las luces del coche en sus ojos, y varios han saltado al capó y al maletero; todos ronronean, y algunos se masajean las almohadillas contra el metal o las ventanillas.

—Mañana por la mañana intentaré colarme para ver a Henna —dice Jared—, aunque tendré que esquivar a sus padres. —Se vuelve hacia mí—.

¿Cómo me volví tan impopular entre los padres? Soy la clase de tío al que los padres de los demás tendrían que adorar.

Los padres de Henna nunca han dicho con exactitud por qué no les gusta Jared, pero es fácil adivinarlo. Corren rumores de su linaje que ni siquiera él puede detener y erradicar, y aunque los muy piadosos señor y señora Silvennoinen no acaben de creérselos, esos rumores dejan un poso que los inquieta.

Para mis padres —o, al menos, para mi madre—, la respuesta es mucho más sencilla.

—¿Sabes quién es Mankiewicz? —le pregunto.

—Ah, sí. Vuelta a empezar.

El señor Shurin ha competido con mi madre como candidato en todas y cada una de las elecciones a las que ella se ha presentado. Y ha perdido en todas y cada una de ellas —la demografía política de esta zona nunca le va a dar más del cuarenta y cinco por ciento de los votos—, pero él sigue presentándose. Comparten distrito e intereses, así que fue su contrincante en la carrera al Parlamento las cuatro veces que ella se postuló, las dos veces que optó al Senado estatal, y ahora casi seguro que de nuevo para hacerse con el escaño en el Congreso.

En alguna que otra ocasión esto ha hecho que nuestra amistad sea un poco rara. Bueno, más rara aún. Pero lo hemos superado, para gran disgusto de mi madre. El señor Shurin es tan majo que nunca se le ha pasado por la cabeza que podamos ser algo más que amigos.

—Me juego algo a que Mel votará a tu padre —digo.

—No sé si debería —dice él—. Es un poco extraño ir en contra de tu propia madre.

—No soportas a mi madre.

—Ya, pero no hace falta entrar en guerra, ¿no? No hay necesidad de hacer daño a nadie.

—Pensar así debe de ser el motivo por el que tu padre pierde siempre. Jared se ríe.

—No creo que supiera qué hacer si alguna vez ganara.

—Bueno, aún faltan meses —digo—. Y seguramente ya nos habremos ido los dos. Que se las tengan ellos solos esta vez.

Jared y yo vamos a ir a diferentes universidades —los dos con becas y con unos préstamos tan enormes que probablemente nos seguirán hasta la muerte—, pero las dos están en la misma ciudad, a dos estados de aquí. El plan es seguir siendo amigos. El plan es quizá compartir piso después para ahorrar. El plan es quizá no volver nunca a esta ciudad.

No obstante, las universidades están a cuarenta y cinco minutos de distancia la una de la otra. ¿Va a ser tan fácil como espero? ¿Hacer realidad nuestros planes? Ni siquiera aquí vamos muy a menudo a la ciudad que está a una hora.

Pero no quiero pensar en eso aún.

Me estiro en el asiento del acompañante y noto que los dolores menguan mucho. Incluso puedo agacharme y tocarme los pies, que se me están quedando helados en el coche, con el motor apagado. Un movimiento me llama la atención, y veo un puma salir de la niebla y rodear el coche hacia el lado de Jared.

—Hola, señorita —saluda, y abre la portezuela.

Posa una mano en la cabeza del puma y le acaricia el lomo hasta el extremo de la cola. ¿Alguna vez has oído ronronear a un puma? Es como un desagüe roto. Deja huellas enormes en la humedad del campo y se sienta como una estatua a unos metros del coche, reducida a un punto oscuro entre las sombras. Sé por experiencia que esperará ahí, paciente, hasta que nos marchemos, protegiéndonos del peligro, si puede.

—Y ahora eso —dice Jared cuando cierra la puerta—. Menuda mierda.

—Le dije a Henna que la quería —digo—. Justo antes de atropellar al ciervo.

Me mira sorprendido.

—¿Le dio tiempo a contestar algo?

Inhalo despacio por la nariz. Y entonces caigo en la cuenta de que puedo respirar por la nariz. Me la toco con cuidado.

—Buen trabajo —digo.

—Gracias.

—Me dijo que no creía que fuera verdad.

Jared parece reflexivo.

—Es una respuesta rara.

—Sí —digo.

—Sí.

—Pero le sujeté la mano hasta que llegaron los enfermeros. Y lo último que dijo antes de que la sedaran fue mi nombre.

No le cuento lo que me dijo de Nathan y el baile. Tengo ciertas esperanzas de que el accidente la haya hecho olvidar. ¿Hago mal?

—Tío —dice Jared, frotándose los ojos—, esto de curar me deja hecho polvo. Creo que necesito dormir.

—Sí —digo—. Gracias de nuevo.

—De nada, amigo. —Respira profundamente y vuelve a abrir la puerta del coche—. Dame un momento para repartir bendiciones.

Cien gatos y el puma lo observan ansiosos cuando se acerca a ellos con las manos en alto.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Mel cuando vuelvo a casa. Estaba esperándome.

—Creo que en realidad miento con lo de que esta cicatriz no me importa.

—Contaba con esa posibilidad.

Nos sentamos en el sofá y encendemos el televisor, aunque sin sonido, para tener algo de luz. Una mujer en topless y con un arma en cada mano dispara a asiáticos en un pasillo largo. Es evidente que los vaqueros cortos le molestan, así que se los quita y —ya solo en tanga— sigue disparando. A veces no entiendo el mundo. Mel sintoniza un canal que emite un programa sobre perros.

—Bueno, el tema de las cicatrices —dice—. Lo único que se puede hacer es lucirlas con orgullo.

—Dijo la chica de piel perfecta.

—Dijo la chica que se cargó el esmalte de los dientes por provocarse el vómito permanentemente. Dijo la chica con menos tetas que una niña de nueve años porque dejó de comer en una etapa crucial del desarrollo. Hay diferentes tipos de cicatrices, hermanito.

Miro las imágenes mudas y absurdas de perros disfrazados.

—¿Vas a llevar bien que mamá se presente al Congreso?
—¿Importa eso algo? En realidad no nos ha preguntado, ¿no?
—Cree que todos estamos mejor.
—¿Lo estamos? ¿No lo estamos?
Repito lo que le he dicho a Jared.
—Aún faltan meses. Ya nos habremos ido.

Mel —que posee esa combinación de total confianza en sí misma y absoluta desconfianza en sí misma, lo cual es más común de lo que la gente cree— tiene previsto estudiar Medicina mientras duda de si aprobará historia. Seguramente hará ambas cosas, y si sus notas finales son las que tienen que ser —lo serán—, irá a una universidad de la costa opuesta a la nuestra, a miles de kilómetros de aquí.

Uno no debería decir esto de su hermana, pero en cierto modo ya la echo de menos, aunque ahora mismo esté sentada a mi lado.

Me despierto a las 3.43 porque mi padre se ha sentado en mi cama.

Llora.

—Siento no haber estado ahí —solloza—. Lo siento mucho.

Aún lleva el traje de trabajo. Apesta.

—Vuelve a la cama, papá —digo—. Estoy bien.

—No, no estás bien —dice negando con la cabeza—. No estás nada bien.

—Vale, pues no estoy bien, pero es de noche y que me despiertes así hace que todo esté menos bien por momentos.

Suelta un ruidito, como un sollozo.

—Debería matarme. Debería tirarme con el coche por un puente para que vuestra vida sea mejor.

—Sería desperdiciar un buen coche. Sobre todo porque era del tío Rick.

—Podría aparcarlo y saltar después.

—¿Y qué puente? Por aquí no hay ninguno lo bastante alto. Solo te romperías una pierna y entonces serías un grano en el culo aún más grande de lo que ya eres.

Suspira.

—Tienes razón. Tienes mucha razón. —Rompe a llorar otra vez.

—Papá...

—Eres un buen chico, Mikey. Eres el mejor... —Se le quiebra la voz.

—Papá, por favor...

Se deja caer al suelo sin parar de llorar. A los pocos minutos está roncando.

Cojo la ropa de cama y voy a dormir al sofá.

CAPÍTULO SÉPTIMO, en el que Satchel y los demás indies comparten el duelo por Kerouac lanzando piedras a un lago de las proximidades; Satchel los deja allí y va a pasear sola, sostiene el medallón en una mano y tiene una visión del chico más guapo que ha visto en la vida; Dylan la encuentra y aprovecha la oportunidad para besarla, y, aunque sus labios saben a miel y a pachulí vegano, ella lo aparta, desvelando así lo que el medallón le dijo; «Los Inmortales están aquí», dice.



El lunes no voy al instituto. Me encuentro mucho mejor después de la cura de Jared, pero sigo teniendo una nariz rota, dos ojos morados y un motivo irrefutable para quedarme en la cama. Y lo aprovecho.

Mi teléfono sigue atrapado entre los restos del coche de Henna, así que Mel me llama al fijo con la información que ha recabado: Jared tampoco ha ido a clase; quizá esté recuperándose aún de la sesión de sanación y/o intentando colarse en la habitación de Henna, en el hospital, que, por descontado, es donde Henna sigue.

—Y ahora vas a flipar —dice Mel—: ha muerto otro indie. Kerouac Buchanan. Es el hijo de aquel que vimos en el hospital.

—Mierda —digo—. Kerouac iba a mi clase de literatura norteamericana.

—Lo sé. Está claro que estamos en otra oleada de algo. Espero que no sea de algo tan malo como la última vez.

—Ve con cuidado.

—No creo que ir con cuidado tenga mucho que ver con esto. Tú eres la persona más cuidadosa que conozco y casi te mata un ciervo.

—Yo no soy la más cuidadosa...

—¿Sigue papá en tu habitación?

—No, se ha ido a trabajar a las ocho sin hacer ruido.

—Tiene una fuerza de voluntad admirable.

—¿Fuerza de voluntad? Creía que beber mucho era una falta de fuerza de voluntad.

—Todo lo contrario. Créeme. Uno es impotente con la conducta pero el esfuerzo que requiere es sencillamente increíble.

Cuando colgamos, llamo a Jared, pero salta el buzón de voz y en su casa no contestan. Más o menos ese es mi cupo de números que me sé de memoria. Me pregunto si algún día recuperaré mi teléfono. Y luego me pregunto qué será del pobre ciervo muerto. ¿Se lo comerá alguien? Y luego me pregunto si el brazo de Henna se curará del todo. Y luego me pregunto lo mismo sobre la cicatriz de mi cara. Y luego me pregunto qué querría decir Henna cuando pronunció mi nombre justo antes de perder el conocimiento. Y luego me pregunto qué querría decir con aquello de que no creía que yo la quisiera.

Más de una vez se me ha ocurrido preguntarme si, en lo más hondo de mí, yo también seré gay. Al fin y al cabo, mi mejor amigo lo es, y la verdad es que hemos tonteado. No fue nada parecido a estar tumbado de espaldas con los ojos cerrados. Fue algo divertido. Me siento tan seguro con Jared que resulta sencillamente natural que nos ayudemos mutuamente a desfogarnos de cuando en cuando. Él cree que es porque, al parecer, los Dioses son literalmente irresistibles para los humanos. Es posible. Yo creo que es porque es un buen tío.

También estoy seguro de que yo no le gusto en ese sentido. Me lo dijo una vez porque le preocupaba que pensara en él en ese sentido y no quería hacerme daño. Yo ni pensaba en él así ni lo haré nunca. De modo que, bueno, todo es un poco complicado, pero estaría loco si al menos no me lo hubiese preguntado.

Yo sueño con chicas. En ese sentido. Y cuando, ya sabes, alguna que otra vez tengo... una conversación íntima conmigo, otra vez chicas. Son ellas lo que busco en internet y son ellas con quienes he quedado en el pasado. También he tenido sexo con dos. Vanessa Wright y yo perdimos la virginidad juntos cuando íbamos a décimo. Salimos un tiempo y luego seguimos siendo amigos. Y el verano pasado salí con una chica que se llamaba Darlene y era camarera del Grillers. Era muy divertida y muy

guapa, y le dio tanta vergüenza pegarme las ladillas de su exnovio que incluso dejó el trabajo. En mi opinión, no había para tanto: una pomada me libró de ellas rápidamente, y mi madre tampoco pudo enfadarse demasiado porque por lo demás había sido muy precavido. Le molestó un poco más que Darlene tuviera veintisiete años y yo dieciséis, pero, no sé, igual a veces soy un poco tonto.

Y, por supuesto, está Henna. Llevo años imaginándonos juntos. Viviendo juntos. Hijos y casas y viajes. También he imaginado..., hum..., cosas personales, pero siempre de forma muy respetuosa. Bueno..., ya sabes a lo que me refiero. Tú también lo haces, y cuando yo lo hago, siempre estoy con ella, como si fuéramos del mismo equipo y se tratara de nosotros contra todos los demás y ninguno de los dos quisiera estar en ningún otro sitio.

La imagino como mi amiga.

Y si no entiendo lo que quiere decir con eso del deseo en el estómago, bueno, ¿qué más da? Las personas somos diferentes.

La quiero. Sí, la quiero.

¿No?

Paso casi una hora contando y recontando todos los paneles de madera que tapizan las paredes del salón, y después tengo que salir de casa escopeteado.

El enfermero —en realidad, no estoy seguro de que sea enfermero, ni siquiera estoy seguro de si esta residencia de ancianos tiene enfermeros o médicos o qué, pero él va vestido como un enfermero— me precede por el pasillo hasta la habitación de mi abuela. No vengo muy a menudo y creo que puedo sentir cierto juicio «enfermeril» por eso.

—¿Maggie? —dice con delicadeza, y luego repite en voz más alta—: ¡Maggie!

Mi abuela se vuelve para mirarnos; ningún suspiro de reconocimiento.

—Maggie, su nieto ha venido a verla —dice el enfermero.

Mi abuela me mira fijamente.

—¿Phillip?

Creerás que el tal Phillip era su difunto marido o su padre o algo así, pero nadie tiene ni idea de quién es o fue. Tampoco estamos muy convencidos de que lo sepa ella.

—No, abuela —digo—. Soy Michael.

—¿Dónde has estado, Phillip? —pregunta, y se le llenan los ojos de lágrimas.

—¿Quieres que me quede? —me pregunta el enfermero, lo cual es muy amable por su parte.

—No, gracias. Estoy bien.

Espera un segundo más y luego se marcha. Mi abuela comparte habitación con otras dos mujeres. La señora Richardson nunca tiene visitas, por eso mi madre a veces le lleva flores. La señora Richardson nunca se da cuenta de ello, simplemente sigue musitando sobre lo mal que se portó con ella una tal Rosalie. Más allá, al lado de la ventana, está la señora Choi, que nunca pronuncia una sola palabra en inglés pero corresponde con la mano si se la saluda de igual modo. Aunque hoy no. Su hijo ha venido a visitarla, así que se ha colocado de espaldas a él en la silla de ruedas y finge que no lo ha visto. Él parece aceptarlo como un castigo merecido, y los dos se limitan a estar ahí, en silencio, sin decir nada.

—Los he recuperado, Phillip —dice mi abuela—. Los he guardado.

Me siento en la cama, a su lado.

—¿Qué has guardado, abuela?

—Hay un... —Frunce el ceño—. Rojo. —Y luego clava la mirada en el aire.

El Alzheimer chisposo y disparatado de las películas me cabrea de verdad. Ya sabes, cuando la abuela es dulce y divertida y dice una cosa tronchante-pero-acertada tras otra. El verdadero Alzheimer no se parece en nada a eso. En nada. Es tan aterrador y angustioso y triste que te dan ganas de suicidarte... Mis padres decidieron ingresar a la abuela en una residencia después de que se tirara agua hirviendo en el costado izquierdo porque ya no recordaba ni lo que era una cazuela. Las quemaduras fueron tan graves que casi no puede caminar.

—Bueno, a ver —digo—. Faltan cuatro semanas exactas para la graduación. Los estudios me van bien y los exámenes finales no me

preocupan demasiado. Lo más difícil ya lo hicimos el semestre pasado, y en realidad solo voy a tener que estudiar para cálculo y lengua...

—Phillip...

—Ya tengo el esmoquin para el baile de graduación. Te traeré fotos. Aunque la chica con la que esperaba ir está intentando retirarse de nuestro estúpido plan...

—Phillip, hay...

—Meredith parece estar agotando la paciencia de mamá con el concierto de Bolts of Fire, así que es posible que Mel y yo tengamos que llevarla...

—Tu nariz, Phillip.

Está mirando fijamente el vendaje que llevo en la cara. Todavía tengo también los dos ojos morados, y de pronto dudo de si quizá mi aspecto es demasiado truculento para visitarla, si la estaré asustando. El enfermerito debería haberme dicho algo. Quizá por eso se ha ofrecido a quedarse.

—He tenido un accidente, abuela —digo—, pero no pasa nada. Estoy bien. Hasta he venido en coche.

Lo cual es cierto. Sobresaltándome con cada movimiento súbito que veía con el rabillo del ojo.

—De verdad —digo, y le toco un brazo. Ella mira mi mano, pero no la rechaza—. Las cosas en realidad no van tan mal. Me refiero a..., ya sabes, aún no he llegado a nada con Henna, pero dijo mi nombre. Y eso tiene que significar algo. Y vamos a graduarnos pronto, y Jared y yo viviremos en la misma ciudad, y eso es genial. Mel tiene buen aspecto, parece más sana que nunca...

Le impido que se quite el camión por la cabeza. Ella acepta sin protestar, e incluso bebe del vaso de agua que le ofrezco.

—Pero —continúo— lo que no consigo descubrir es por qué me paso la vida tan preocupado. Si me paro a pensar, las cosas van bien. Podrían ir mejor (está ese tío del instituto que le gusta a Henna, tu nuera vuelve a presentarse a un alto cargo), pero estoy a punto de empezar una nueva vida, una vida que me apetece mucho, creo.

La abuela se limita a mirarme.

—Pero voy a tener una cicatriz en la cara. Todos dicen que me quedará bien, pero ¿cómo pueden saberlo? Y... y vuelvo a contar cosas. Me quedo atrapado. Tengo la sensación de que si no hago esas tonterías una y otra vez, va a pasar algo malo. En realidad, tengo la sensación de que va a pasar algo malo de todos modos. Tengo esa sensación constantemente. Incluso cuando estoy contento.

—Contento —repite la abuela.

Y luego grita tres veces seguidas, lo bastante alto para que la señora Richardson, la señora Choi y su hijo se vuelvan y nos miren. Pero mi abuela se queda callada otra vez, con aire aturdido y la mirada perdida en la habitación, intentando encontrar algo en lo que posarse.

—¿Y si... —digo, en voz baja— y si me estoy volviendo loco? ¿Y si me quedo atrapado en un bucle y no hay nadie que me saque de él?

La mirada de la abuela me encuentra, reposa en mí unos segundos y vuelve a vagar.

—¿Y si me quedo atrapado —digo— como tú?

—Phillip —dice con tono casi de súplica—. ¡Phillip!

Me asalta un olor espantoso. Mi abuela llora en silencio mientras voy a buscar al enfermero.

Sí, el Alzheimer chisposo y disparatado me cabrea de verdad.

El coche de Henna sigue en la cuneta. Pasé junto a él camino de la residencia de mi abuela. Alguien lo ha tapado con una lona, pero, por lo demás, ahí está, intacto. Hoy es lunes, así que igual decidieron esperar a que pasara el fin de semana. Igual lo remolcan hoy. Y eso es lo que hace que me pare en el trayecto de vuelta.

Quiero mi teléfono.

Aparco y bajo del coche. El tiempo se ha templado y luce el sol propio de mayo, y ya se huele el ciervo aunque solo hayan pasado un par de días. Nada insoportable aún, nada tan malo como llegará a ser. Una vez, una zarigüeya murió debajo del salón. No te haces una idea de lo que puede llegar a apestar una cosa tan pequeña.

Miro alrededor. Realmente vivimos en el culo del mundo. No hay nadie, solo el final de los caminos para coches que llevan a pequeñas arboledas. Además, ¿por qué iba a sentirme como si estuviera allanando nada? Es mi teléfono.

La lona está tensada y sujeta con una cuerda de nailon. Rodeo los restos del coche intentando dar con un punto débil. La puerta del conductor no cierra bien después de que la forzaran para abrirla, y la cuerda parece más floja ahí. Una parte de la lona se levanta fácilmente. Me introduzco bajo ella y miro dentro. El techo está arrancado casi por entero, así que el coche parece un descapotable con la capota plegada. Tapado con una lona.

El olor del ciervo es mucho más fuerte aquí, y el calor retenido lo vuelve aún más intenso. Hay una especie de túnel que cruza el asiento del conductor, junto al volante arrancado. No hay espacio suficiente para reptar por él, pero creo que podré estirarme lo suficiente para buscar a tientas.

Me introduzco serpenteando y respirando por la boca, intentando no inhalar ciervo caliente y putrefacto. Me duelen las costillas por la estrechez, pero consigo llegar hasta donde mi mano alcanza el suelo del asiento del acompañante. No tiene la misma forma de antes: está más liso, combado, ya no hay sitio para posar los pies.

—¡Ajá! —digo cuando las yemas de los dedos encuentran el teléfono.

Lo cojo con dos dedos y lo miro, aún estirado sobre el asiento. Tiene la pantalla rota, pero lo enciendo y veo que destella unos segundos antes de que se acabe la batería. Al menos funciona.

El olor a ciervo empeora, así que empiezo a recular despacio para salir del coche...

Momento en el cual todo se ilumina. Hace sol, pero es mucho más que eso. Todas las sombras desaparecen debajo de la lona, bañadas de azul. Veo la cabeza del ciervo presionando por detrás el asiento del acompañante. Veo los ojos metálicos de las moscas que reptan por su piel. Luego la luz se intensifica aún más, tanto que incluso me obliga a entornar los ojos.

Lo único en lo que soy capaz de pensar es en la columna de luz que vimos desde El Campo justo después de que el indie Finn pasara corriendo por nuestro lado.

El indie Finn, que apareció muerto.

Me da miedo salir de debajo de la lona.

Me da miedo no salir de debajo de la lona.

Pero entonces todo cesa. El fulgor desaparece tan deprisa que pierdo la visión un instante y tengo que parpadear para volver a ver la luz del sol, umbría y filtrada por la lona.

Escucho. Solo hay silencio.

Y luego deja de haber solo silencio.

Hay un sonido. Cerca. Un sonido que antes no estaba.

Algo respira.

Es el ciervo. Es el puto ciervo. Veo que su cabeza se mueve, una asquerosa vaharada de aliento le sale por la nariz.

Me lanzo, literalmente, fuera del coche y retrocedo dando tumbos hasta la cuneta mientras el ciervo empieza a embestir contra la lona con sus cortas astas. Las mismas astas que seguramente me rajaron la mejilla cuando el animal voló hacia su muerte. Corcovea y brinca hasta que la mayor parte de la lona resbala hacia la parte trasera del coche.

Y ahí está. De pie, en el coche de Henna.

Es evidente que tiene el cuello roto, y también las patas, pero se sostiene sobre ellas, y al parecer sin dolor. Se sacude las moscas, y oigo un chasquido horrible cuando su cuello se yergue casi por completo. Y me mira.

Sus ojos desprenden luz azul, sí, desprenden luz, y yo sigo tendido de espaldas en la cuneta embarrada, mirándolo, porque es lo único que puedo hacer para no mojarme los pantalones.

El animal mira más allá, detrás de mí, al bosque del que salió aquella noche. Abandona el coche con un salto cauteloso y grácil con el que salva la cuneta. Tiene las patas en un estado atroz, es imposible que puedan soportar su peso.

Pero lo soportan. Y, con un resoplido, el ciervo se dirige hacia los árboles y desaparece de la vista.

CAPÍTULO OCTAVO, en el que la indie Satchel, Dylan y el segundo indie Finn investigan en la biblioteca en busca de cualquier mención a los Inmortales; esa misma semana, en el funeral de Kerouac, los padres de Satchel la abrazan y le dan espacio para que pueda dolerse; mientras tanto, la Corte de los Inmortales, que no pueden vivir en este mundo más que breves períodos, inicia una búsqueda concienzuda de Vasijas permanentes; encuentran al tío de Satchel, muerto en su coche patrulla en una carretera boscosa y oscura conocida por sus actividades nocturnas; «¿Sandra?», dice al despertar, justo antes de que le desprendan la cabeza de los hombros, no del todo sin dolor.



—Pero tengo que estudiar alemán —dice Meredith, que aún protesta en el asiento trasero y con las hojas de los deberes de alemán en alto.

—¿No te gusta el minigolf? —pregunto.

—A nadie le gusta el minigolf —contesta—. A ti tampoco. Solo lo haces por quedar bien. Qué ironía.

—Bueno, seguramente es verdad. Henna casi no puede ni sostener un palo y ha sido idea suya.

—Sigo sin ver por qué tengo que ir yo.

Tiene que ir porque nadie sale ya solo. Desde el ciervo zombi, desde la muerte de los dos indies. Jared y yo compartimos turno siempre en el Grillers; Mel dice que tiene que estudiar para los exámenes finales, así que se ha librado del turno de noche en el drugstore, y Henna ya no trabaja en el Java Shak por el brazo. Mi madre cada vez pasa más tiempo en el Capitolio por la campaña, así que Mel y yo llevamos en coche a Meredith a sus clases vespertinas. Y el plan de ir todos juntos al baile de graduación (a menos de tres semanas ya, tictac) sigue definitivamente en pie, Nathan incluido y el

doctor Llámame Steve como añadido de última hora porque no creemos que ninguna otra opción sea segura. Divertido, muy divertido.

Mel mira por el retrovisor.

—Deja de quejarte o no te llevaremos a ver a Bolts of Fire.

—Mamá aún no ha dicho sí, ¿recuerdas? —digo mientras Mel accede a nuestro trocito de autovía—. Y todavía podemos hacer que diga no.

—Dirá sí —insiste Meredith—. Ya tengo las entradas. Oh —dice esto último como si se le hubiera ido la lengua. Y así es.

Me vuelvo en el asiento.

—¿Puedes repetir eso?

Meredith parece aterrada, y casi oigo los engranajes de su cerebro a toda mecha mientras intenta idear una explicación.

—Meredith... —le advierte Mel.

Meredith suspira, derrotada.

—Ya tengo las entradas.

—¿Cuándo? —pregunta Mel.

—¿Cómo? —pregunto yo.

—Con la tarjeta de crédito —contesta Meredith con un hilo de voz.

—¿La qué? —dice Mel con la voz afilada como un cuchillo. Meredith guarda silencio—. Mamá te ha dado una tarjeta de crédito, ¿verdad?

—No es mía —dice Meredith—. Está vinculada a la de mamá.

—¿Lleva tu nombre? —pregunto.

—Bueno..., sí, pero...

—No me lo puedo creer —dice Mel con una carcajada áspera—. Esa mujer no tiene remedio.

—Vosotros trabajáis —protesta Meredith—. Yo no tenía manera de comprarme cosas.

—Tienes diez años, Mery Pis —replico.

—No me llames así. Se cansó de tener que introducir siempre el número para mis clases online de música.

—Y por eso te dio una tarjeta de crédito —dice Mel—. Porque esa es la solución más lógica a ese no-problema.

—No debía decíroslo.

—Uy, qué extraño. —Mel habla con un hilo de voz irritado—. Todo el mundo sabe que nos trata igual a los tres, así que ¿por qué iba a haber ningún problema?

—Estoy siendo muy responsable con la tarjeta.

—Comprar las entradas para Bolts of Fire no ha sido responsable —digo.

Meredith parece de pronto taimada.

—El recibo no le llegará hasta después del concierto.

Y esto hace que Mel y yo nos tronchemos de risa.

—¡Los del club de fans teníamos muy poco tiempo para comprar las entradas! —se apresura a seguir excusándose Meredith—. Si no las compraba ya, me quedaba sin ellas. Pero da igual, llegaron ayer por correo. —Sonríe como el sol al amanecer—. Tres.

—¿Por qué tres? —pregunta Mel—. Podrías haber comprado solo dos. Menos dinero. Menos problemas después.

—Dijisteis que me llevaríais los dos —contesta Meredith—. Será más divertido si vamos los tres.

El mero amor que entraña la forma en que lo dice hace que me duela un poco el corazón. Sí, mis padres son chungos, pero le haces daño a alguna de mis hermanas y me pasaré la vida buscando maneras de destrozarte.

—Quizá estás apostando demasiado alto a que mamá vaya a decir sí —opina Mel mientras sale de la autovía (ya te dije que era un trocito).

—Siempre acaba diciéndome sí a todo —replica Meredith—. No sé por qué.

El minigolf está justo al lado de la salida de la autovía, así que Mel ya está entrando en el aparcamiento. Estaciona y dice, sin malicia:

—Pues porque eres la mejor de los tres, Meredith.

Meredith me mira.

—No lo creo.

—Por eso has venido esta noche con nosotros —digo—. No podíamos dejarte sola en casa.

—Papá está en casa.

—Exacto.

—¿Es por todas las cosas raras que están pasando? —pregunta, casi temerosa de que contestemos.

Mel y yo cruzamos una mirada y en medio segundo decidimos en silencio que no vamos a mentirle.

—Sí —contesto—. Por todas las cosas raras que están pasando.

Meredith asiente muy seria.

—Lo suponía.

Bajamos del coche. Veo a Henna haciéndonos señas con la mano buena desde la pequeña cabaña donde dan los palos. Está con...

—¡Ha venido Jared! —exclama Meredith, muy contenta—. Pero ¿quién es el otro?

Y yo digo:

—El otro es Nathan.

Solo consigo llegar al primer hoyo, donde descubro que, incluso una semana después del accidente, el leve giro de torso que se precisa para hacer un golpe corto en minigolf es excesivo para un músculo de la espalda aún dolorido. Jared lo cura subrepticamente mientras Mel y Nathan le dan a la bola.

—¿Te duele? —pregunta Henna desde el banco en el que está sentada con Meredith, que practica las conjugaciones alemanas.

—Estoy mucho mejor —digo, y me siento a su lado con cuidado—. De cuando en cuando me sorprende algo que no sabía que dolía.

—A mí también —dice pasándose un dedo por la escayola—. Aunque Jared ha ayudado bastante.

Jared ha alcanzado a Mel y a Nathan en el primer hoyo, que está decorado con pequeños dinosaurios de plástico. Mel hace un golpe corto y luego lanza los dos puños al aire.

—¡Hoyo en uno! —grita. Mel es ridículamente buena con el minigolf.

—Me extraña que tus padres te hayan dejado venir —le digo a Henna.

—No me extraña que te extrañe —dice.

—*Ich scribe, du schreibst, er schreibt...* —susurra Meredith.

—Pero haber estado a punto de morir parece haber vuelto más claras un montón de cosas —dice Henna—, ¿no crees?

—Pues, sinceramente, no.

—Para mí sí.

Jared, Nathan y Mel se están riendo de la incapacidad de Nathan para colar la bola en el hoyo.

—Se supone que tienes que rendirte al séptimo intento —oímos que dice Jared.

—Le dije a tus padres que iba a veros —dice Henna—. No querían, pero tampoco pedí permiso. La diferencia es alucinante. Ser firme. Ser directa.

—Pero tus padres tienen motivos para preocuparse. Han muerto dos chicos. Y es posible que no sean los últimos.

Meredith se interrumpe un instante, y luego sigue conjugando:

—*Ich möchte, Sie möchten...*

—Esa es justo la razón que les di —contesta Henna—. Podría haber muerto. Los dos podríamos haber muerto en el accidente. Pero no morimos. Podría morir en casa con la misma facilidad que podría morir por ahí con mis amigos. O, ya sabes, en la República Centroafricana.

—Ah.

—Sí. Ah.

Me está mirando fijamente. No sé qué pretenden sus ojos.

—Yo no me siento como si se me hubiera aclarado nada —me sorprende diciendo—. Solo me siento como si mi cuerpo estuviera formado por diferentes piezas que, aunque parecen ensambladas, en realidad están flotando, y si me cayera, me descompondría.

—Como una fontanela —dice Henna.

—¿Una qué?

—El punto blando que tienen los bebés en la coronilla. —Se da unos toques con el dedo en la cabeza—. El cráneo de los bebés no está fusionado cuando nacen; si no, serían demasiado grandes para salir de la madre. Tienen ese punto llamado «fontanela» que está como desprotegido hasta que se endurece.

—Tiene lógica —digo—. Pues yo soy una fontanela grande.

A Henna se le escapa la risa. Luego me coge una mano y la sostiene.

—Mikey —dice, pero no como si estuviera a punto de decir algo más, sino como si estuviera identificándome, creando un lugar aquí para mí en el que existir.

La deseo tanto que el corazón me pesa mucho, como si estuviera de duelo. ¿Es esto a lo que se referían con esa sensación en el estómago? No dijeron que fuera tan triste.

El minigolf es viejo y muy estrecho, tanto que aunque Jared, Mel y Nathan van ya por el hoyo tres, en cierto modo siguen ahí mismo, riéndose, mirando hacia nosotros. Sobre todo Nathan.

—*Ich esse, wir essen.* —Meredith levanta la mirada—. Tengo hambre.

—Justo lo que estaba pensando yo —vocea Nathan. Henna me suelta la mano—. ¿Alguien quiere comer algo? —pregunta mientras se acerca.

—Un perrito caliente —contesta Meredith.

Nathan arquea las cejas.

—Un perrito caliente, por favor —repite Meredith.

—Voy contigo —dice Henna, y se levanta. Me mira—. ¿Quieres algo, Mikey?

—*Ich liebe* —musita Meredith—. *Du liebst...*

Le doy una patada con disimulo.

—No, gracias.

Miro cómo se encaminan a la cabaña que vende comida típica de minigolf: perritos calientes y nachos. Miro cómo Henna entra con Nathan. Jared también los mira; luego me mira a mí, y sé lo que está pensando. Está pensando que hace ya mucho tiempo que renuncié a Henna.

Y puede que tenga razón.

Pero ella ha vuelto a cogerme la mano. Y ha dicho que estaba viendo más claras muchas cosas.

Ojalá también me pasara a mí.

—¡Dos! —grita Mel, triunfal.

Hacia la mitad de la segunda ronda de minigolf —Mel ha ganado la primera con un resultado de cincuenta y nueve; Jared obtuvo ochenta, y Nathan,

noventa y siete, lo cual ha sido agradable—, tenemos una visita sorpresa.

—Hola —dice un doctor Lláname Steve con aspecto fatigado, las llaves del coche en la mano y ropa de hospital.

—Hola —saluda Mel al tiempo que cada palabra de su lenguaje corporal se transforma en una sonrisa—. Has venido.

—¿Quién podría resistirse a una sesión de minigolf?

—Casi todo el mundo —dice Meredith mientras escribe respuestas sobre las aventuras de Dieter y Frederika en Hamburgo.

—¿Puedo jugar? —pregunta Lláname después de que Mel se lo presente a todos. («Vaya —ha dicho palpando con delicadeza mi nariz—. Es impresionante lo deprisa que está curando.»)

—Juega en mi lugar —dice Nathan—. Me está yendo tan mal que tendrás suerte si no pasas de los cien.

Lláname coge el palo de Nathan.

—Me gustan los desafíos.

Estamos en un tramo nuevo, en la parte posterior del minigolf, aunque de nuevo tiene lo mismo que Nuevo México. Antes estaba ambientado en la selva, pero las estatuas de «indígenas» eran tan racistas que las han retirado. Ahora solo hay plantas y, en el centro, un tigre de fibra de vidrio con la pintura desportillada que emite un rugido enlatado y pregrabado cada cuatro minutos.

Henna se puso de inmediato al lado de Mel cuando llegó el doctor Steve —para darle apoyo moral, supongo—, de modo que Nathan y yo volvemos solos al banco. Yupi.

—¿Cómo te encuentras, Mike? —me pregunta mientras se sienta entre Meredith y yo.

—Oh, ya sabes —contesto sin mirarle—, solo las secuelas físicas y emocionales de una experiencia cercana a la muerte. Nada grave.

Se ríe. Lo cual me resulta irritante.

—Lo sé —dice. Algo que me resulta aún más irritante.

Me levanto.

—¿Alguien quiere algo más de comer?

—*Nein* —contesta Meredith masticando un nacho—. *Ich habe viele Nachos.*

—Te caigo mal —dice Nathan, y me detengo.

—¿Quién dice que me caes mal?

—Todas las vibraciones que desprendes. ¿Me equivoco?

Dudo —no a propósito— lo bastante para que la situación se vuelva incómoda.

—Supongo que puedo entenderlo —dice—. Ya tienes un pie lejos de aquí, ¿no? Lo único que te apetece ahora es pasar las últimas semanas lo más cerca posible de tus amigos porque no quieres ni pensar en el momento en que te vayas y te separes de ellos. Pero de repente llega un intruso que rompe vuestro grupo superunido justo cuando más quieres disfrutar de él.

—Bueno... —digo—. Sí.

Se mira las manos, las cierra y las estira.

—Cuando vivíamos en Florida, mi hermana era totalmente indie, así que me convertí en una especie de mascota para ellos. El pequeño —mira a Meredith— que no se despegaba de ellos y decía cosas graciosas. —Vuelve a mirarse las manos—. Y entonces llegaron los vampiros. Mi hermana se enamoró. Antes de que todo acabara, ella y sus amigos estaban muertos.

—Oh, no —dice Meredith con los ojos como platos.

—Mi madre no ha parado de mudarse de un campamento a otro desde entonces. Manteniéndose ocupada para no tener que pensar nunca en eso. Pero acabamos aquí y ahora hay dos chicos muertos y no conozco a nadie...

—Sí —digo—, sí, vale. —Nos quedamos callados un momento, y luego digo—: ¿Sabes?, el hermano mayor de Henna...

—Lo sé —dice—. Mola hablar con alguien que sabe lo que es esto.

Mierda. Venga, ¡anda ya! ¿Cómo se supone que tengo que reaccionar ante eso? ¿Cómo se supone que voy a odiarle ahora?

—Llevas un corte de pelo ridículo —digo.

—No me gustan mis orejas —dice.

Los golfistas estallan en carcajadas; los miramos y vemos a Mel ayudando a un abochornado doctor Steve a salir del estanque de quince centímetros de profundidad.

—¿Amigos? —pregunta Nathan.

—Oh, Dios —gruño—. Había alguna posibilidad hasta que has dicho «¿Amigos?».

Mel y el doctor Steve se van juntos a cenar, aunque es tarde, así que cojo su coche para llevar a Meredith a casa. Jared vuelve con su coche, y Nathan lleva a Henna. Antes de irse, Henna me abraza.

—Que tenga cosas más claras no significa que sepa qué hacer —dice en voz muy baja para que nadie más la oiga—. Es solo que el accidente me hizo saber lo importante que eres para mí, Mikey. Lo mucho que te quiero.

—Pero no con el estómago. —Intento sonreír.

Guarda silencio un segundo, y luego pregunta:

—¿Trabajas el domingo?

—No —contesto—. Por la tarde voy a ir a hacerme las fotos de graduación. Estaré debajo de diez centímetros de maquillaje.

—Pasa a recogerme después —dice—. Me saltaré la misa de la tarde. Hagamos algo. Los dos solos.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale.

Y se va. Con Nathan.

Meredith se queda dormida cantando «Bold Sapphire» camino de casa. Se despierta una vez y dice:

—Ojalá Mel y tú no os fuerais.

Luego se ovilla y vuelve a dormirse.

CAPÍTULO NOVENO, en el que Satchel va a la comisaría de policía en busca de su tío; los demás agentes se muestran adustos, y ella ve un resplandor azul en el fondo de sus ojos; su tío —que lleva una bufanda a pesar del calor— tiene el mismo resplandor; amenaza a Satchel, y ella sale despavorida de la comisaría y encuentra al segundo indie Finn en su casa; por un momento parece que él vaya a besarla, pero ella toca el medallón y tiene otra visión del chico más guapo que ha visto en la vida; la visión es tan fuerte que Satchel tiene que subir corriendo a su habitación para rumiar a solas.



—¿Ya se lo has preguntado? ¿Qué dice él?

—En realidad, no es tan sencillo —contesta Jared—. Y en realidad, él no es un «él». Tienes pinta de que te estén curando quemaduras.

Toco el maquillaje con el que la fotógrafa me ha embadurnado como si glaseara un pastel. Los dedos se me quedan color melocotón.

—¡No lo toques! —grita ella desde donde prepara la cámara.

—Igual tendría que salir con los ojos morados y ya está —le digo a Jared.

—Al menos ya te han quitado el vendaje de la nariz —dice.

—Sí, gracias. Bueno, ¿se lo has preguntado? ¿A él? ¿A ella? ¿A ellos?

—Es un poco más complicado que eso con ciertos Dioses. Pero sí, he preguntado al Dios de los Ciervos sobre tu ciervo zombi.

—¿Y?

—Nada. No sabía nada; lo consultó y dijo: «Trasciende a mi reino».

—¿Qué significa eso?

—Significa que, sea lo que sea esto, no tiene nada que ver con los Dioses. —Entorna los ojos y se frota la nariz. Ni una pizca de maquillaje para él—. Mira, Mike, la mayoría de los Dioses pasan.

—¿De qué?

—De todo. De todo lo que no sea predominar sobre otros Dioses y decirte lo maravillosos que son y exigirte que tú digas lo mismo. —Su voz desprende cierta emoción al decir esto—. No hay nada como un puñado de Dioses para demostrarte lo solo que en verdad estás.

—Tío —digo—, estoy aquí. No estás solo.

—¡Listo! —me dice la fotógrafa—. Date prisa. El maquillaje va a convertirse en lava bajo estos focos.

—Vaya, menuda capa de maquillaje —dice el señor Shurin cuando pasamos por casa de Jared después de la sesión de fotos.

—Hola, señor Shurin —digo.

—Pareces un presentador de televisión.

Jared y el señor Shurin se saludan con un abrazo. Siempre lo han hecho y siguen haciéndolo incluso ahora, cuando Jared es básicamente un gigante al lado de su padre. Un buen tipo, el señor Shurin. Aunque sea bajo y como blando, salta a la vista por qué una Semidiosa disfrutaría de su compañía.

—Me temo que ya es oficial que tu madre y yo vamos a volver a ser rivales, Mike —dice—. El partido incluso ha contratado a un equipo para que se encargue de mi campaña. —Se encoge de hombros—. Toda una novedad.

—Nosotros estaremos a dos estados de aquí —digo—, así que buena suerte. Envíeme un mensaje con el resultado o algo.

Sonríe, pero parece cansado. No tiene ninguna posibilidad de ganar, y lo sabe, pero el partido de la oposición tiene que poner a alguien. El señor Shurin nunca ha dicho exactamente por qué se presenta como candidato siempre, pero apostaría a que al partido de mi madre no le entusiasman las personas diferentes. Y hay mucho de diferente en la vida del señor Shurin.

Sin embargo, parece que la cosa empieza a pasarle factura. Tiene más canas en las sienes incluso que el mes pasado. En realidad nunca me he parado a pensar cuánto afectará a mis padres que Mel y yo nos vayamos porque la respuesta realista tendría que ser: no demasiado. Pero Jared es hijo único, tiene una relación muy estrecha con su padre, y su madre no

está. Es curioso cómo puede uno olvidar que no todas las familias son como la suya.

Me muero de ganas de ir a casa y lavarme la cara, pero el señor Shurin me planta una Cola-Cola en la mano y nos sirve una pizza que obviamente ha tenido fuera del horno esperando a que llegáramos. Nos sentamos y comemos; escamas de maquillaje caen sobre el pepperoni.

—¿Te ha dicho Jared lo de la cabaña? —dice el señor Shurin.

Levanto la mirada mientras mastico queso.

—¿Qué?

—Después del baile.

—Papá quiere organizarnos una fiesta allí —dice Jared—. Para cuando nos cansemos de bailar.

—Una fiesta no —puntualiza el señor Shurin—. El baile de graduación es una fiesta. Esto sería una posfiesta. Una especie de chill-out.

Jared hace una mueca al oír el lenguaje ancestral de su padre.

—Mirad —dice el señor Shurin—, sé que vais a beber y a estar por ahí, así que ¿por qué no hacerlo en un lugar seguro del que nadie tenga que volver en coche?

La cabaña de la que habla es una choza de tamaño decente aunque de construcción barata que está en el extremo más alejado —es decir, más pobre— del gran lago glacial. Decir que es básica sería un uso optimista del término «básico», aunque he ido con ellos algunos veranos y está bien. Hace poco tuvieron un problemilla con las nutrias, pero el olor a almizcle y a pescado podrido debe de haber desaparecido ya.

—Suena divertido —digo—. Dejando a un lado que sería la situación típica en la que un asesino en serie aficionado a comer piel o algo así nos mata a todos.

Jared apenas reacciona. Parece preocupado, al menos desde esta mañana...

En realidad, ahora que lo pienso, desde hace más tiempo, ¿no? Ahora que pienso en algo que no sea yo mismo. Oh, maldita sea. ¿Me he perdido algo? ¿Estoy fallando a mi mejor amigo?

—Bueno, ahí queda la idea —dice el señor Shurin—, por si os apetece. —Come un bocado de pizza—. ¿Hacéis algo esta noche?

Quiere decir si hacemos algo juntos. Niego con la cabeza.

—Yo he quedado con Henna.

Al señor Shurin se le ilumina la cara.

—¿Una cita? ¿Al fin?

Sí. Todo el mundo lo sabe. Todo el mundo.

—No lo creo —digo—. Más bien un encuentro de supervivientes de un accidente de coche.

El señor Shurin asiente, y luego mira a Jared.

—¿Tú vas a salir?

—Hum —contesta Jared mientras se limpia la boca con una servilleta.

Se levanta y abre la puerta trasera, por donde hemos entrado. Fuera esperan pacientemente una docena de gatos del barrio.

—Dadme un minuto —dice.

Es al empezar a lavarme la cara por tercera vez cuando sé que estoy jodido.

Estoy en el cuarto de baño de Jared y me la lavo en un orden concreto, por supuesto, tratándose de mí. Jared tiene un jabón de cara bastante bueno, así que me la mojo con el agua del lavamanos y me froto la frente con el jabón, primero las sienes con las dos manos y luego en círculos hacia el centro. Bajo por la nariz, lavando los dos costados cuatro, cinco, seis veces; después paso a los pómulos, con movimientos simétricos; a continuación, las mejillas —con cuidado en la cicatriz aún tierna—, y por último, la barbilla, con la mano derecha. A continuación las dos manos me lavan el cuello y gotean agua que me moja la camiseta. Me enjuago una, dos, tres veces, y entonces sigo la misma pauta con una toalla.

La primera vez que lo hago, auténticas losas de maquillaje se desprenden de mi cara —voy a parecer una cabeza de la Isla de Pascua en las fotos de graduación—, así que vuelvo a lavarme exactamente en el mismo orden. La tercera vez, sé que estoy perdido. Frente, nariz, pómulos, barbilla, cuello. Frente, nariz, pómulos, barbilla, cuello. Frente, nariz, pómulos, barbilla, cuello. Mierda mierda mierda mierda mierda.

Tengo la camiseta empapada ya. Noto que se me empiezan a agrietar los dedos de tanto arrebatarles su aceite natural. El lavado repetido de los ojos

morados y de la cicatriz de la mejilla, por mucha delicadeza que ponga en él, resulta cada vez más doloroso. A la octava intento obligarme a quedarme apoyado en el lavamanos, pero fracaso.

Sé que es una locura. Sé que la sensación de que no me he lavado la cara «adecuadamente» es absurda. Pero, como digo, saberlo no hace que sea mejor. Hace que sea mucho peor. ¿Cómo podría explicarlo? Puede que no sirva de nada si no sabes lo que es, pero el caso es que mientras vuelvo a lavarme la cara, me detesto tanto que quiero clavarme un cuchillo en el corazón.

Cuando al final Jared abre la puerta del baño para ver qué ocurre, me encuentra llorando. De rabia. De vergüenza. De odio hacia mí mismo y hacia esta estupidez que soy incapaz de dejar de hacer. Vuelvo a hacerla incluso ahora, sabiendo todo eso.

Jared echa un vistazo, desaparece un segundo y vuelve con una camiseta seca, una mía que dejé en su casa hace años.

El mero acto de cogérsela de las manos rompe el bucle.

Me inclino hacia delante por la cintura y mascullo un «Jodeeeeeeeeeeeeeer» largo y furioso. Sigo llorando, por lo que Jared se limita a posar una mano en mi espalda hasta que estoy preparado para erguirme de nuevo.

—Las terapias no son nada de lo que avergonzarse, Mike —dice mientras me cambio de camiseta—. Ni la medicina. No deberías tener que pasar por esto.

Ahora tengo la piel de la cara tan seca que incluso me pica. Jared coge una crema hidratante y me la tiende.

—¿Te importa hacerlo tú? —pregunto—. Me da miedo volver a quedarme atrapado.

No me cuestiona; sencillamente, empieza a repartir pegotitos por mi cara.

—¿Es por la cita de esta noche con Henna? Te da miedo que la situación cambie. Que pudiera salir bien.

—Es posible. —Hago una mueca; la crema pica un poco—. Es posible que sea por ti.

Se detiene.

—¿Es por mí?

Intento sonreír.

—¿Quién va a salvarme de esto cuando vaya a la universidad?

—Lo conseguirás, Mikey. Eres más fuerte de lo que crees. Y, de todos modos, yo estaré ahí.

—No es solo eso. ¿Dónde has estado últimamente, Jared? ¿Adónde vas los sábados por la noche? ¿Qué vas a hacer hoy, eso que nadie puede saber?

Me pone más pringue en la cara. Y, sí, sé que a la mayoría de la gente le parecería raro que dos amigos se toquen como nosotros, pero cuando uno elige a su familia, puede elegir cómo se relaciona con ella. Así funcionamos nosotros. Espero que tú también puedas elegir a tu familia y confío en que signifique tanto para ti como la mía para mí.

—Estoy con algo, Mike —contesta.

—¿De qué va ese algo? Podría ayudarte.

Sonríe.

—No puedes ayudarme con este algo. Pero gracias.

—Podrías contármelo. Puedes contármelo todo.

—Lo sé. —Acaba con la crema hidratante—. Vas a brillar un poco, pero Henna y tú os conocéis desde hace mucho. Dudo de que en realidad siga viéndote.

—Jared...

—Esto es lo que importa, Mike. —Se toma su tiempo para enroscar la tapa de la crema—: Lo que importa es lo mucho que te preocupas por chorradas. Y lo que también importa es que sé que gran parte de esa preocupación tiene que ver con que, al margen del grupo de amigos en el que estés, al margen del tiempo que haga que los conoces, siempre das por hecho que eres la persona menos querida. La persona de la que todos los demás podrían prescindir.

Lo único que consigo hacer es tragar saliva. De repente me siento como desnudo.

—Aunque estemos tú y yo solos —dice—. Sé cuánto te preocupa que puedas necesitarme como amigo más que yo a ti.

—Jared, por favor...

—Lo sé desde que éramos niños, Mike. No eres el único que se preocupa. —Me da un puñetazo de broma en el pecho, y deja posados los nudillos en él—. Yo no habría salido adelante sin ti. Tengo a mi padre y te tengo a ti, y os necesito a los dos. Más de lo que imaginas.

Vuelvo a tragar saliva.

—Gracias, tío.

—Te contaré todo lo que pueda —dice—. Lo prometo. Quiero contártelo. Pero hablar de esto, incluso contigo, lo cambiaría todo, y aún no puedo arriesgarme.

—Vale.

—Y como esta noche no beses a Henna en la boca de una vez por todas, me aseguraré de que tengas los ojos morados hasta después de la graduación.

Esboza una sonrisa pícaro, y aunque sigo preocupado por él —no sería yo si no lo hiciera—, la felicidad que siento por lo que acaba de decir es como si me hubiese dado un puñetazo de verdad en el pecho.

—¿Te importa que te bese? —pregunta Henna cuando aún no nos hemos alejado de su casa ni un kilómetro.

Paro justo ahí, en mitad de la carretera.

—¿Qué? —Es todo cuanto consigo decir.

—Como... con ánimo de exploración —dice—. Los dos lo hemos imaginado siempre, ¿no?

—¿Lo hemos imaginado? ¿Lo has imaginado?

—Eres un chico mono al que conozco desde hace cien años. Pues claro que he pensado en eso.

Un coche se detiene detrás de nosotros en la frondosa penumbra; sus faros nos iluminan la nuca. Un segundo después, pita. Sin despegar la mirada de Henna, pongo las luces de emergencia. El coche vuelve a pitar y luego nos adelanta.

—¿No tienes la sensación de que el mundo se ha abierto, se ha liberado? —pregunta Henna.

—Sí —contesto, porque así es—. ¿Te parezco mono?

—Estamos mirando a un futuro. Y no está lejos, como suele pasar con el futuro. Está aquí, ahora. En cada segundo. —Se frota el hombro—. Esta mañana me han puesto las vacunas para el viaje a África. Sigue en pie. Aunque acaben de operarme del brazo. Mi padre dice que es médico y que podrá cuidarme, y que Dios nos cuidará a todos mientras cumplimos con Su voluntad, así que nada ha cambiado. Nos vamos sí o sí.

—Podrías quedarte con nosotros —digo, y luego pienso que no, que seguramente no podría. Ella también lo sabe, a juzgar por cómo me mira—. O con Jared. Al menos el verano...

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. Está pasando. No puedo hacer nada para evitarlo. No puedo hacer nada con la graduación. No puedo hacer nada para ir a la misma universidad que todos mis amigos. No puedo hacer nada con estos sentimientos hacia Nathan que me sorprenden tanto como a todo el mundo. Perdóname, pero ¿qué sentido tiene mentir sobre esto? ¿Qué sentido tiene mentir sobre nada? Podríamos seguir viviendo demasiado asustados para decir que no sabemos ciertas cosas y luego el futuro vendrá y se nos comerá de todos modos, y nos arrepentiremos de no haber hecho todo lo que deseábamos haber hecho, ¿me entiendes?

—No mucho.

Sonríe.

—He ahí la verdad. ¿No es fantástico?

Otro coche pasa por nuestro lado en sentido contrario. Va muy despacio, y esperamos a que se aleje, como si pudiera oír nuestra conversación.

—¿Por qué quieres besarme? —pregunto.

—Porque no sé si debo hacerlo. No sé qué sentiré. —Se encoge de hombros—. Antes me gustabas..., en ese sentido. Hace tiempo, cuando Mel volvió al instituto. Veía cuánto te importaba, Mike. Cuánto la cuidabas. —Se le han humedecido un poco los ojos—. No sé si Teemu me habría cuidado así en la misma situación. —Se traga las lágrimas—. Me gusta creerlo, pero nunca lo sabré. Y no me gusta que nunca vaya a saberlo.

No puedo dejar de mirarla.

—¿Yo te gustaba?

—Sí. —Es su clara respuesta—. Pero estaba con Tony y también me gustaba él. Mucho. Todavía me gusta. Habríamos tenido los bebés

finlandeses-coreanos negros más increíblemente guapos del mundo.

—Entonces, ¿por qué lo dejaste con él?

Acaba apartando la mirada.

—Quería que nos casáramos este verano.

—¿Qué?!

—Yo también me lo planteé. Como una forma de librarme del viaje a África. Pero luego me di cuenta de que era la única razón por la que me lo estaba planteando. No puedes casarte con alguien solo para huir de tus padres.

—La gente lo hace.

—Pues yo no. También hizo que me diera cuenta de que era incapaz de verme casándome con Tony. Bueno, en cualquier caso, aún no. Al menos hasta que haya salido al mundo y haya tenido una vida propia en la que haya podido tomar mis propias decisiones, tal vez descubrir lo que quiero.

—¿Y quieres descubrir si me quieres a mí?

Me mira.

—Podríamos haber muerto juntos. Pero no fue así. Y lo único en lo que podía pensar mientras esperábamos a la ambulancia era cuánto me alegraba de que fueras tú quien estaba conmigo allí. Porque si eras tú, no debía tener miedo.

—A mí me pasó lo mismo.

—Lo sé. Siempre lo he sabido. —Se desabrocha el cinturón de seguridad—. No sé si besarnos es lo que más nos conviene, pero no quiero marcharme sin saberlo. No estoy intentando jugar con tus sentimientos, y me da mucho miedo hacerte daño, pero tener demasiado miedo no es...

Y ya estoy besándola.

Henna es...

Bueno, no sé, tú has besado a gente, ¿no? Así que sabrás de qué va la parte física, y aunque se nos dé bien y la proximidad y su olor y el sabor de su boca sean tan alucinantes y aunque note cada punto de la nuca que ella toca con la mano sana y su escayola clavándoseme en el pecho y aunque, sí, tenga semejante empalme que deba recolocarme antes de volver a besarnos porque los vaqueros se vuelven incómodos...

En realidad es dentro de la cabeza donde pasa todo esto, ¿no?

Porque lo único que pienso es: «Estoy besándola estoy besándola estoy besándola estoy besando a Henna estamos besándonos es Henna y estamos besándonos».

Y quizá sea estúpido, pero quizá no, quizá sea sencillamente lo que la gente hace. «Estoy besándola.»

Eso es lo que pienso.

Se oye un golpe en la ventanilla tan fuerte e inesperado que nos separamos de un brinco.

Un coche está detenido un poco más atrás, con los faros apagados. No tengo motivo para pensarlo, pero al instante pienso que es el mismo coche que se detuvo antes detrás de nosotros. Y el mismo coche que pasó despacio hace un minuto. En él se encienden luces rojas y azules que nos iluminan una o dos veces antes de que todo vuelva a quedar a oscuras.

Es un coche de policía.

—Mierda —oigo que dice Henna.

—No hemos hecho nada malo —digo.

Otro golpe y, absurdamente, los dos damos otro brinco. No creo que ninguno le tenga especial miedo a la policía, pero hace nada que mataron a dos personas y que un ciervo zombi saltó por encima de mi cabeza, así que creo que sería justo decir que estamos un poco de los nervios.

Bajo la ventanilla. El poli está tan cerca del coche que al principio ni le veo la cara. Sí veo la linterna, que parece más una porra, con la que ha dado el golpe en la ventanilla. Está a unos cinco centímetros de mi cabeza.

—Buenas —digo, un poco estúpidamente.

—¿«Buenas»? —repite al tiempo que se inclina despacio para meter la cabeza por la ventanilla—. ¿Así es como te diriges a un representante de la ley?

Conmocionado, le reconozco. Es el poli que fue al instituto y se negó en redondo a tomarnos en serio cuando le dijimos que habíamos visto al indie Finn en El Campo perseguido por una niña. Lleva una bufanda, que a todas luces no forma parte del uniforme, y gafas de sol, aunque es noche cerrada.

«Estamos en un buen aprieto —pienso—, y no solo un aprieto del tipo acaba-de-pararme-un-poli.»

—Estoy esperando una respuesta —dice. Sus palabras son claras y categóricas, nada parecido a la versión ligeramente ebria que vimos en el despacho del subdirector.

—Lo siento, agente. Sé que no deberíamos estar...

—No —me interrumpe—. En efecto.

La linterna me alumbra directamente la cara. Me estremezco y oigo que el poli se ríe. Se acerca a Henna, que no desvía la mirada. Veo que tiene miedo, tanto como yo, pero también una actitud desafiante. Sí, es verdad: el accidente ha liberado el mundo para ella. Podríamos estar en un aprieto grave, pero si ese es el caso, está dispuesta a mirarlo a los ojos.

Nunca había estado tan guapa. Y temo tanto por ella que apenas soy capaz de contener el vómito.

—Chicos —nos espeta—, con vuestra insolencia y vuestra aventura sex...

—¿Nuestra qué? —dice Henna.

—Creéis que nadie os entiende porque sois jóvenes. Creéis que solo vosotros podéis ver el mundo como de verdad es. —Da un golpe fuerte con la linterna en la portezuela—. No sabéis nada. —Da otro golpe, lo bastante contundente para dejar una abolladura—. Nada de nada. —Casi como quien no quiere la cosa, arremete contra el retrovisor y lo destroza.

—¡Eh! —digo, y la linterna vuelve a iluminarme la cara al instante.

—Este lugar no es seguro de noche —dice él con una nota divertida en la voz.

Sin dejar de mirarlo, intento llevar la mano con disimulo a la palanca de cambios, con la intención de meter primera y salir escopeteado de aquí...

—Inténtalo —dice el poli—. Vamos, atrévete.

—Mikey... —oigo que musita Henna. Está mirando por el parabrisas trasero.

Estamos rodeados de policías. No veo ningún coche más, pero ahí fuera hay al menos veinte polis más, en un amplio círculo alrededor del coche, con una mano en la pistolera.

Todos con gafas de sol.

Sigo sujetando la palanca de cambios. Henna y yo la miramos a la vez con disimulo. Ella hace un leve asentimiento. Estoy a punto de meter primera y...

Entonces llega la voz. Es como un susurro mezclado con el gemido de una sierra circular. Parece provenir de todas partes a la vez, de kilómetros de distancia pero también del interior de la cabeza.

«Fíjate bien —dice una y otra vez, con palabras rasposas que hacen que Henna y yo nos estremezcamos—. Fíjate bien, fíjate bien...»

El sonido es como vidrio rompiéndose contra tu piel, se oye y se siente antes de desaparecer, y luego te deja con la sensación de que alguien te ha tocado como no debía.

El poli apaga la linterna. Oigo la respiración de Henna, y alargo una mano en la oscuridad para coger la suya. Ella también debe de oír mi respiración porque ya está alargando la mano para hacer lo mismo.

El poli se quita las gafas.

En la negra penumbra, sus ojos refulgen. Un resplandor azul. Como el ciervo.

Alrededor de nosotros, en la noche, los demás polis también se quitan las gafas de sol. Un círculo de ojos azules refulgentes nos miran en silencio.

—¡Vámonos! —susurra Henna—. ¡Ahora!

Metó primera, pero la mano del poli entra por la ventana mucho más deprisa de lo que debería ser posible y me agarra el brazo, con tanta fuerza que me hace daño.

Y me apunta a la cara con la pistola.

Durante un largo minuto, lo único que alcanzo a ver es el cañón de esa pistola.

—No sois los que queremos. —Frunce el ceño: parece decepcionado.

Baja el arma, vuelve a ponerse las gafas de sol y se aleja. Ahí fuera, en la oscuridad, las luces azules desaparecen de dos en dos.

No espero. Piso a fondo el acelerador y, con las ruedas chirriando, nos internamos en la noche a toda velocidad.

—Mike... —dice Henna.

—Lo sé —digo.

—Mike —repite; solo pronuncia mi nombre, no pregunta nada.

Ni siquiera sé adónde estoy yendo. Me limito a alejarme de allí tan deprisa como puedo.

Oigo que Henna dice:

—En toda mi vida me había alegrado tanto de no ser una indie.

Rompe a llorar, y ambos lloramos un rato. Nos alejamos de allí y lloramos.

Sobre todo de alivio por estar vivos.

CAPÍTULO DÉCIMO, en el que los indies Joffrey y Earth desaparecen de su casa, y encuentran sus cuerpos a kilómetros de allí; Satchel se esconde en un autocine abandonado con otros indies: Finn, Dylan, Finn, Finn, Lincoln, Archie, Wisconsin, Finn, Aquamarine y Finn; tras ver una luz azul en la noche, Satchel se encuentra al chico del medallón, el más guapo que ha visto nunca; él le dice que ese no es un lugar seguro para ella y los demás y que deberían huir; luego le dice que, a su manera, especial, es guapa, y es entonces cuando ella sabe que puede confiar en él; los indies regresan a sus casas.



Las cosas se vuelven todavía más turbias los días posteriores al accidente.

Otros dos indies aparecen muertos. No los conocía, solo los había visto en los pasillos del instituto, pero aun así... «Esto es peor que cuando todos morían sencillamente de cáncer», dijo Henna, y tiene razón.

Los polis achacan las muertes a un suicidio y a un accidente de coche.

Los polis dicen eso.

¿Y por qué deberíamos dudar de los polis?

Henna y yo informamos a Mel y a Jared y, vale, a Nathan de lo ocurrido, pero ninguno se lo ha dicho a sus padres. ¿Cómo vamos a decírselo? Mi padre queda automáticamente excluido de todo lo que sea importante. (Ni siquiera estoy seguro de haberlo visto esta semana, solo he visto pruebas —ropa sucia, ronquidos— de que andaba por casa.) Mi madre está en modo precampaña, así que no creo que sea el mejor momento para contarle que la policía local se ha vuelto loca y amenaza a su hijo. (Le dije que el retrovisor se rompió en un golpe a un buzón; ella se limitó a suspirar y me dio los formularios del seguro.) A Henna sus padres la enviarían a un convento, e incluso el señor Shurin se preocuparía demasiado y se implicaría de las peores formas posibles, seguro.

Vamos a permanecer juntos en esto, vamos a afrontarlo con calma e intentar vivir el tiempo suficiente para graduarnos. Lo habitual.

Los indies supervivientes desaparecieron del instituto unos días. Nadie sabe adónde fueron. Nadie sabe qué vieron. Nadie sabe por qué todos volvieron el viernes.

Aunque se lo preguntáramos, no nos contarían lo que está ocurriendo.

—¿Qué dirían? —pregunta Jared a Mel durante el almuerzo.

—Que no lo entenderíamos —contesta Mel con expresión ceñuda, como si estuviera a punto de despedir al mundo de un trabajo que adora—. Pero uno me enseñó un poema sobre lo esencialmente solos que estamos todos. Como si ellos no fueran el ejemplo más grande de unión que haya existido.

Todo el mundo sabe que los indies no utilizan internet —¿te has fijado?, nunca lo utilizan; es muy extraño, como si no se les ocurriera hacerlo, como si siguiéramos en 1985 y solo existieran los catálogos de papel—, así que no podemos encontrarlos discutiendo sobre algo online. Es como si la cosa no fuese asunto nuestro. Históricamente, los vampiros y los fantasmas devoraalmas no han molestado a los no-indies, así que quizá tengan sus motivos.

Pero el ciervo que provocó nuestro accidente. Y el ciervo zombi que salió del coche de Henna. Y los polis temibles. Es igual que cuando los adultos dicen que las noticias del mundo no deben preocuparnos. ¿Por qué demonios no deberían hacerlo?



—No pareces tú —dice Mel cuando llegan las copias de mis fotos de graduación—. Para nada.

Pasé de pedir los archivos digitales, sabía que serían horripilantes. Se supone que las copias son para adjuntarlas al anuncio de la graduación, el que lleva un inútil trozo extra de papel de seda y doble sobre cuando uno se los envía a sus parientes con la esperanza de que ellos a su vez le envíen dinero. Creo que también voy a pasar de eso.

—Quizá podrías ser tu primo segundo —dice Henna, apoyada en el mostrador del drugstore.

Hemos parado en el trabajo de Mel para ver cómo está, aunque aún no haya anochecido en esta tarde de sábado.

—No tenemos primos —digo—. Mi padre es hijo único y el tío Rick no tiene hijos.

Henna pestañea.

—Yo tengo como cuarenta.

—Disculpad —dice un hombre flaco y desaliñado detrás de nosotros.

—Para la metadona tiene que hablar con el farmacéutico —dice Mel sin siquiera dejar de mirar las fotos.

—¿No eres tú la farmacéutica? —pregunta el hombre.

Todos lo miramos. Parece encogerse ante tanta atención, y se abraza por encima de la camiseta heavy metal que le cuelga de las clavículas antes de encaminarse arrastrando los pies al mostrador de la farmacia, situado en la parte posterior del local.

—Pobre tío —dice Mel, y devuelve la atención a mis fotos—. Es como si un retratista te hubiera pintado en el estrado de los acusados.

Henna contiene el aliento.

—Sí, es justo eso.

Me acerco a ella fingiendo que quiero ver mejor las fotos. Le rozo el brazo con el mío. Sí, es una estrategia de niño, pero ella no se aparta. Ha pasado más de una semana desde el episodio con los polis, pero no hemos vuelto a besarnos; en realidad, ni siquiera hemos hablado de eso. Hemos pasado mucho tiempo juntos, pero siempre en compañía de nuestros amigos. Aun así, lo de los polis fue tan aterrador y raro e inexplicable que hizo que el beso pareciera algo así como infantil. De momento, al menos.

—Al menos no se ve la cicatriz —digo.

Las manos de Jared han ayudado a que ya no lleve los puntos, pero, sin losas de maquillaje, en mi cara sigue habiendo un tajo abierto por una pezuña. Aún se está curando, lo sé, pero la cicatriz va a seguir ahí.

—No pasa nada —dice Mel—. En cuanto desaparezca la rojez, incluso te dará un aire superinteresante.

—En realidad, nadie ve la cicatriz después de la primera vez —dice Henna—. Bueno, en cualquier caso, nadie que importe.

—Ya —digo con tono apagado—, seguramente no puedo considerar amigos a los que se burlan de mi cara.

Henna alarga una mano y, con mucha delicadeza, pasa los dedos por la cicatriz, desde el extremo que queda debajo del pómulo hasta la pequeña floritura que dibuja al lado de la barbilla, pasando por la parte más ancha, en la mejilla.

—Sigues siendo tú —dice—. Todo el mundo te verá.

Mantiene los dedos ahí un segundo. Sí, quiero volver a besarla.

—Esto... —dice el hombre desaliñado, de vuelta en el mostrador principal mientras tramitan su receta—, un Marlboro, por favor.

Mel coge una cajetilla de las hileras de caras podridas por el cáncer y pulmones tumorosos que hay en los estantes que tiene detrás, y lo registra. Salta a la vista que el hombre se siente tan abrumado por nosotros que manosea el dinero con torpeza y deja caer un billete de cinco dólares al suelo. Me agacho para recogerlo, pero Henna está más cerca. Se lo tiende.

—Te conozco —susurra el hombre sin mirarla a la cara. Le da el billete a mi hermana, junto con otro de diez.

—Ah, ¿sí? —dice Henna.

El hombre le dirige una mirada rápida y vuelve a mirar hacia otro lado.

—Teemu —dice.

Henna se encoge como si de pronto la ropa le pesara cien kilos más.

—¿Erik? —dice—. ¿Erik Peddersen?

El hombre desaliñado asiente.

—Oh, Dios —dice Henna casi sin aliento, pero con sorpresa, no con desdén.

El hombre desaliñado se ruboriza de todos modos.

—Están pasando cosas extrañas —comenta, aún sin mirarla a los ojos.

—No creo que sean vampiros —dice Henna.

—No —dice Erik con convicción—. Si fueran vampiros, ya habrían ido a por mí.

Hay un momento vacío y mudo en el que nadie pestañea y la incomodidad de Erik aumenta a ojos vista. «Número 9», dice luego la voz

de Pratip, el farmacéutico, por megafonía, y Erik se va al instante sin volver a mirarnos. Vemos cómo se aleja.

—¿Es amigo de tu hermano? —pregunta Mel con delicadeza.

—Tocaba en su banda —contesta Henna—. No lo veía desde que todo aquello acabó. Supongo que lo ha pasado bastante mal.

Aprieta contra sí el brazo bueno; da la impresión de que sigue encogiéndose. Yo la rodeo con el mío, y se recuesta contra mí. Casi me odio por pensar lo bonito que es.

—Nosotros no acabaremos así —dice Mel, refiriéndose a Erik—. Pase lo que pase, no acabaremos así.

Y lo dice como si estuviera pidiendo una promesa.



—Tu hermana es como un robotito monísimo —dice Tina, nuestra jefa—. Me la comería.

Meredith está sentada sola en un reservado del Grillers. Jared ha apilado en la mesa que tiene delante —la parte que no está cubierta por deberes y arsenal escolar— suficiente pan de queso y refresco de arándanos para echar por tierra hasta la última clase de jazz & tap a las que ha ido.

—Quiero un hijo —dice Tina mirándola furiosa desde la zona de camareras.

—Tenlo con Ronald —dice Jared mientras hurta una patata frita de un plato.

—Es estéril —replica en un susurro más alto que su tono de voz normal.

—Deberías adoptar —dice Jared—. La adopción es una buena causa.

Tina hace una mueca.

—Sí, claro. Ronald es exactamente la clase de tío que le causaría buena impresión a un asistente social. —Suspira paseando la mirada por el Grillers—. Noche de cascarrabias. Todo el mundo está de mal humor.

Tiene razón. Esta noche he recibido más quejas que en los últimos seis meses. Un tipo me ha devuelto hasta el agua.

—Hay algo raro en el aire, ¿verdad? —dice Tina—. Todos esos críos suicidándose en el instituto. —Jared y yo intercambiamos una mirada, pero no la corregimos—. Se nota al volver a casa de noche. A saber qué podría haber en esos bosques.

Tina debía de tener alrededor de veinte años cuando llegaron los vampiros, es decir, un pelín demasiados para haber estado directamente implicada. Aun así, siempre queda la duda de cuánta gente lo sabe y sencillamente no lo dice. O finge no saberlo. O decide olvidarlo.

Meredith asoma por el reservado para mirarme, aunque se ha sentado a propósito en la sección de Jared. Él es más generoso con el refresco de arándanos. Me acerco a ella.

—¿Qué ocurre?

Me enseña el portátil y pasa deprisa por varias webs.

—No sale nada en las principales, ni buscando.

—No deberías hacerlo. Deja que Mel y yo nos encarguemos de...

—Pero si vas a los sitios correctos... —dice obviándome y abriendo varios chats privados sobre temas insólitos como turbios juguetes japoneses y videojuegos underground.

Gira el portátil hacia mí con varias ventanas abiertas.

Quiero seguir reprendiéndola pero no consigo resistirme a echar un vistazo. Infinidad de referencias a «ojos azules» y a «indies muertos» y a «los Inmortales».

—Casi todo son conjeturas —dice Meredith—. «Inmortales» podría significar un montón de cosas, pero la gente está pensando en algo como tridimensional. O en duendes. O incluso en ángeles. Nadie lo sabe seguro porque los indies no lo cuentan, solo lo comparten entre sí. —Apoya la barbilla sobre las manos, en la mesa—. Pero está pasando en muchos sitios. En una versión u otra.

—Como los vampiros —digo, casi para mí. Entonces veo su carita preocupada—. Pero no tienes nada de que preocuparte. Nunca van a por pequeñajas como tú.

—¿Y si cancelan el concierto de Bolts of Fire? —pregunta, y cualquiera podría pensar que es una cría de diez años haciendo una pregunta egoísta cuando está muriendo gente. Meredith no. Está preguntando si todo va a ir

bien. Seguramente todo irá bien, pero ¿cuándo ha ayudado un «seguramente» a alguien?

—Ufff, la gente está de muy malas pulgas hoy —dice Jared cuando llega con las cafeteras—. ¿Quieres algo más, Mery Pis?

—¿Más tostadas de queso? —pregunta con un hilo de voz.

Jared sonríe.

—Enseguida. Por cierto, Mel y Henna acaban de llegar. —Me mira—. Nathan viene con ellas.

Cojo las cafeteras de sus manos y vuelvo a mi mitad del restaurante. Casi no ha dejado ni que Mel y Henna entren y Tina ya les está soltando una de sus historias trágicas sobre Ronald:

—... y tiene las uñas de los pies que ni salidas de una fábula...

—Hola —digo.

Me contestan con otro «Hola». Es casi como una muletilla. «Hola, aquí estoy, estáis aquí conmigo, sí, estamos aquí contigo», y todos se sienten bien porque «Hola».

Señalo con la cabeza el reservado de Meredith.

—Está preocupada. No para de buscar en internet.

Mel suspira.

—Le dije que no lo hiciera, pero no me sorprende. —Se encamina hacia nuestra hermana pequeña.

—Descuento de empleado para lo que queráis, chicos —dice Tina—. A ver si conseguís que alguien esté contento hoy.

—Gracias, Tina —digo.

Sonríe y se queda donde está, mirándonos a Henna y a mí. Y luego mirándonos más. Y después aún más. Y finalmente dice «Oh» y se aleja para engatusar a más clientes con tostadas de queso.

—¿Estás bien? —le pregunto a Henna cuando Tina se ha ido.

—Sí, ¿y tú?

—Bien. Raro. Bien.

Sonríe.

—Yo también.

Trago saliva.

—Oye, Henna...

—Lo sé. Asignatura pendiente. —Baja la mirada y la posa en la escayola, repleta de tinta de las firmas que le han estampado. La más grande es la de Jared. La más pequeña, la mía, pero es la única que permitió que le hicieran en la palma de la mano—. He estado pensando —dice—. ¿Te acuerdas de lo que te dije justo antes de atropellar al ciervo?

Oh, mierda.

—No.

Sabe que miento, pero no lo dice.

—Me dijiste que me querías. Y yo dije que no creía que fuera verdad.

—No puedes saberlo.

—Pero tampoco creo que lo sepas tú, Mikey. —Se da unos golpecitos en el yeso—. Aunque quiero volver a besarte.

Medio sonrío.

—¿Con ánimo de exploración?

—Tres mesas piden la cuenta —dice Tina, que reaparece de pronto—. También están cabreados por eso.

Henna ya ha echado a andar hacia Mel y Meredith, que fingen exageradamente estar consultando la carta con Jared.

—Creía que habíais venido con Nathan —le digo a su espalda.

—Sigue fuera —contesta, y se encoge de hombros.

Y me pregunto si le habrá besado a él con ánimo de exploración.

Llevo la cuenta a las tres mesas. Solo una me deja propina. Acompaño al comedor a una pareja de ancianos de aspecto enfadado que preguntan por el descuento para mayores antes incluso de tocar la silla, y el bombero asiduo que viene todos los sábados pide lo de siempre y que, por él, le dejen en paz mientras le lleguen «todas las gambas que puedas comer». Vuelvo la mirada hacia el reservado de Meredith mientras tecleo el pedido.

Nathan sigue sin aparecer.

Busco a Tina con la mirada, luego salgo a la calle limpiándome las manos con una toalla, notando el tirón de un bucle en el quierro lavármelas y lavármelas y lavármelas. No veo a Nathan por ninguna parte; lo único que veo son manchas de aceite, los pinos enanos resistentes al tráfico que cercan el recinto y un gran cielo abierto con una luna llena radiante. Rodeo el edificio hacia la zona de basuras, dos contenedores dentro de una pequeña

cabaña de ladrillos que Jared y yo tenemos que ir a vaciar todos los domingos por la noche. Huelen increíblemente mal, incluso después de que vertamos dentro cubos de lejía.

Tampoco allí hay nadie. Sigo andando sin dejar de limpiarme las manos —el mero hecho de estar cerca de la zona de basuras induciría a hacerlo hasta a una persona normal— y sin estar seguro de por qué siento tanta curiosidad ni de qué estoy pensando siquiera. Pero ¡si Nathan me cae mal!

Aunque seguramente no me gustaría verlo muerto.

Estoy empezando a preocuparme de verdad —voy a acabar borrándome las huellas dactilares con este trapo— cuando doblo la última esquina y lo veo, con la espalda contra la fachada del restaurante, al lado de la salida de emergencia. Está fumando un cigarrillo, pero no parece que tenga prisa por acabarlo.

Me detengo en una sombra. Sin dejar de limpiarme las manos, sí, pero intentando no darle demasiada importancia.

Nathan tiene una graciosa cara de viejo cuando nadie lo mira. Como si fuera una persona totalmente distinta, la persona más triste que he visto en la vida —lo cual no es decir poco—, pero, claro, perdió a su hermana y no para de mudarse y fue un indie...

Fue un indie. La pequeña «mascota», dijo.

Y quizá sea porque me cae mal, aunque por motivos estúpidos, de celos, pero lo primero que pienso no es: «Quizá podríamos descubrir lo que está pasando pidiéndole que hablara con alguno de nuestros indies».

Es decir: ¿qué sabe y no nos cuenta?

Porque bromeó con el tema, ¿no? Fue aparecer él y empezar a morir indies. Cualquier persona astuta lo comentaría y diría mucho que le preocupa que empezaran a culparla, sobre todo si fuera culpable.

Claro que también lo haría alguien que apareciera sin malas intenciones y fuera inocente.

Aplasta el cigarrillo con un pie. Luego coge la colilla y busca con la mirada un sitio donde tirarla, de modo que es un chico limpio, lo cual, vale, no es muy propio del comportamiento de un asesino.

Todavía.

La tira en una papelera que hay al lado de un coche, luego se queda mirando por la ventana del restaurante. No hace nada, no saluda a nadie ni intenta llamar la atención de nadie, a pesar de que desde allí ve casi toda la sección de Jared y sin duda el reservado donde están sentadas Meredith, Mel y Henna.

Vuelve a parecer triste. O todavía parece triste. Lo que sea. Se gira hacia la noche y contempla los coches que pasan, las estrellas y la luna que siguen brillando.

¿A qué esperas, antiguo indie?

Con un suspiro, desaparece por el otro lado del restaurante, en dirección a la entrada. Una vez dentro, sin duda pasará junto a los abuelos cabreados y al bombero irritado que estarán preguntándose dónde demonios se ha metido el camarero.

Me apresuro a entrar, aún limpiándome las manos y preguntándome qué acabo de ver. Preguntándome si he visto algo. Probablemente, no.

Pero ¿qué hacía ahí fuera? Y, en realidad, ¿qué sabemos de él?

CAPÍTULO DECIMOPRIMERO, en el que Satchel, dolida por la pérdida de sus amigos pero tenaz en su empeño de seguir adelante, busca el medallón en un catálogo de papel; una noche, el chico misterioso aparece en su habitación, y sus primeras palabras son: «Lo siento»; le dice que es el Príncipe de la Corte de los Inmortales; su madre, la Emperatriz, ha encontrado una fisura por la que acceder a este mundo y quiere hacerse con él, pues aquí percibe un magnífico alimento para la inmortalidad de su pueblo; tienen intención de abrir más fisuras, encontrar más Vasijas permanentes en las que vivir, pero el Príncipe se ha enamorado de Satchel desde su mundo y es incapaz de mantenerse al margen mientras el de ella es esclavizado; «He venido a ayudar», dice; se besan.



—Por consiguiente, es para mí un honor y un placer —dice mi madre desde el atril, sonriendo a los intensos flashes de las cámaras— anunciar mi candidatura para representar a los habitantes del Distrito Electoral 8 del gran estado de Washington.

Sus seguidores y los representantes del partido congregados a su alrededor aplauden. Ella nos sonríe, pero solo con la boca, y caigo en la cuenta de que mi padre es el único que también aplaude. Doy un codazo a Mel, y ella, Meredith y yo empezamos a dar palmas, creando así la impresión de ser la familia perfecta que en absoluto somos. Incluso llevo traje.

Mi madre, satisfecha, se vuelve hacia las cámaras. En verdad, no ha venido tanta gente. Solo hay una cadena principal que proporcionará material gráfico a otros canales del grupo, si quiere; una cámara de la emisora local independiente, que básicamente emite reposiciones, y otra que ha aportado el propio partido para la campaña en internet. También hay

varios reporteros de periódicos en papel y digitales, pero, en suma, creo que los políticos y la familia superan en número al público interesado.

—Senadora estatal Mitchell... —dice un periodista local cuando el aplauso cesa.

—No hace falta que añadas «estatal», Ed —contesta mi madre con una amplia sonrisa.

—¿Qué tiene que decir de Tom Shurin, su posible opositor? —prosigue el periodista Ed.

—Digo que abro los brazos encantada a una campaña enérgica y limpia basada en los temas que he esbozado en el discurso —responde mi madre, aún con una sonrisa de presidente.

Puede que no te gusten mucho los políticos —a mí nada—, pero ella es buena en su trabajo. No recuerdo ni un tema de su discurso, solo la vaga sensación de que le importaban de verdad. Lo cual una vez me dijo que era el resultado perfecto. Si concretas demasiado, la gente te malinterpretará a propósito para indignarse por lo que sea que suele indignarla. Al parecer, hay que ganárselos emocionalmente, y entonces hacen menos preguntas.

Nos quieren un poco lelos y un poco asustadizos. Lo cual, en su mayor parte, creo que somos.

—¿Y qué hay de su familia, Alice? —pregunta una voz más desagradable. La reconozco. Es esa mujer que tiene un blog ponzoñoso-pero-irritantemente-famoso sobre lo imbéciles que son los políticos por no estar de acuerdo con todas sus opiniones—. No quisiéramos ver cómo se repiten las tragedias que dieron al traste con su candidatura a vicegobernadora.

Veo que la cara de Mel adopta una expresión de odio puro, sin filtros, que confío en que las cámaras no estén captando, pero mi madre sí la capta.

—Tengo una familia normal, Cynthia, y, como cualquier familia, intentamos afrontar los retos con elegancia y dignidad. Mis hijos son lo que más quiero en el mundo, y jamás haría esto si no contara con su total apoyo.

Me pregunto si será verdad.

—Y —prosigue con una voz emocionada de verdad— tomaré cartas en el asunto si algún medio decidiera perseguir a mis hijos. —Su voz se vuelve

dura, pero es una dureza de político, y vuelvo a preguntarme si será verdad—. Tendrían que vérselas con una mamá osa feroz.

Su equipo de campaña estalla en un aplauso espontáneo.

—¿Cómo lo llevas, papá? —le pregunta Mel cuando la rueda de prensa empieza a relajarse.

—¿Hum? —contesta él, y le dirige una mirada vaga. También lleva traje, por supuesto, y, por el olor que desprende, está razonablemente sobrio. Coge una bebida en el servicio de cafetería instalado para la ocasión mientras mi madre concede varias entrevistas informales—. Ah, bueno —dice—, otro año, otra campaña. —Se palpa los bolsillos, pero no parece que espere encontrar nada en ellos—. Nos las arreglaremos.

Mi madre se acerca con su vestido azul del poder y su collar de perlas del poder.

—Gracias —dice, y parece tan sincera que todos nos sentimos un poco abochornados—. Habéis estado muy bien.

—De nada —dice Mel, más cautelosa que nunca—. Mamá osa, ¿eh?...

Mi madre esboza una sonrisa tensa.

—No pienso permitir que te incordien, Melinda. Tienes mi palabra.

—Eso no vas a poder controlarlo —dice Mel—, pero gracias. Son unas elecciones irrelevantes, así que no creo que se molesten. —Mi madre se tensa un poco al oír «elecciones irrelevantes», y Mel cierra los ojos—. No quería decir eso.

—Lo sé —contesta mi madre—. Los dos os habréis marchado antes de que esto se anime de verdad.

Es la primera vez que lo menciona. Parece como triste.

—Nos las arreglaremos —me oigo decir—. Nos las arreglaremos.

Hemos venido en coches diferentes: mi madre, desde el Capitolio, con su equipo; mi padre, con órdenes de estar lo bastante despejado para venir esta noche. Puede hacerlo si se le presiona, y mi madre sabe muy, muy bien cómo presionarlo. ¿Cómo será su vida marital secreta? Yo no puedo ni

imaginarla, ni siquiera quiero imaginarla, y tengo la impresión de que cuanto más tiempo pasa menos idea tengo de ella. Pero, bueno, parece que a ellos les funciona.

Mel lleva a mi padre y a Meredith a casa. Yo voy con mi madre.

—Lo mejor es que solo faltan seis meses para las elecciones, así que será una campaña corta —dice mientras conduce—. En condiciones normales, para optar a un cargo de tanta categoría habría tenido que presentarme como candidata al menos un año antes. —Me mira—. Lo cual habría sido peor.

—Aun así, vas a tener que hacer campaña.

—Sí. Sí, seguramente. Y tu hermana y tú me juzgáis por eso, lo sé.

—No te juzgamos.

Para mi sorpresa, suelta un bufido.

—Sí, me juzgáis. Yo juzgué a mis padres. Eso es lo que hacen los jóvenes, ¿no?

Sus padres viven en Dakota del Norte. Los he visto unas cuatro veces en diecisiete años de vida. Me pregunto si seguirá juzgándolos.

—Sabéis que hago todo esto por vosotros —dice—. Sé que creéis que solo es ambición y ansia de poder, y, bueno, qué demonios, soy política y no sería política si esas cosas no estuvieran ahí, pero no es solo eso.

No sé qué decir. Nunca habla así. Nunca insinúa siquiera que detrás de sus motivaciones haya algo que no sea el servicio público puro y patriótico.

—¿Estás bien? —pregunto.

—La verdad es que no me sorprende que me lo preguntes. Hemos olvidado cómo hablarnos, ¿verdad? Es curioso ver que las cosas evolucionan y evolucionan, y un buen día miras y son diferentes.

—Tú no crees en la evolución.

Se ríe. Se ríe de verdad.

—Bueno, políticamente, no. —Vuelve a mirarme—. Siento curiosidad por saber qué piensas de mí. De corazón. ¿Qué clase de persona soy a tus ojos?

No digo nada con la desesperada esperanza de que sea una pregunta retórica. Lo es.

—Estoy bien —dice—, pero también estoy a un paso del éxito, hijo. Esta vez no se trata de un gobierno local con sus pequeños tiranos y sus feudos mezquinos. Esta vez es un cargo nacional.

—El cual tiene grandes tiranos y feudos peligrosos.

—Totalmente. —Suspira—. Creía que con la candidatura a vicegobernadora todo había terminado, que me quedaría en un cargo local de por vida. Que quizá acabaría en la junta directiva de una escuela o en una comisión estatal de esto o de aquello. Pero de repente, en pocas semanas, ahí está de nuevo el gran escenario.

—Si ganas.

—Ganaré.

Sí, seguramente ganará.

—¿Qué haces cuando tus sueños están a punto de cumplirse? —pregunta—. Nadie te lo dice nunca. Te dicen que los persigas, pero ¿qué ocurre cuando realmente atrapas uno?

—Lo disfrutas. Lo haces lo mejor que puedes, intentas no cagarla.

—Ese lenguaje. —Pero no está enfadada—. Es verdad que hago esto por vosotros, lo creáis o no. Son mis sueños, sí, pero son sueños de un mundo que puedo mejorar para vosotros.

—¿Para nosotros en concreto? ¿Para Mel, para Meredith y para mí?

—Para vuestra generación. Sé que estáis viviendo cosas difíciles.

—Ah, ¿sí?

—Quiero ayudar.

—Ah, ¿sí?

—Deja de decir eso. Yo también fui adolescente. Sé lo que es.

—Ah, ¿sí? —me arriesgo a repetir.

Me mira ceñuda. Luego mira por el retrovisor para comprobar que Mel nos sigue.

—Vi cosas que no creerías —dice con un hilo de voz.

Me arden los oídos.

—¿Qué cosas? —pregunto con cautela.

Sacude la cabeza.

—El mundo no es seguro, Mike. Sencillamente, no lo es. Ojalá lo fuera, pero no lo es. Me preocupáis Mel y tú. Me preocupa horrores Meredith, que

el futuro vaya a proporcionarle todo lo que necesita para que sea feliz y esté protegida.

—Deberías dejar que vaya al concierto de Bolts of Fire.

—Lo sé. Se lo merece. Os va a echar mucho de menos.

No contesto a eso, porque no me parece que sea asunto suyo. Los árboles pasan por nuestro lado sumergidos en la noche. Los miro, buscando extrañas luces azules, supongo, pero sin ver ninguna.

—¿Qué cosas viste? —vuelvo a preguntar—. Me refiero a cuando eras adolescente.

—Nada —responde, demasiado deprisa—. ¿Estás preparado para los exámenes finales?

—Sí. ¿Qué quieres decir con «nada»?

—Mike —dice, con tono de advertencia—, el error de todos los jóvenes es que creen que son los únicos que ven la oscuridad y las penurias del mundo.

—Eso es lo que dijo el poli —musito.

—¿Qué poli? —espeta.

—En la tele —contesto, encantado conmigo mismo por pensar con tanta rapidez—. Pero el error de todos los adultos es creer que la oscuridad y las penurias no son importantes para los jóvenes porque creceremos y dejarán de interesarnos. ¿A quién le importa eso? La vida nos está ocurriendo ahora, igual que te está ocurriendo a ti.

—¿Qué te está ocurriendo a ti ahora? —pregunta con una voz distinta, alerta como un suricato.

—Mamá...

—Cuéntamelo. ¿Estás bien?

—No pretendía...

—Pues yo creo que sí —dice—. Los adolescentes discuten con sus padres. Es una ley natural. Eso no significa que dejéis de importarnos. No significa que dejemos de ser padres.

—Papá sí que dejó de serlo. Hace mucho tiempo.

Se hace un silencio muy, muy peligroso. Y veo que en realidad me da igual.

—Tu padre... —empieza a decir, pero no acaba.

—Es como si hubiera pagado la cuenta y se hubiera marchado cuando le robó todo el dinero al tío Rick —digo— y nunca hubiera vuelto a registrarse. Mel aún lo quiere. ¿Adónde se fue?

—¿Y por qué no puedo traerlo de vuelta? No lo sé. Ojalá pudiera hacerlo. Ha estado ahí esta noche.

—Ha estado al cuarenta por ciento, y lo triste es que a todos nos parece un triunfo.

No dice nada a esto, se limita a mirar al frente, la carretera a oscuras. Ahora me siento mal por cargarme su buen humor en su gran día, aunque sigo preguntándome qué será lo que vio cuando era adolescente. ¿Era la época de los muertos vivientes? ¿Coincidió con su adolescencia? ¿Por qué nunca se me había ocurrido pensar que ella también podría haber visto aquello?

—No me has dicho qué te está pasando —dice—. Necesito saberlo. Quiero saberlo. No por la campaña. Porque soy tu madre.

No le contesto. No quiero.

Pero entonces lo hago.

—Creo que vuelvo a necesitar ir a la psiquiatra —digo—. Creo que necesito volver a medicarme.

Se produce la más breve de las pausas, como si estuviera introduciendo la información en el apartado correspondiente de una tabla mental.

—¿La conducta compulsiva? —pregunta.

—Sí.

—¿Tanto ha empeorado?

—Ha empeorado mucho, mucho.

Veo cómo asimila este dato. Veo cómo asiente.

—Está bien.

—¿«Está bien»? —repito, sorprendido.

—Por supuesto —contesta, también sorprendida—. ¿Por qué iba a ser de otro modo?

—Bueno... Para empezar, por la campaña...

—¿Es que no me has oído? ¿No escuchabas cuando dije la chorrada de la mamá osa?

—Di por hecho que sería algo que el partido había escrito para ti por si te preguntaban por Mel.

—Bueno, vale. Sí, es verdad. Pero...

—Ser vicegobernadora también habría sido un éxito. Y fue entonces cuando todo se fue a la mierda. No puedes culparnos por estar un poco inquietos.

—No —dice un segundo después—. No, no puedo culparos. ¿Es por la campaña? ¿Por tu... problema?

—No lo creo. Empezó antes de que Mankiewicz muriera. Tampoco creo que esté intentando que no te presentes como candidata. Me parece que es solo... la vida y la graduación y que todo esté cambiando.

«Y un ciervo zombi», me abstengo de decir. Y los chavales del instituto que están muriendo. Y Henna y su ánimo de exploración.

—Lo solucionaremos —dice—. Te lo prometo. Hablaré con mi equipo y encontraremos una solución.

—¿Por qué tiene que saberlo tu equipo?

—Tienen que saber todo lo que pueda averiguar un periodista. Así podrán protegernos.

Ya casi hemos llegado a casa y no digo nada más. Obviamente no pregunto cómo debe de ser la vida para las familias que no necesitan ser protegidas del trabajo de sus padres. Raro. Tengo la sensación de que hemos estado a punto de llegar a algún sitio, pero que no lo hemos conseguido. Me sorprende lo decepcionado que me siento.

Cuando me acuesto, veo un mensaje de Jared: «Bonito traje, Mikey».

Le contesto: «¿Lo has visto? ¿Era muy horrible?».

Jared: «Toda la política/los políticos es/son horrible/s».

Yo: «¿Tendrás que ir tú con tu padre?».

Jared: «No va a dar rueda de prensa. Va a anunciarlo por Twitter».

Yo: «Ah, lo siento».

Jared: «No lo sientas. Eso va a hacer que parezca el débil, el diosvalido».

Yo: ¿Acabas de escribir «diosvalido»?

Jared: «Desvalido».

Yo: «¿Sigue alguien utilizando Twitter?».

Jared: «DESVALIDO».

Antes de dejar el móvil, le envió un mensaje a Mel: «¿Estás bien?».

«Contando los días», me contesta desde su habitación.

Yo: «Papá se ha comportado».

No contesta.

Yo: «Me gusta Llámame Steve».

Mel: «A mí también».

Dejo el teléfono en la mesilla, pero vuelve a sonar.

Mel: «¿Qué va a ser de Meredith cuando nos vayamos?».

Yo: «Estará mejor que el resto de la familia».

Mel: «No confío en NADIE que no necesite terapia».

Yo: «No confías en nadie y punto».

Mel: «Confío en ti».

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO, en el que el amor de Satchel por el Príncipe se vuelve auténtico y verdadero y como nada de lo que ella haya conocido hasta entonces; el segundo indie Finn nota su distanciamiento y se siente herido, pero ella le dice: «Nadie puede llevar la paz a otro corazón, es tarea de cada uno encontrarla»; para su sorpresa, es Dylan quien le da espacio; algo aún mejor: no ha muerto nadie más; siguen las instrucciones del Príncipe sobre dónde debe estar en cada momento para evitar todo peligro; Satchel y el Príncipe vuelven a besarse, pero él la respeta demasiado para pedirle más.



Las palabras «exámenes finales» hacen que la cosa parezca mucho más trascendental de lo que es, al menos para nosotros. Todos estamos en el curso preparatorio para la universidad, así que tuvimos que hacer la mayor parte del trabajo duro con bastante antelación para demostrar a las universidades que seremos dignos de endeudarnos con ellas de por vida. El «examen final» de historia de Estados Unidos, por ejemplo, consistió solo en un trabajo sobre la guerra civil, que todos conseguimos entregar a tiempo, aunque sobre temas diferentes para que Mel y yo no lo hiciéramos sobre el mismo. Al menos dos coincidimos en las demás asignaturas principales, así que los almuerzos se han convertido en sesiones de estudio. Las únicas que me preocupan de verdad son cálculo y lengua.

—«¿Cuál es el límite cuando x tiende a uno de uno menos x al cuadrado partido por x a la cuarta menos x ?» —leo.

—Pentámetro yámbico —contesta Mel.

—Encantado de conocerle.

—Menos dos tercios —responde Henna.

Miramos a Jared.

—Sí —dice.

—¿No es un pentámetro yámbico? —dice Mel.

—Tú sí que eres *zámbica* —dice Henna.

—Los versos griegos se miden en pies, no en piernas, lista. Aunque los tuyos ya son todo un poema en sí —replica Mel.

—¿Hay sitio para mí? —pregunta Nathan, que acaba de aparecer junto a nuestra mesa.

¿Por qué hace eso? ¿Por qué siempre llega tarde? Nunca viene con nadie, sino que se presenta cuando ya estamos todos juntos. ¿Qué se trae entre manos?

—Tengo el trabajo que hice el año pasado sobre *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta* —dice al tiempo que me lo tiende.

Mel y yo somos los únicos que vamos a clase de lengua avanzada, y ese libro horrible, horrible, es uno de los que entran en el examen, así que ahí sí nos está ayudando mucho.

—Gracias —digo, un poco hosco.

—No me las des aún. Solo saqué un aprobado y sigo sin saber de qué va el libro.

—Nadie lo sabe —dice Mel—. Creo que se trata de eso.

—¿Te lo leíste entero? —le pregunto.

Duda.

—Más o menos.

—Escuchad... —dice Nathan.

—Es... —digo mientras hojeo el trabajo— largo.

—En Tulsa es de lectura obligatoria —dice—. En serio. Escuchad...

—Déjame verlo —dice Mel, y coge el trabajo.

—¿Está bien esto? —pregunta Henna a Jared enseñándole unos deberes de cálculo.

Él les echa un vistazo.

—Todo bien —contesta—. No sé por qué estás preocupada, Henna. Eres tan buena como yo.

—Ni siquiera Meredith es tan buena como tú —dice mirando ceñuda las hojas.

—Chicos... —dice Nathan.

—Joder —dice Mel, que está leyendo el trabajo—. Esto está muy bien. Pero que muy bien. Mucho mejor que el mío.

—Lo dudo —digo.

—¿Y esta palabra? —Levanta la hoja y la señala.

—«Anquilosamiento» —contesta Nathan.

—¿Qué tío de diecisiete años escribe «anquilosamiento»? —dice Mel con una leve nota de pánico en la voz—. ¿Por qué no uso yo nunca la palabra «anquilosamiento»?

—Tengo dieciocho.

—Yo también —dice Henna.

—Yo también —dice Jared.

—Yo tengo diecinueve —dice Mel—, y no sé nada del anquilosamiento.

Yo cumpliré dieciocho en junio. Jared solo es dos meses mayor, pero creo que había olvidado que estos son los dos meses en que soy un año más pequeño que los demás. Incluido, al parecer, Nathan, que sigue intentando decirnos algo.

—Me gustaría pintar en el puente —espetá, y todos lo miramos, sorprendidos—. Si os apuntáis.

Es una tradición de los alumnos veteranos pintar en el puente ferroviario que hay cerca del instituto. Autobuses, alumnos y profesores pasan por debajo todas las mañanas para llegar a la entrada del recinto. La mayoría de las cosas que se escriben en él son aburridas («Gina, Joelle, Stefanie, amigas x siempre» —sí, en serio: «x siempre»—), estúpidas («Escribo aquí por todos los corazones rotos» y luego no dejaron espacio suficiente para acabar el poema) o vulgares/amenazadoras («Andersen chupapollas», siendo Andersen nuestro abrumadoramente odiado profesor de talleres y entrenador de baloncesto que, en realidad, seguramente nunca practique la actividad en cuestión). Las pintadas desaparecen al cabo de unos días debajo de otras pintadas aburridas, estúpidas u obscenas, pero es una tradición, como si eso fuera razón suficiente. La esclavitud y la compra de mujeres también fueron tradiciones.

También es técnicamente ilegal, claro, así que hay que hacerlo de noche, por lo general en la parte más oscura. Nosotros no teníamos ninguna intención de seguir la tradición, somos exactamente la clase de buenos chicos que la consideran demasiado ridícula; Jared ni siquiera lo hizo con el equipo de fútbol cuando ganamos a nuestro rival local en el último partido (para acabar la temporada dos a siete, bieeen, ¡vamos!), pero..., con todos los polis de ojos azules, los ciervos de ojos azules y los indies muertos a causa de, probablemente, sus ojos azules, estaba descartado del todo.

Hasta que Nathan lo sugirió.

«Ni siquiera eres de aquí», dije durante aquel almuerzo, pero ya era demasiado tarde. Vi cómo los ojos de los demás se iluminaban.

«Exacto —repuso Nathan—. No soy de ninguna parte. No tengo nada. Ninguna tradición. Ningún amigo, aparte de vosotros, y a ti —me dijo— ni siquiera te caigo bien.»

Esperé demasiado para protestar.

«Solo quiero —añadió encogiéndose de hombros— hacer en el instituto algo... de instituto. Para que dentro de cincuenta años pueda mirar atrás y decir: “Al menos hice algo estúpido y de jóvenes como prueba de que estuve allí”.»

Y esto fue como una especie de golpe de gracia. Henna accedió al instante, Mel dijo que su historia la entristecía pero que no hacer aquello la entristecería aún más, y Jared dijo: «¿Por qué no?».

—Por el ciervo zombi —digo ahora temblando, aunque en realidad no hace tanto frío, incluso en plena madrugada. Volvemos a estar en mi coche, aparcados a una manzana del puente—. Y por los polis de ojos asesinos. Y por los chicos muertos.

—Somos suficientes —dice Jared, apretujado en el asiento trasero con Nathan y Mel. Henna ocupa el del acompañante por el brazo, que aún tiene roto, y porque es Henna—. Iremos con cuidado y no nos pasará nada.

Nathan levanta su mochila.

—Tengo cinco espráis de diferentes colores. Uno para cada uno. Casi me detienen.

—«Casi» no cuenta —digo.

—Plata, oro, azul, rojo y amarillo. —Me mira por el espejo retrovisor —. Para ti el amarillo.

—¿Vamos a hacerlo o no? —Mel bosteza.

—Yo voto por que no —digo.

—Vale ya, Mikey —dice Henna, lo bastante desdeñosa para que me duela el estómago.

Baja del coche. Los de atrás la siguen y yo me quedo el último, con cara de estar haciendo pucheros mientras acepto el spray amarillo.

En realidad, el puente no es tan grande: solo cruza dos carriles de una vía para camiones madereros. Hay terraplenes a ambos lados que suben hasta él, y la gente a veces también pinta las cornisas de cemento. Nosotros no. Nosotros no queremos perder el tiempo. Sigo a Henna hasta lo alto del terraplén derecho, por donde camina con Mel. Jared y Nathan van por el otro. Se trata de plantarse en el puente, inclinarse por encima y escribir lo que quieras desde arriba.

Se oye un coro de espráis agitándose, el tintineo metálico de la bola que llevan dentro para remover la pintura.

—No tenemos blanco —susurro lo bastante alto para que todos lo oigan —. Lo primero que hay que hacer es pintar de blanco encima de lo demás.

—No, si eres lo bastante creativo —dice Nathan.

Ya ha llegado al extremo del puente y, con el spray de color oro, convierte a un chapucero cardenal rojo —la triste mascota del instituto; nunca, jamás, en toda mi vida en este estado, he visto ninguno, y mira que hay pájaros por aquí— en un abejorro, lo admito, bastante chulo. Veo que Jared asiente admirado, y mi irritado estómago vuelve a rugir.

Mel tiene el spray azul oscuro y se ha acercado al centro del puente, se ha inclinado con decisión y ha pintado: «Un año demasiado tarde» con letras azules esponjosas encima de otras letras rosa esponjosas sobre las que está claro que ha llovido.

—¿Lo crees de verdad? —le pregunto.

—Ah —dice—, no sabía que esto iba de lo que creemos de verdad. —Tapa el spray, coge el teléfono y empieza a escribir un mensaje a Llárame Steve, que trabaja de noche.

Me asomo por encima del puente para ver lo que Nathan está acabando. El abejorro alza el vuelo ahora desde un brazo dorado que acaba de picar. «Deja atrás el aguijón», escribe.

—Las abejas mueren cuando hacen eso —digo.

Henna me da un codazo, molesta.

—Es una metáfora —dice Nathan.

—Las abejas metafóricas también mueren.

Jared está manos a la obra con la pintura de color plata, tapando un corazón que conmemora el sin duda eterno amor de Oliver y Shania. Le coge el espray dorado a Nathan y dibuja un círculo y algunos trazos sobre la capa plateada, aún húmeda.

—¿Qué es? —pregunta Nathan.

—Algo así como mi emblema personal —contesta Jared.

No lo identifico, pero veo que una hilera de gatos se ha detenido justo al borde del espectro de luz de la farola, abajo, en la carretera. Me pregunto si será una especie de bendición permanente para ellos; bueno, permanente mientras dure. Los gatos no se acercan, y también me pregunto si sabrán que Jared no quiere que lo hagan. Nadie le ha contado a Nathan que en Jared hay algo diferente. Es un pacto tácito que todos respetamos. Además, ¿quién iba a creernos? Hay indies muriendo delante de sus narices y nadie se imagina siquiera cuál será el verdadero motivo. Los Inmortales que encontró Meredith. O no. Pero lo que es incuestionable es que no son ni accidentes ni suicidios.

—¿Por qué estás de tan mal humor? —me pregunta Henna mientras sacude su espray de pintura roja.

Me encojo de hombros, aún con cara de puchero.

—Me gusta Nathan —dice.

—Ya. Lo sé todo sobre vuestra irresistible atracción.

—Y me gustas tú, Mike, aunque te confieso que esta noche no mucho.

—Se trae algo entre manos. ¿De dónde viene? ¿Por qué siempre que nos reunimos llega tarde? ¿Por qué no...?

—Los celos te afean.

—Pues que estemos haciendo esto por ti también te afea —mascullo.

Me da la espalda, furiosa, y se inclina sobre el puente con el espray en posición.

Pero no escribe nada.

—Mirad —dice después de incorporarse.

Es difícil ver nada por el sesgo de la luz de la farola, pero hay marcas a lo largo de la barandilla del puente. Palabras.

—Son nombres —dice Mel al mirarlos de cerca.

—«Finn» —lee Henna—. «Kerouac», «Joffrey», «Earth». —Mira a Mel—. Son los chicos que murieron.

—Pero ¿por qué aquí arriba —se extraña Jared—, donde nadie puede verlos?

Miro a Nathan.

—Quizá hayan sido los asesinos —digo, aún irritado—. Quizá escribieron aquí los nombres como si fueran trofeos. Quizá este sea el lugar más peligroso en el que podríamos estar esta noche.

—¿Quieres parar? —dice Henna. Toca los nombres de la barandilla. La pintura es negra, simple. Solo nombres.

—Mirad —dice Nathan, y se arrodilla.

A nuestros pies hay flores, apenas flores silvestres diminutas, pero de diferentes tipos, esparcidas a ambos lados de los raíles, al pie de los nombres de los indies muertos.

Henna las toca con cuidado.

—Seguro que es su manera de recordarlos. Una especie de homenaje. —Se incorpora—. Un homenaje que nadie puede ver, pero que ellos saben que está aquí.

—Nadie ha pintado encima —dice Jared.

—Ni ha quitado ni estropeado las flores —dice Mel—. Me pregunto si alguien más sabrá de esto.

—Ya no me apetece pintar —dice Henna, y le tiende el espray a Nathan—. Es como si estuviera pintando dentro de una iglesia.

Aún tengo el espray amarillo en la mano.

—Yo no quería venir, ¿y ahora me decís que ni siquiera puedo hacer mi pintada?

Henna frunce el entrecejo. Todos fruncen el entrecejo. Yo también frunzo el entrecejo, ¡qué demonios! Estoy teniendo uno de esos días en que parezco incapaz de no meter la pata cada dos por tres, así que a la mierda.

—Vale —digo, y le lanzo el espray a Nathan con más fuerza de la necesaria—. Vámonos a casa.

—Oh, mierda —dice Henna con la mirada clavada detrás de mí.

Me giro y todos miramos.

En las vías, en la densa penumbra boscosa en la que desaparecen, vemos una multitud de ojos azules refulgentes que se acerca.

Henna ya corre a trompicones terraplén abajo intentando mantener el equilibrio con un brazo. Echo a correr tras ella, y solo miro atrás un instante para comprobar que Mel y Jared también están corriendo. Nathan se queda rezagado, mirando la oscuridad, los ojos.

—¿Qué son? —pregunta.

—¡Corre, imbécil! ¡Corre! —grito al tiempo que sujeto a Henna, que acaba de tropezar, y casi la arrastro hacia el coche.

La empujo al asiento del acompañante y abro las puertas traseras para que entren Mel y Jared mientras rodeo el coche tan deprisa como puedo. Salto al volante y pongo el motor en marcha. Jared y Mel suben.

Nathan empieza a bajar ahora por el terraplén.

—¡No lo dejes aquí! —dice Henna, asustada, cuando meto primera.

Y durante un momento, un segundo, estoy a punto de dejarlo allí. Nathan corre. Parece tan asustado como los demás.

Pero.

—¿De quién ha sido esta idea? —espeto—. ¡Jamás habríamos venido si no hubiera sido por él!

—Mikey... —empieza a decir Jared.

—Me voy.

Levanto el pie del freno, pero Nathan corre justo delante del coche. Salta al lado de Jared, que ha dejado la puerta abierta.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —grita, y piso el acelerador.

Como una bala, paso por debajo del puente y dejo el instituto atrás. Por aquí no hay mucho más, pero sí un camino que lleva a casa, aunque es más largo. Lo enfilo a toda velocidad..., y también una curva. Todos gritan cuando derrapamos, pero consigo controlar el coche y ya estamos pasando por delante del gimnasio.

—Creo que no nos siguen —dice Nathan mirando por el parabrisas trasero.

—¿Cómo puedes saberlo, Nathan? —digo.

Me mira, confundido.

—¿Qué?

—¿Por qué nos has llevado a todos al puente esta noche? ¿Ibas a entregarnos a ellos como comida? ¿Es eso lo que les pasó a los indies?

—Mike... —dice Henna.

—¡¿Quién eres?! —grito por el retrovisor a una velocidad excesiva por una carretera a oscuras—. ¿De dónde demonios vienes?

—Ya te lo dije —contesta Nathan con aire aún desconcertado—. Tulsa y Portland y...

Piso el freno a fondo, lo que hace que todos griten.

—¡Fuera de mi coche!

—¡Mike! —dice Henna, esta vez en voz más alta.

—¿QUÉ? —le contesto con un rugido.

—Fue idea mía —dice.

El coche queda en silencio. El motor vibra. Es el único sonido que se oye.

—¿Qué? —repito.

—Lo del puente. Fue idea mía —dice—. Nathan estaba desanimado y le hablé de la tradición y le sugerí que preguntáramos si alguien más quería hacerlo.

—Y dijo que tú seguramente no querías —añade Nathan, que parece herido—. Así que me ofrecí a proponerlo, porque sería menos violento si te negabas.

—Eso fue lo que pasó, Mikey —dice Henna—. No ha sido Nathan quien nos ha traído aquí. Fui yo quien sugirió hacerlo hoy, ¿recuerdas? —

Se endurece un poco—. Y no crees que yo vaya a llevaros nunca a ningún sitio peligroso, ¿no?

No. No lo creo.

—¿Y por qué no lo dijiste? Habría hecho cualquier cosa por ti. —Estoy tan enfadado que las lágrimas amenazan con asomar—. Cualquier cosa.

—Precisamente por eso. Quería que fuera algo de amigos. Antes de que cada uno se vaya por su lado. No quería que fuera un favor porque tengo el brazo roto o por el accidente o porque harías «cualquier cosa» por mí. Bastante difícil es ya seguir siendo normal este mes, ¿no te parece? Bastante difícil es ya que algo resulte fácil.

La miro. Miro a Nathan, que es lo bastante inteligente para mantener la boca cerrada. Mel y Jared tampoco dicen nada.

Recuerdo lo que Jared me dijo en su casa. En este momento, nunca había tenido tanta razón.

Soy el menos querido aquí.

Sin pronunciar palabra, meto primera y volvemos a ponernos en marcha.

Unos kilómetros después, Nathan rompe el silencio.

—¿No merezco una disculpa?

Le hago una peineta y sigo conduciendo.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO, en el que engañan al Príncipe para que entregue a Satchel y al segundo indie Finn a la Emperatriz de los Inmortales; él intenta salvarlos, pero para hacerlo le obligan a sacrificar a Finn; Satchel se niega a aceptarlo y, solo por medio de su ingenio y su coraje, burla a la Emperatriz; salva a Finn y, en su huida, consigue ver un instante el *Ánima Inmortal*, la fuente del poder de los Inmortales; está llena de fetiches y joyas, entre los que hay un espacio vacío con la forma exacta de su amuleto.



—Entonces, ¿qué crees que eran? —pregunta Mel mientras cepilla el pelo a la abuela.

—¿Más polis? —Me encojo de hombros en la silla que hay junto a la cama—. ¿Más ciervos? No lo sé.

—¿Llegaremos a saberlo?

—Y, si llegamos a saberlo, ¿lo lamentaremos?

Nuestra abuela se reclina contra el cepillo de Mel con los ojos cerrados, como María Magdalena cuando le rascas entre las orejas. Mel es la única persona a quien deja que la peine. Nunca habla durante el cepillado, nunca le dice nada cuando acaba, menos aún le da las gracias; tan solo permanece inmóvil, disfrutando, relajada como un gato.

—Al menos no murió nadie —digo.

Mel me pide con un gesto que me calle y señala con la cabeza la cama vacía de la señora Richardson. Alguien ha muerto. Ni idea de cómo ni cuándo, pero debe de haber sido hace muy poco, porque las camas nunca están mucho tiempo vacías. La señora Choi sigue ocupando la de la ventana. Debe de estar triste por la señora Richardson, porque apenas ha saludado con la mano cuando hemos entrado.

Bajo el tono de voz.

—Pero quizá porque no somos indies. O quizá solo fue una cuestión de suerte...

—¿De verdad crees que Nathan tiene algo que ver? —pregunta Mel—. Porque yo no. Y se me da muy bien juzgar a la gente.

Suspiro por la nariz.

—Seguramente no.

—¿Cuánto hay de celos en esto?

—Seguramente todo.

Mel pasa el cepillo una última vez.

—¿Quieres que te haga una trenza, abuela? —La abuela no contesta; mantiene la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Mel empieza a hacer la trenza.

—Bueno —dice con ese aire inocente que siempre me anuncia que se avecina algo—, ¿vas a empezar a ver a alguien?

—Mamá te lo ha contado.

—Solo para preguntarme si yo también lo necesitaba. La verdad es que me sorprendió que tuviera una actitud tan comprensiva.

—Lo sé. Últimamente parece cambiada.

—Estoy segura de que se siente como si se estuviera graduando, como nosotros, y de que al fin se ha dado cuenta de que la mayoría de sus hijos están a punto de irse.

—¿No es gracioso que ni siquiera finjamos que el señor Shurin tiene alguna oportunidad?

—Es que no la tiene. —Mel dobla una larga trenza; no le gusta el resultado y empieza de nuevo—. ¿Vas a volver con la doctora Luther?

La doctora Luther es la psiquiatra a la que fui en aquel entonces. Mel también fue, y las pocas veces que fuimos todos como familia, la doctora Luther intentó desentrañarnos. Ahora es cuando tocaría burlarme de ella, cuando podría describirla como una hippie trasnochada y ridícula, una mujer solitaria y dulce como las margaritas que nos miraba a nosotros, unos pobres niños heridos, con ojos de cordero.

Solo que no era así. Desprendía ese aire de, digamos, eficacia absoluta. Como si no tuviera que preocuparte si te entendía o si sabía lo que se hacía. ¿Tienes idea del alivio que supone eso?

—Creo que sí —digo—. Queda poco tiempo y es mejor que empezar de cero.

—Queda poco tiempo —repite Mel—. Muy poco, ¿verdad?

Sí. Los Bolts of Fire actúan mañana. Solo falta una semana para el baile de graduación, y después nos graduaremos. Queda poco tiempo.

Mel recoge el cabello de la abuela con un giro de manos que yo no sería capaz ni de empezar a imitar.

—¿Me pasas eso?

Mel señala con la cabeza un frasco de acondicionador anticuado que mi abuela solía utilizar. Se lo acerco; ella se vierte un chorro en la mano y luego lo aplica al pelo de la abuela. La habitación se llena de un aroma de coco muy agradable.

De pronto la abuela se echa a reír; el olor ha detonado algo.

—¿Qué te hace gracia, abuela? —pregunta Mel sonriendo.

Pero nuestra abuela solo nos devuelve la mirada, primero a ella y luego a mí.

—¿Te acuerdas de las islas, Philip?

—¿Qué islas? —pregunto. No contesta. Se limita a cerrar los ojos sin dejar de sonreír—. ¿Ha estado la abuela en alguna isla? —le pregunto a Mel.

—Puede que en Vancouver —contesta Mel—. Pero no creo que en Canadá haya cocos.

Acaba el peinado, se levanta de la cama y recuesta con cuidado sobre la almohada a la abuela, que no vuelve a abrir los ojos y se queda dormida casi al instante. El ritual habitual siempre que Mel la peina.

Mel la contempla con los brazos en jarras y el cepillo en una mano.

—No echará de menos esto cuando me vaya, pero en cierto modo me da aún más pena tener que dejar de hacerlo.

—Lo sé —digo mientras me pongo en pie, dispuesto a marcharme.

—Aún no —dice Mel.

Vuelvo a sentarme y ella se apoya contra la mesa que hay al lado de la cama. Durante varios minutos, solo miramos a la abuela y a la señora Choi, ambas dormidas, y la cama vacía que las separa y que parece un agujero en el que cualquiera de las dos podría caer de un momento a otro.

Mel ha estado pasando bastante tiempo con Llárame Steve. También se las ha apañado para no contarle a nuestra madre que Llárame Steve existe. Le da miedo que él se convierta en un punto más del programa de nuestra madre, una cuestión que deba abordarse, un pósito para sus asesores. Puede que tenga razón. Aunque la victoria de nuestra madre parece incuestionable, apenas está teniendo cobertura en la prensa, que está centrada en una reñida carrera al Senado. Mi madre dice que es lo mejor que podría pasar, pero veo que el hecho de que lo más importante de su vida no sea lo más importante de la vida de todos los demás le resulta un poco decepcionante.

Mel coge el bolso y saca un recipiente de plástico. Lo abre.

La miro ceñudo.

—¿Es el almuerzo?

Hoy no hemos comido juntos. Mel ha ido al dentista para hacerse una revisión; se está arreglando la dentadura con un tratamiento de esmalte. Pero no necesitaba anestesia y podría haber comido, debería haber comido, después.

—No te asustes —dice, pero ya me he levantado, así como asustado.

—Mel...

—Mikey, por favor...

—No puedes volver a empezar. Ya es suficientemente chungo que lo haga yo. No soportaría perderte, Mel. No lo sopor...

Me tapa la boca con una mano y mira a la abuela, que sigue durmiendo.

—Mel... —susurro.

Y ya estoy a punto de llorar. Sé lo que es perderla, aunque sea durante tres o cuatro minutos. Hace que todos los minutos de todos los días tengas miedo de que, tarde o temprano, vaya a ocurrir otra vez. Puedes estar alegre. Puedes divertirte. Pero eso siempre está ahí. Siempre.

—Tengo mis momentos, Mikey —dice—. Tú también tienes los tuyos, lo sé, y los míos no son tan malos como los tuyos. Pero con todo lo que ha estado pasando...

—¿Es por Steve? —pregunto de pronto, dispuesto a partirlo en dos con las manos.

—No —contesta con firmeza—. Él es muy diferente. —Suspira—. Aunque sí he pensado en ello. Tú también lo harías. Es como si quisieras

asegurarte de estar lo bastante atractivo para alguien que te gusta mucho, aunque a él o a ella no le importen esas cosas.

—Mel...

—Como tu cicatriz.

Esto me enmudece. Acerca una mano a mi cicatriz, como hizo Henna, y la traza con los dedos. Baja la mano.

—Esto es mi cicatriz. La llevo conmigo a todas partes. La mayor parte del tiempo, ni siquiera pienso en ella.

—Pero a veces sí.

—El mundo es incierto, Mikey —dice, y luego repite las palabras de antes—. Queda poco tiempo.

Miramos su almuerzo. Es una especie de burrito estilo japonés: salmón, brotes, arroz. Al lado hay un tenedor. Mel lo coge.

Me lo tiende.

No digo nada, solo miro el tenedor, la miro a ella, miro sus ojos, que me hacen una pregunta.

—No pasa nada —dice—. Estoy bien. Solo haz esto por mí hoy, ¿vale? Como en los viejos tiempos. Recuérdate que es posible sentirse a salvo.

Su voz es firme, pero percibo el nerviosismo en sus brazos y hombros. No ha almorzado, y es posible que la cosa sea algo más grave de lo que deja ver, pero también es posible que sea algo menos grave que mis peores inquietudes. Nada de lo cual hace que me sienta mejor.

—Si fuera grave, te lo diría —añade—. No se lo diría a papá, no se lo diría a mamá, no se lo diría a Meredith, pero te lo diría a ti. Te lo prometo.

—¿Me lo prometes?

Sonríe, y su sonrisa es tan auténtica que hace que casi me duela el corazón.

—Sí, de verdad, Mike. No quiero morirme. Quiero vivir. Quiero vivir el tiempo suficiente para poder vivir de verdad. —Se encoge de hombros y veo que está más relajada—. Solo es un desliz, y necesito un recordatorio.

La creo. Sé lo que es un desliz. Creo que sabría identificar el aspecto de alguien asustado que estuviera teniendo más de un desliz. Se parecería a mí.

Cojo un poco de salmón y arroz con el tenedor. Lo levanto.

Y le doy de comer. La señora Choi y nuestra abuela duermen; la habitación está en silencio; la cama entre ambas, vacía, vacía, vacía, y yo doy de comer a mi hermana. Compartimos nuestras locuras, nuestras neurosis, nuestra porción de la taradura, que nos viene de familia. Compartimos todo eso. Y la sensación se parece mucho al amor.

—Sigo enfadada —dice Henna.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le pregunto.

—¿Me has oído? Acabo de decirte que sigo enfadada.

—Pues es contigo con quien deberías estar enfadada, porque si me hubieras dicho que eras tú quien quería pintar en el puente...

—Y sí, estoy segura.

Sigue enfadada conmigo. Yo también estoy así como enfadado con ella. Pero fue a mí a quien llamó para pedirme que la trajera aquí esta noche, no a Mel ni a Jared ni a Nathan. A mí. Y le dije que sí.

—Henna Silven... —El tatuador se rinde incluso antes de intentar acabar de pronunciar su apellido al leerlo en la lista y se limita a mirarla.

—Silvennoinen —dice Henna—. Es finlandés.

—Te compadezco —dice el tatuador—. Mi apellido es tailandés. Tiene siete sílabas. ¿Estás lista?

—Sí —contesta Henna, y se pone en pie.

Tiene dieciocho años. No necesita permiso de nadie para esto, aunque ha tenido que demostrárselo al tipo de la recepción. Yo sigo teniendo solo diecisiete, pero no pasa nada, porque no quiero hacerme ningún tatuaje. Es decir: no, ni en sueños.

«¿Estás completamente segura de esto? —le he preguntado como cien veces por el camino—. Nunca habías comentado nada.»

«Nunca había estado a punto de morir», fue todo lo que contestó.

Tampoco me había dicho que estaba pensando hacérselo. O cómo encontró este sitio. O por qué hemos esperado a que este tatuador en particular acabara de ponerle un colibrí a una mujer en la parte superior de una teta. Ahí sentados, ha ojeado un catálogo de diferentes tipos de caligrafía, así que deduzco que va a tatuarse palabras. No me ha dicho

cuáles porque estaba demasiado ocupada diciéndome que está enfadada conmigo.

—Espera un momento —dice ahora para que no la siga.

Espero, y ella se acerca a la silla del tatuador —se llama Martin, lo cual parece muy anticuado para un tatuador tailandés enrollado—, y hablan en voz baja sobre lo que quiere y dónde lo quiere. Va a ser en un costado, por encima del estómago, en el lado opuesto al de la escayola. Le enseña al tatuador un papel que no me ha enseñado a mí. Él asiente, dibuja varias cosas en él, y oigo que Henna dice: «Exacto».

Me hace señas para que me siente al otro lado del tatuador y no pueda ver nada hasta que haya acabado. Luego vuelve a decirme lo enfadada que está.

—Eres demasiado malo con él —añade mientras Martin la prepara, lavando y lubricando el trozo de piel en el que va a trabajar.

Henna está tan centrada en mí que es como si se hiciera tatuajes todos los días.

—A tus padres les va a dar algo —digo, tampoco por primera vez.

—Mis padres no van a saberlo. No estoy haciendo esto por ellos.

—¿De verdad crees que no lo verán en África? ¿No vas a ir nunca a nadar o a tomar el sol o...?

Henna suelta un bufido desdeñoso.

—Está claro que no sabes nada de misioneros.

Martin el tatuador sostiene en alto la aguja, dispuesto a empezar.

—¿Te vas a África?

—A la República Centroafricana —contesta Henna.

—¿No están en guerra?

—Sí —digo—. Sus padres, que están locos, la llevan de todos modos.

—Yo hace dos años viajé por Tanzania, Malawi y Zambia —dice Martin—. Es lo más alucinante que he hecho en la vida.

—¿Te dispararon? —pregunto.

—Pues no. —Martin pone en marcha la aguja eléctrica—. Bueno, nadie va a fingir aquí que esto no duele, pero será soportable, te lo prometo.

—Gracias —dice Henna.

Y luego me mira, con los ojos aún enfadados, y me tiende la mano no enyesada por encima del pecho para que se la coja. Se la cojo. Gruñe levemente cuando Martin la toca con la aguja, pero no se estremece. Martin tatúa lo que deben de ser varios puntos y luego pregunta:

—¿Qué tal? No va a ir a peor, pero tampoco va a ir a mejor.

—En comparación con lo que me duele el brazo —contesta Henna—, esto es como una jaqueca de nada.

—Bien. —Martin sigue con el tatuaje.

—Sabes que si tus padres se enteran —digo—, nos culparán a Mel y a mí por descarriarte.

—¿«Descarriarte»? —repite Henna con una mueca de dolor—. A veces hablas como una vieja, Mike.

—Hablo como un político. Mi madre tiene un discurso en el que dice «descarriar» un montón de veces, cuando habla del otro partido.

—Bueno, pues puede que ya fuera hora de que me descarriara —dice Henna con el entrecejo fruncido—. Puede que lleve demasiado tiempo en el puto carril.

—Ese lenguaje —dice Martin sin dejar de trabajar. Los dos lo miramos. Está repleto de tatuajes, algunos de ellos no son exactamente aptos para todos los públicos. Nos ve y se encoge de hombros—. Una especie de manía personal. Todo el mundo lo hace, así que ¿por qué ser como todo el mundo?

Vuelve a pincharla con la aguja. Henna se tensa. Creo que contiene el aliento. Él acaba y la mira.

—Ya he terminado una parte. —Carga de tinta la aguja y sigue trabajando en el resto.

—¿Cuántas partes tiene? —le pregunto a Henna.

—¿Y a ti qué te importa? —dice con los dientes apretados. Una única lágrima se le escapa de un ojo. Se la enjugo con la mano libre—. Gracias —dice.

Casi no hablamos durante el resto del tatuaje. Martin lleva con él poco más de una hora, pero, a juzgar por el trozo de piel en el que veo que trabaja, creo que no acabará siendo demasiado grande. A Henna no le pegan nada los tatuajes, lo cual creo que es de lo que se trata, y si se hiciera uno

grande y feo, dejaría de ser ella por completo. Por suerte, este será mediano y bonito.

Ella lo mira una vez, solo una vez, durante todo el proceso.

—No sabía que se sangraba —dice.

—Nadie lo sabe nunca —contesta Martin.

Al fin termina, retira la sangre con toques delicados y luego cubre el tatuaje con un trozo cuadrado de film transparente de cocina.

—No puedes nadar en un mes —dice—. E intenta que no le dé el sol, cuanto más tiempo, mejor.

—¿Tienes un espejo? —pregunta Henna.

Martin se levanta y le lleva un espejo grande que refleja su costado y el tatuaje recién hecho.

Bajo el film, la piel que ha sido pinchada y escrita está lívida. Sangra, pero no tanto como imaginaba. El tatuaje está ahí, claro como el agua, reflejado en el espejo. Es una única palabra, con una caligrafía absolutamente preciosa. No me extraña que quisiera que se lo hiciera Martin.

Henna vuelve a cogerme de la mano. Y vuelve a llorar. Y yo vuelvo a enjugarle las lágrimas.

—Creo que a tus padres no les importaría, si ese es el carril del que te has apartado —digo.

—No quiero que lo sepan —dice—. Esto es mío. Solo mío.

En el espejo, reflejado, Henna tiene ahora un tatuaje que reza, sencillamente, «Teemu».



Me despierto en plena noche por alguna razón. Quizá estaba roncando muy fuerte o soñando algo que no recuerdo.

Lo digo porque sé que no es el coche lo que me despierta. No lo he oído hasta que me he dado media vuelta y acomodado de nuevo. Rara vez se oye un coche que no sea de mi familia aquí, en el final de esta carretera muy,

muy boscosa, pero tampoco es inaudito. Hay un desvío justo antes de nuestra casa y a veces la gente se lo salta.

Pero entonces caigo en la cuenta de que va en la dirección contraria.

Viene de El Campo.

Me levanto sin encender la luz y miro por entre las cortinas. Un coche sale despacio por el acceso a El Campo, como hay que hacer debido al barro y los socavones. Lleva los faros apagados y lo único que alcanzo a ver son esas lucecitas amarillas laterales que algunos coches tienen sin motivo aparente.

No sé cuántas veces tengo que decirte que ahí fuera está muy oscuro. Hay farolas, pero muy espaciadas, y la más cercana está a bastantes metros y arroja una luz apenas suficiente para iluminar el coche cuando sale de El Campo y pasa por delante de mi casa.

Pero sí es suficiente para que lo vea.

Es Nathan. Ha estado en El Campo de madrugada y ahora se aleja con las luces apagadas, confiando en que nadie lo vea.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO, en el que Satchel duda de las intenciones del Príncipe con ella; él llora y le promete amor eterno, un amor que lleva milenios esperando entregar sin haber encontrado nunca a la depositaria idónea, hasta que la conoció a ella; se besan, y eso podría llevar a algo, pero entonces oyen la explosión en las afueras de la ciudad.



—Pero dijiste que no querías ir —le dice Meredith a nuestra madre—. Dijiste que la gente se aprovechaba de los políticos en las muchedumbres y que era como si estuvieras desnuda y un montón de ardillas te subieran por el cuerpo.

—Intenta no decir eso en público, cielo —dice nuestra madre—. Y, aunque podría ocurrir, mami está optando ahora al Congreso y que me vean en el concierto benéfico de Bolts of Fire en mi, esperemos, futuro distrito...

—Pero dijiste que no querías ir —repite Meredith, al parecer demasiado perpleja para recurrir a otro argumento.

—No quería ir entonces, pero ahora me gustaría.

Mel y yo esperamos detrás de Meredith, que ya está preparada para salir. El concierto empieza dentro de una hora, aún de día para que todos los niños puedan volver a casa a la hora de acostarse. Meredith va ataviada de Bolts of Fire de pies a cabeza: camiseta, pulseras serpenteantes, cinturón, hebillas, pantalones con borlas como los que lleva Sapphire en el videoclip de «Bold Sapphire», un sombrero de vaquero con las caras caucásicas recién afeitadas de los Bolts of Fire alrededor del ala.

—Pero dijiste...

—Meredith —le advierte nuestra madre. Nos mira a Mel y a mí—. Voy a llevarla. No hay para tanto, ¿no?

—Hombre, es una decisión un poco repentina... —dice Mel con el entrecejo fruncido—. Casi como si alguien del equipo de campaña te

hubiera oído hablar del tema y te hubiera sugerido que fueras.

El semblante de nuestra madre se endurece.

—A ninguno de vosotros os gusta siquiera ese grupo. Tenéis como ocho años más que su público.

—Y tú tienes como treinta años más —replica Mel.

—No hay nada que discutir —le dice con tono terminante nuestra madre a Meredith—. Soy tu madre. Voy a llevarte.

—Pero tengo tres entradas —dice Meredith.

—Mejor. ¿Quieres que venga tu hermano o tu hermana?

Meredith nos mira, mira a nuestra madre, nos mira, mira al suelo, musita algo.

—¿Qué has dicho?

—Quiero que vengan los dos —contesta Meredith alzando su valiente carita, con la barbilla algo trémula. Es tan alucinantemente lista que a veces olvido que solo es una niña.

—Bueno, pues no pueden venir los dos.

—Quiero que vengan los dos —repite Meredith, con más firmeza—. Los dos dijeron que me llevarían. Tengo entradas para los tres. Si quisieras haber ido, habría intentado conseguir cuatro, pero no querías. Dijiste que no querías ir.

A mi madre le refulgen los ojos.

—Siempre cabe la posibilidad de que acabéis no yendo ninguno.

—Creía que esta campaña no iba a interferir en nuestras vidas —digo.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—¿Qué hay de la feroz mamá osa? —dice Mel—. ¿En realidad te referías a que solo ibas a ser feroz con tus hijos?

Mi madre lanza las manos al aire.

—Os juro que no entiendo cuál es el problema.

—Se van a marchar —casi grita Meredith. Ha roto a llorar, con los bracitos cruzados sobre el pecho.

—Eh —le digo, y la cojo antes de que mi madre tenga opción de hacerlo.

Es grande, y sigue haciéndose grande, una adolescente irreconocible dentro de nada, pero todavía puedo cogerla en brazos, aunque eso haga que

me duelan las costillas, aún tiernas. Ella llora contra mi cuello, y el ala del sombrero de vaquero se me clava en la oreja.

Mi madre mira al techo con los brazos en jarras. Repiquetea con un pie en el suelo con tanto brío que María Magdalena se acerca corriendo y empieza a jugar con los cordones de sus zapatos.

—Basta ya —dice mi madre en voz baja. Nos mira—. De acuerdo.

Se va de la cocina. Noto cómo Meredith se relaja en mis brazos.

—Bieeeen —oigo que dice con la voz tomada—. ¿Podemos irnos antes de que vuelva a cambiar de opinión?

—Somos más jóvenes que todos los padres —dice Mel mirando a su alrededor— y más viejos que todos los fans.

Nuestro lamentablemente pequeño recinto ferial, que han destinado al concierto, es un anfiteatro abierto, construido al lado de un establo enorme de chapa donde celebran los concursos de ganado durante la feria del condado. La estrella más importante que ha actuado aquí es una chica lugareña que quedó tercera en un concurso de cantantes de la televisión. Los Bolts of Fire tocarán mañana por la noche en el estadio cubierto de la ciudad grande, donde habrá aproximadamente ocho millones más de fans.

Estamos a unas nueve filas de la última, pero el anfiteatro es tan pequeño y profundo —una parte está excavada en el suelo— que no estamos nada mal situados. En realidad hay menos padres de lo que esperaba, aunque también es posible que estén compadeciéndose los unos a los otros en las barras antes de que empiece el concierto. La mayoría son niñas. Más de las que hayas visto nunca. Más de las que imaginas que podrían caber en un pequeño anfiteatro para ferias de condado. Tantas que es como si el espacio y el tiempo se hubiesen plegado y fusionado, y fueran a acabar viniendo todas las niñas de la historia de la humanidad.

—¿Ves a alguna amiga? —le pregunto a Meredith.

—Bonnie no viene —contesta.

Bonnie es la otra niña de su clase que va a todas las descabelladas extraescolares a las que va Meredith. Van juntas a jazz & tap y a alemán. La madre de Bonnie es la persona más mala que he conocido en la vida.

—¿Alguna otra?

Meredith no dice nada, solo sigue buscando con la mirada. Empiezo a preguntarme si para Meredith habrá alguna otra, además de Bonnie. Dios, pobre Meredith.

—No tenéis por qué cantar —nos dice—, pero yo pienso hacerlo. Por favor, no os burléis de nada.

—No nos burlaremos de nada, Mery Pis —dice Mel.

—Y no me llaméis así.

—¿Dónde está la niña enferma? —pregunto, intentando ver si han acordonado una zona vip en las primeras filas.

—Se llama Carly —me informa Meredith, muy seria—. Nuestros Pensamientos y nuestras Plegarias están con ella.

—He oído que las entradas se estaban pagando a tres mil dólares en internet —digo.

—¡NINGÚN FAN DE VERDAD HARÍA ESO! —grita Meredith—. Eran solo para miembros del club de fans y había que demostrar que vives aquí y todo el mundo tiene que enseñar el carnet de identidad en la entrada.

Sí, es verdad. Ha sido como tomar un vuelo intercontinental con el presidente del país. Y eso después de la media hora que hemos tardado en cruzar las filas y filas y filas de furgonetas de la televisión y de periodistas que cubren el evento. No hemos dejado de oír a reporteros decir «en este lugar en mitad de la nada» al pasar por su lado. Lo cual, sí, es algo que también digo yo muy a menudo, pero es diferente cuando lo digo yo.

—¿Alguien quiere un refresco o algo? —pregunta Mel.

—¡No! —contesta Meredith, horrorizada—. Faltan cinco minutos para que empiece.

—Oh, por favor —dice Mel—, los conciertos nunca empiezan...

—¡Señoras y señores! —anuncian los altavoces—. Por favor, ocupen sus asientos. El concierto de Bolts of Fire comenzará dentro de CINCO minutos.

Un grito ensordecedor estalla en todo el anfiteatro a, me da la impresión, la altura de mi caja torácica. Las niñas saltan y se abrazan y se vuelven locas y se sumen en una histeria inquietante mientras sus padres

empiezan a entrar en tropel con, sí, tazas de café en las manos: nada de alcohol para los prisioneros adultos de Bolts of Fire.

—¿Eso es todo?! —pregunta Mel teniendo que gritar para hacerse oír sobre el vocerío y los chillidos, incluidos los de Meredith—. ¿Un anuncio cinco minutos antes? ¿No hay acto de apertura? ¿Ni música ni luces para animar al público?

—¡Si el público estuviera más animado —le contesto, también desgañitándome—, necesitaríamos ambulancias!

Un coro de voces cantando «Bold Sapphire» ha emergido del alud de ruido, y cada vez más niñas se suman a él, también Meredith. «El día que cumplió dieciocho, le rompí el corazón a Bold Sapphire. / Nunca quise hacerle daño y espero que conserve su amor por mí.» En cuestión de segundos, el anfiteatro se ha transformado en una sola voz, estridente y desafinada pero muy entusiasta, cantando el mayor éxito de la banda.

Lo cual, tengo que admitirlo, es así como contagioso.

—¿Estás cantando? —me pregunta Mel con los ojos como platos.

—No —contesto demasiado deprisa.

Las luces del anfiteatro se apagan, lo cual es ridículo porque aún es de día, pero da igual: ochocientas niñas estallan en un llanto incontenible y simultáneo. Creo que mis oídos también van a estallar. Meredith, en cambio, está casi levitando. Sentada entre Mel y yo, le puede tanto la emoción que no sabe si cogernos de las manos o aplaudir o quedarse quieta e hiperventilar. Intenta hacer las tres cosas a la vez, lo cual, en esencia, la equipara a las demás niñas que han venido al concierto.

Me mira con lágrimas en los ojos.

—Estoy muy contenta.

—Pero si ni siquiera han salido al escenario aún.

Llora un poco más.

Los gritos aumentan de volumen cuando alguien aparece en el escenario, pero se atenúan respetuosamente deprisa cuando todos vemos que se trata de una niña sentada en una impresionante silla de ruedas de hospital, acompañada de quien deduzco que son su madre y una enfermera. La niña lleva una botella de oxígeno y parece muy enferma. La no-

enfermera / posible madre coge el micrófono que hay en la parte frontal del escenario.

—Hola a todos —dice—. Soy la madre de Carly.

Se oye otro grito inmenso.

—Gracias —dice—. A Carly le gustaría decirnos algo.

El público enmudece. Todas las niñas se han tensado como un arco para escuchar a Carly. Oigo detrás de mí a una niña que dice, con voz triste: «Ojalá fuera yo quien tuviera cáncer».

La madre de Carly acerca el micrófono a su hija. Oímos su respiración fatigada durante varios latidos antes de que diga nada.

—Uf —me dice Mel en silencio con ojos apenados.

—Por favor... —dice Carly. Respiración, respiración—, demos... —respiración, respiración— la bienvenida... —respiración, respiración— a Bolts...

Es todo cuanto consigue decir porque el público grita como si estuviera viendo cómo asesinan a su familia.

Los Bolts of Fire salen al escenario.

Son cinco, tienen nombres, seguramente sabría decírtelos si hurgara en mi memoria, pero ¿importa eso? El ruido es tan abrumador que mi teléfono vibra aunque no esté recibiendo nada. Mel se aprieta los oídos con los dedos, y veo a un padre en la fila de delante que se señala con complicidad los auriculares que lleva puestos.

Los tíos de Bolts of Fire —todos con una barba de tres días a la moda y un pelo ladeado a la moda que consiguen crear el extraño efecto de que tienen treinta y quince años a la vez— se deleitan con la ovación un minuto y luego intentan acallar al público con gestos. El silencio tarda en llegar, y cuando llega solo es relativo. De todos modos, el moreno que canta casi todas las canciones empieza a hablar.

—¡Muchas gracias a todos! —dice.

Otro rugido capaz de fracturar el cráneo.

—¿Preparados para divertirnos, amigos de...? —Y nombra, no nuestra pequeña ciudad, sino la grande, la que está a una hora de aquí.

Tanto da: el público vuelve a rugir. Mel me dirige una mirada irritada, pero no oigo nada de lo que dice.

—Estamos aquí hoy —dice el rubio que no suele cantar pero que es más guapo que los demás— por una fan especial de Bolts of Fire.

Otro rugido cuando ponen un sombrero de vaquero de Bolts of Fire en la cabeza de Carly.

—Vamos a empezar —anuncia el que tiene una voz que evidentemente modifican por ordenador para que alcance las notas adecuadas— con la canción favorita de Carly.

—Puede que la conozcáis —dice el cantante principal.

Canta un «Ooohhh» y lo sostiene, y los demás van sumándose a él uno tras otro. Miro a Meredith. Está empapando la camiseta de lágrimas en un llanto extático. La rodeo con un brazo y ella se reclina contra mí y se queda así, como si yo estuviera consolándola en un funeral.

Luego los Bolts of Fire, todos juntos, a capela, rodeando a la pobre Carly en la silla de ruedas: «El día que cumplió dieciocho, le rompí el corazón a Bold Sapphire».

Y el grito de la multitud es tan estridente que tardamos un segundo en caer en la cuenta de que ha estallado una bomba.

En un primer momento, todos damos por hecho que deben de ser fuegos artificiales programados para una hora un poco rara y situados detrás del escenario, pero entonces trozos del armazón del escenario y un telón en llamas salen volando justo hacia nosotros; los Bolts of Fire están en el suelo, y la madre y la enfermera de Carly la envuelven con sus cuerpos para protegerla.

Cuando los escombros empiezan a caer —por suerte, en su mayoría parecen trozos de poliestireno y tela barata—, los gritos del público cambian tanto que se sienten en el cuerpo, un terror creciente que da la impresión de salir de la tierra como un torrente de agua que se eleva y te ahoga antes incluso de que puedas empezar a nadar.

Corremos un peligro increíble.

Cojo a Meredith en brazos y tiro su sombrero sin querer. Está tan asustada que no dice nada. Yo estoy tan asustado que ni noto las costillas. Mel se aprieta contra nosotros y nos abraza.

—¡¡¡¿Qué ha sido eso?!!! —grita.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le contesto, también a gritos.

—¡Que vienen! —chilla Meredith, y nos giramos hacia las hileras que tenemos debajo.

Una ola gigantesca de padres aterrados y niñas aterradas devora los asientos hacia lo alto del anfiteatro.

Justo hacia nosotros.

No hay tiempo ni de pensar. Me giro con Meredith en brazos y echamos a correr. Subo fila tras fila; gracias a Dios, los asientos de encima se vacían muy deprisa. Mel va detrás, protegiendo a Meredith de más escombros. Veo varias caras ensangrentadas mientras corro y solo puedo pensar en si habrá algún herido grave, pero tampoco hay tiempo para eso y sigo subiendo.

Nos quedamos varados detrás de una madre frenética que intenta guiar a tres niñas. Sin reducir el ritmo, Mel coge en brazos a una. La madre, con lo que parece una fuerza sobrehumana, coge a las otras dos, y seguimos subiendo todos juntos, pues esa vía es más rápida que los pasillos obstruidos. Tenemos la suerte de que, por una de aquellas casualidades insólitas, las salidas más grandes están en la parte posterior del anfiteatro: unas escaleras anchas que descienden a los prados del recinto ferial. Mel, la mujer y yo llegamos a lo alto de una y empezamos a bajar a trompicones, apenas capaces de mantenernos en pie entre la avalancha de gente.

—¡Allí! —grita Mel, y se dirige a una parcela del recinto que se ha conservado arbolada, con un claro en el centro para pícnicos y barbacoas.

La mayor parte de la muchedumbre corre por entre los desconcertados equipos de prensa hacia el aparcamiento, pero nosotros viramos hacia el lateral con algunos otros y nos detenemos entre los árboles, apiñados. Mel deja en el suelo a la niña que llevaba en brazos, a la que la madre incluye en un abrazo con las otras dos, al tiempo que le dice a Mel: «Gracias gracias gracias gracias».

Dejo a Meredith en el suelo, y al instante vomita. Tengo tanta adrenalina en la sangre que las manos me tiemblan sin control, pero aun así le acaricio la espalda.

—No pasa nada, Meredith. Ya estamos fuera y enseguida iremos a casa.

—Mikey —dice Mel—, mira.

Sobre el anfiteatro, recortada contra un sol ya bajo, una columna de luz azul empieza a desvanecerse donde se ha producido la explosión.

—No era una bomba —dice Mel—. Eran ellos. Sean quienes demonios sean.

En el pasado, lo que fuera aquello en lo que estuvieron implicados los indies tuvo daños colaterales. Pero cuesta mucho pensar en «daños colaterales» cuando se trata de Mel, de la aterrada Meredith, de mí y de casi dos mil niñas.

Sea lo que sea, ha empeorado. Mucho. Muchísimo.

—Oye, ¿tú no eres la hija de Alice Mitchell? —oímos.

Cynthia, la pequeña y ponzoñosa bloguera que se pasa la vida atacando a mi madre y que intentó sacar a colación el pasado de Mel en la rueda de prensa también está en el claro, tableta en mano, filmándonos.

—Sí, ¿verdad? La anoréxica.

Otro equipo de filmación de la ciudad grande la ha visto y ya corre hacia nosotros, intentando dar con alguien que les cuente lo que ha ocurrido.

—¿Dónde está tu madre? —le pregunta Cynthia, desdeñosa—. ¿Por qué no está aquí para proteger a sus hijos?

Mel apenas duda. Avanza un paso, le arrebató la tableta de las manos y le da un puñetazo en la cara.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO, en el que el Príncipe explica a Satchel que el *Ánima Inmortal* que facilita el acceso entre mundos depende de los amuletos; el que ella lleva forma parte del *Ánima Inmortal* y, aunque la protege, su ausencia está provocando desgarros en el límite entre el mundo de los Inmortales y el de ella; la fuerza vital —«La verás como una especie de luz azul, pero te quemaría, Satchel, te quemaría entera en un instante»— se está derramando y causando daños, como el accidente en un anfiteatro que mató a Madison, amiga de Satchel; «¿Debería devolverlo?», pregunta ella, que quiere salvar vidas, pero devolverlo solo conseguiría que la marcha de los Inmortales hacia su mundo fuera imparable; es un dilema imposible.



La policía dice que un conducto de gas explotó.

Un conducto de gas.

La única persona que murió fue una indie llamada Madison que iba a cálculo con Jared y conmigo. Había hablado con ella unas cuantas veces en clase. No tenía un pelo de tonta, pero dicen que estaba fumando fuera del anfiteatro después de dejar a su hermana en el concierto y que la colilla inflamó una fuga en un conducto de gas.

Chorradas.

En primer lugar: ¿por qué en un anfiteatro pequeñajo para pequeñajas situado en mitad del campo en el recinto ferial más insignificante del estado iba a pasar un conducto de gas justo por detrás del escenario?

En segundo lugar: Madison necesitaba un inhalador, así que de ningún modo fumaba.

En tercer lugar: cho-rra-das.

Hubo muchos heridos, entre ellos los Bolts of Fire —así que ahora el resto del mundo odia nuestra pequeña ciudad— y la madre y la enfermera

de Carly. Aun así, cuatro de los cinco Bolts of Fire actuaron «valientemente» la noche siguiente en la ciudad grande mientras al rubio le reponían los dientes. Carly no sufrió ningún daño, lo cual es una pequeña bendición. Una bendición muy pequeña si ese es el único consuelo que te queda cuando tienes cáncer terminal y el concierto de tus sueños vuela por los aires.

Meredith recibió tratamiento postraumático allí mismo a manos de Llámame Steve, la primera persona a quien Mel avisó. Apareció en una ambulancia, atendió a Meredith, besó a Mel con mucha pasión y fue a ayudar a otras personas.

Me gusta.

Nuestra madre solo lloró. Un llanto auténtico, lo admito, como el de todos, no solo el de Meredith. «Que alguien sea capaz de hacer esto —dijo con la voz quebrada frente a un puñado de periodistas cuando la gente aún creía que había sido una bomba—, en un sitio donde están mis hijos...»

Pero nos abrazó. Creía que no iba a soltarnos nunca.

—¿Seguro que no estáis heridos? ¿Seguro?

—Solo un poco asustados —contestó Mel—. Bueno, bastante.

Y nuestra madre volvió a abrazarnos. Ni siquiera nos gritó por no haberla dejado ir con nosotros al concierto para que también la volaran a ella.

Bastantes equipos de filmación acabaron consiguiendo imágenes del ataque de Mel a Cynthia. De momento, la anécdota en realidad ha beneficiado a la campaña de mi madre. «Pensaba que había sido un ataque terrorista —dijo Mel a las cámaras, con una expresión seria que recordaré con regocijo hasta que me muera—, y de pronto alguien me identifica como la hija de una política. Creía que yo era un objetivo, así que he decidido proteger a mis hermanos pequeños.»

No va a haber denuncia, ni siquiera por la tableta de Cynthia, la cual Mel, quizá algo innecesario, partió en dos saltando sobre ella. Cynthia lo blogueó. No creo que le importara a nadie.

—Debió de ser horrible, ¿eh, Mery Pis? —dice Jared exprimiéndole la vida.

Los piecitos descalzos de Meredith están a un metro del suelo.

—Ajá —dice Meredith con la voz amortiguada contra su cuello—. Y no me llames así.

Él la baja, le pone las manos en los hombros y la mira a los ojos. Ambos se quedan mirándose un minuto, y luego ella sonrío.

—Tus manos cada vez están más calientes —dice—. Pero estoy bien.

Él le devuelve la sonrisa.

—¿Seguro?

Ella asiente.

—De todos modos, enséñame las luces.

Él comprueba que mis padres no estén mirando —lo cual hace solo para darle emoción, ya que todos sabemos que ninguno de los dos está en casa; si no, él no estaría aquí— y luego separa un poco las manos y arroja por las palmas luz sobre los brazos de Meredith. Ella deja escapar una risilla y se aferra a sus enormes piernas en un último abrazo. Ha dormido en la cama de Mel las dos pasadas noches, desde la explosión. No la culpo, y tampoco creo que Mel tenga prisa por que deje de hacerlo. Ninguno hemos vuelto aún al instituto, pero creo que ya empezamos a tener ganas. En realidad, no es tan divertido saltarse las clases cuando quedan tan pocas.

—¿Has hecho algo por ella de verdad? —le pregunto cuando Meredith va a la cocina a comer algo, sin perdernos de vista en ningún momento.

—No lo sé —contesta Jared—. Sentía muchas cosas buenas por ella, una esperanza enorme de que no haya sufrido ningún daño. —Flexiona las muñecas—. Quizá le haya transmitido algo de eso.

—¿Te notas más poderoso? —le pregunto—. ¿Es... algo que acabará ocurriendo?

Frunce el ceño y se deja caer en el sofá. María Magdalena se sienta en el apoyabrazos y lo mira, ronronea y se masajea las patas contra la tela.

—Cuida mucho a Meredith, ¿vale? —le susurra Jared, tocándole suavemente el morro.

La gata salta al instante del sofá y sigue a Meredith por la cocina.

—Un conducto de gas, ¿eh? —me dice.

—Uf, no me hagas hablar —digo, y me siento a su lado—. La cuestión es qué vamos a hacer.

—¿Qué podemos hacer? No sabemos qué está pasando.

—Vamos, Jared, los Dioses tienen que saber algo...

—Mikey, la cosa no va así. ¿No crees que estaría intentando averiguarlo si pudiera?

—¿Averiguar qué? —dice Meredith estrujándose al lado de Jared con un plato de queso y galletas saladas.

María Magdalena se sienta con decisión a sus pies.

—Lo que está pasando, renacuaja —contesta Jared, sin mentirle.

Meredith asiente muy seria.

—Todavía no hay casi nada en internet. Rumores y teorías y desapariciones de indies, y casi todo lo escribe gente que demoniza a otra gente por creer que vuelven a ser los vampiros o por no creer que vuelven a ser los vampiros. Lo único que todos creen es que tienen la razón. Todos. — Se come una galleta salada—. Me parece que voy a regalar lo que tengo de Bolts of Fire.

—Me parece que yo también lo haría —dice Jared.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta más tarde en el coche, camino del trabajo, después de que Mel llegara a casa tras pasar el día con Llárame Steve.

Podría haber llamado diciendo que estoy enfermo, pero empezaba a ponerme nervioso en casa, sin hacer nada. Me sentía como si estuviera esperando a que pasara algo. Lo cual tiene que ser lo peor de ser joven. Muchas de tus decisiones no son tuyas, las toman otras personas. A veces las toman mal otras personas. A veces las toman otras personas que no tienen ni idea de las posibles consecuencias de esas decisiones. Cabrones.

—Estoy bien —digo.

—No es verdad.

—Esta mañana me he pasado una hora lavándome los dientes porque cada vez que acababa tenía la sensación de que no lo había hecho bien. Al final Mel se ha dado cuenta y me ha sacado de ahí.

—¿Lo ves?

—Jared, tenemos que hacer algo. Hacer que los indies nos digan lo que saben. O Nathan...

—Por Dios, Mike, ¿quieres dejarle en paz? Ya te lo dije: estaba con Henna y conmigo en el cine.

—Aun así podría haber participado. No confío en él. ¿Por qué estaba en El Campo aquella noche? ¿Qué hace rondando mi casa a oscuras?

—Su madre parece la persona más triste del mundo. Le dije que nosotros solíamos ir a El Campo, así que igual necesitaba un sitio donde airearse. Te estás obsesionando.

—¡Pues claro! ¿Hola? Podrían haber matado a mis hermanas, Jared. Podría haber pasado allí mismo, delante de mis narices.

—Y a ti —dice Jared en voz más baja—. También podrían haberte matado a ti.

Lo miro y luego vuelvo a mirar a través del parabrisas de su diminuto coche.

—Gracias, tío.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —dice—. Sabemos que solo murió una persona.

—Una indie.

—Sí, una indie. Y muy maja. Inteligente y buena en matemáticas. No se merecía eso. Ninguno de los que han muerto se lo merecían.

—A menos que sean ellos los que han provocado esto.

—Ni siquiera en ese caso —dice Jared con tono severo—. Y, ¡vamos!, ¿los has visto últimamente? Están aún más asustados que los demás. Y con motivo.

No digo nada, pero seguramente tiene razón.

—Y lo que supe por mi abuela...

—¿Has hablado con tu abuela? Creía que estaba en su reino, que era inaccesible.

—No fue fácil. De hecho, fue como tener un grano enorme en el culo, pero lo que averigüé es que, cuando ocurrió anteriormente (porque ella estuvo aquí, ¿recuerdas?), esa especie de cosa pública enorme marcó el principio del fin.

Espero a que continúe.

—¿Qué fin?

Él se encoge de hombros.

—Pero esto va a solucionarse. Los indies van a solucionarlo.

—Si lo solucionan.

—Siempre lo han hecho.

—Eso no significa que siempre vayan a hacerlo. No significa que la gente no sufra antes de que lo solucionen. No significa que no vayan a morir más personas.

Jared detiene el coche en el aparcamiento del Grillers.

—Puede que nunca sepamos lo que está pasando, Mike. Puede que todo acabe sin que veamos nada más.

—Pero, Jared...

—¡Escúchame! —dice; parece enfadado—. Tenemos el baile, tenemos la graduación, tenemos el verano. Luego todo cambiará. ¿Vas a vivir asustado todo este tiempo, hasta que nos marchemos?

—Es posible.

—Pues no lo hagas, por favor. —Sigue extrañamente enfadado—. No todos tienen que ser el Elegido. No todos tienen que ser el tío que salve el mundo. La mayoría de la gente solo tiene que vivir lo mejor que pueda, haciendo lo que para ellos sean grandes cosas, teniendo grandes amigos, intentando mejorar su vida, queriendo bien a los demás. Y todo eso sabiendo que el mundo no tiene sentido, pero aun así intentando encontrar el modo de ser feliz.

Está aferrado al volante, lo aprieta con fuerza, y alcanzo a ver la luz que emiten sus palmas.

—¿Por qué me dices eso? —pregunto—. ¿Qué está pasando?

Él se limita a suspirar y la luz se atenúa.

—No sé qué está pasando. No sé nada de los polis ni de las columnas de luz ni de en qué están metidos los indies, pero sí sé dos cosas: una, será mejor que no vuelen el instituto antes de que nos graduemos, y dos —levanta las manos y sus palmas refulgen de nuevo con una luz tenue—, si vuelven a poner en peligro a alguna persona importante para mí, conocerán el infierno. Literalmente.

Y eso hace que me sienta un poquito mejor.

Nuestro turno es desquiciante. Tina tiene que arremangarse y ponerse a servir mesas, incluso en lo que debería ser una noche tranquila entre semana. Es como si la ciudad supiera que está pasando algo y no quisiera estar sola. Mel y Henna traen a Meredith, que esta vez se sienta en mi sección. Les llevo suficientes tostadas de queso para alimentar a un cachalote aficionado a las tostadas de queso.

—¿Cómo va el tatu? —le pregunto a Henna, que me responde con un abrazo.

—Pica —me dice al oído; luego se separa, se reclina contra el respaldo y me mira.

—¿Qué? —digo.

—Nada. Solo tú. Salvando a gente.

—Entonces, ¿ya no estás enfadada conmigo?

—¿A quién le importa el enfado? —dice.

—¿Hoy no viene Nathan? —No puedo contenerme de preguntárselo.

Ella frunce el ceño y se desliza hacia Meredith, que ya tiene mantequilla de la tostada en la cara. Estamos tan ajetreados que no puedo seguir hablando con ellas en ese momento. Les llevo hamburguesas con queso a Henna y a Meredith y una ensalada de pollo a Mel, que la ataca como si estuviera hambrienta. La observo un momento demasiado largo. Me hace una mueca.

Llevan ahí una media hora cuando de repente ocurre algo totalmente inesperado por segunda vez esta semana. En esta ocasión no se trata de una bomba, aunque bien podría serlo.

Aparece mi padre.

—¿Papá? —digo, tan sorprendido que me quedo petrificado en el sitio, en la entrada, donde Tina está peleándose con las cartas e intentando sentar a la gente.

Hay una cola de clientes que esperan para entrar, lo cual, por lo general, solo pasa los domingos a mediodía, cuando las iglesias los sueltan. Mi

padre encabeza la cola y mira alrededor, algo sorprendido, pero sin oler a alcohol, me parece.

—Cuánta gente, ¿no? —dice.

—¿Qué haces aquí?

Se toca el cuello de la camisa y solo me mira a los ojos en algún que otro instante fugaz.

—He quedado aquí con tu madre. ¿Ha llegado ya?

—¿Has quedado con ella aquí? ¿En el restaurante?

Supongo que al final mi sorpresa deja de sorprenderlo, porque se queda quieto con aire desconcertado.

—Eso creo —dice, y es casi una pregunta.

—Ah —digo, porque en realidad no sé qué otra cosa decir.

Al final Tina pierde la paciencia.

—¿Estás ocupado? —me pregunta con los ojos muy abiertos y un tono de voz considerable—. ¡Porque yo sí!

Me espabilo.

—Papá, Mel y Meredith están sentadas allí con Henna. —Las señalo. Tres caras perplejas, congeladas, nos miran desde el reservado—. ¿Por qué no..., bueno..., te sientas con ellas?

Mi padre asiente, pero no se encamina al reservado.

—¿Podemos hablar un momento? —me pregunta.

Sin siquiera mirarla, le doy las cafeteras que llevo en las manos a una Tina ahora-ya-directamente-furiosa y sigo a mi padre hacia el aparcamiento. Está anocheciendo. La lluvia cesó una semana antes del concierto de Bolts of Fire, y empieza a intuirse que el verano podría estar ya en camino. Si es que vivimos para verlo.

Mi padre mira al cielo como si sus pensamientos estuvieran en otra parte y vuelve a tirarse del cuello de la camisa.

—¿Por qué no te quitas la corbata? —pregunto.

—¿Eh? —dice. No se toca la corbata. Mira la luna, que ya ha salido; solo está medio llena—. Cuando tenía tu edad, creíamos que acabaríamos viviendo ahí arriba.

Espero. No continúa.

—Papá, estoy bastante ocupado. ¿Qué pasa?

Se rasca una oreja. Tengo la impresión de que le cuesta mantener el equilibrio, pero luego advierto que solo se está moviendo inquieto. Me acerco a él y vuelvo a olerlo. Él esboza una sonrisa breve.

—Nada —dice—. Sobrio.

—Bueno —digo—, eso está bien.

—Escucha... —empieza a decir, pero tampoco esta vez acaba.

—Papá, de verdad, tengo...

—Voy a ir a una terapia de desintoxicación.

Se interrumpe porque una familia acaba de salir del restaurante. Tina asoma por la puerta tras ellos y me mira con ojos furibundos. Le pido «Un minuto» alzando el dedo índice y ella entra en el comedor.

—Eso es..., hum... —digo—, es fantástico, papá. Yo...

—No hasta que pasen las elecciones. Pero voy a ir.

Frunzo el ceño.

—Creo que tú eres bastante más importante que...

—No ha sido idea suya. Aunque lleva años pidiéndolo, ¿no?

—No lo sé, papá, pero, aunque así sea, creo que es posible que ella...

—No quiero estropear su gran momento. —Sigue moviéndose inquieto, mirándome y apartando la mirada.

Me acerco más a él.

—Papá. ¡Papá! Mírame.

Duda, y luego me mira a los ojos. Pese a la luz tenue del anochecer, veo que tiene las pupilas del tamaño de platos.

—¿Qué te has tomado, papá? ¿Valium? ¿Te han recetado algo?

—Estoy bien —dice al tiempo que se yergue—. Solo tengo que aguantar hasta las elecciones y después ir a la terapia y volveremos a ser una familia.

—Yo estaré viviendo a dos estados de aquí.

Se encorva ligeramente.

—Sí. Sí, lo sé.

—¿Qué haces aquí, papá? ¿De verdad has quedado con mamá o me has sacado del restaurante la noche del año en la que más trabajo tengo para decirme que vas a ir a una terapia de desintoxicación dentro de seis meses?

Vuelve a fruncir el entrecejo y a mirar la luna.

—Iba a haber ciudades ahí arriba. Sin pobreza, sin guerras. Así era como iba a ser.

—Vale, tengo que irme. Voy a decirle a Mel que te lleve a casa...

—Necesito dinero —suelta.

Bueno, eso hace que me pare.

—¿Qué?

Suspira.

—Al equipo de campaña no le parece buena idea que tenga acceso a las cuentas. —Se encoge de hombros, como si no pudiera culparlos—. Tengo poco efectivo. Y no quiero pedírselo a tu madre.

No sé qué decir. ¿Qué puedo decir? Ni siquiera estoy enfadado con él. Solo estoy triste y apenas soporto mirarlo a la cara.

Saco del bolsillo todas las propinas que me han dado hoy y le entrego el fajo de billetes.

—Gracias...

—Espera en el coche —lo interrumpo, aún sin mirarlo—. No conduzcas.

Le doy la espalda.

Mientras mi padre se tambalea hacia el aparcamiento, tiro del pomo de la puerta del restaurante para entrar. Con el rabillo del ojo veo una pequeña luz roja que me llama la atención. Miro. Detrás de unos arbustos, entre las sombras...

Nathan, fumando.

—Lo siento —se apresura a decir—. Te he visto hablar con él e iba a saludarte pero...

No acaba la frase, pero sé lo que iba a decir. Iba a saludarme pero oyó el discurso bochornoso y trágico de mi padre y se quedó ahí, sin querer alertarnos de su presencia avanzando o retrocediendo.

—¿Cuánto has oído? —le pregunto, con la voz acalorada.

—Mike, yo...

—No puedo creer que fumes —digo—. Es asqueroso. Apesta. El aliento te huele a perro. Y no te matará lo bastante deprisa.

—Ha sido casualidad, Mike. Lo juro.

Me arde el pecho, es como si me estuvieran aplastando con un torno.

—Tengo que trabajar.

No vuelvo a mirarlo en toda la noche, aunque se sienta con Henna después de que Mel lleve a Meredith y a mi padre a casa. En la zona de camareras, Tina aprovecha cualquier oportunidad para gritarme, pero no la escucho. Estoy demasiado ocupado contando una y otra vez botellas de ketchup y deseando estar muerto, deseando estar muerto, deseando estar muerto, deseando estar muerto.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO, en el que Satchel llora en su habitación, sintiéndose culpable de la muerte de sus amigos, aunque todos sus conocidos le aseguran que no ha sido culpa suya; Dylan llama a su ventana, la consuela y al final la besa; ella lo detiene, le dice que entiende que la desee, pero que va a tener que romperle el corazón; ambos se sorprenden al oír que alguien llama a la puerta; su madre les avisa desde abajo de que es el segundo indie Finn; Dylan se queda curiosamente serio y pregunta: «¿Cómo sabemos que podemos confiar en él?».



—Hola, doctora Luther.

—Me alegro de volver a verte, Michael.

—Ah, ¿sí? Pero ¿no significa eso que fracasó la otra vez?

—Veo que te sigue preocupando la cuestión del fracaso.

—Lo sé, lo sé. —«¿Por qué tiene que tratarse todo de ganar o perder?»

—¿Lo sabes?

—Creía que sí.

—Debería empezar por decirte lo que tu madre y yo hemos hablado.

—¿Como paciente?

—No, pero no te asustes tanto. Me ha hablado como madre. Como una madre preocupada. Me ha contado cosas que han sido... difíciles para ti últimamente. Me parece justo que lo sepas. Por supuesto, a ella no le diré nada de lo que comentemos aquí. Eso queda entre nosotros.

—¿Le ha dicho que vuelve a presentarse a unas elecciones?

—Sí. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Me resulta extraño.

—¿Y eso?

—Es como si esta vez no tuviera nada que ver conmigo. Como si nuestras vidas ya se hubieran separado y esto fuera algo que le está pasando a ella y no a nosotros. Además, tengo que admitir que lo está haciendo bien.

—Es un comentario muy generoso por tu parte.

—Es verdad. A Mel la han dejado tranquila, salvo por lo del concierto. ¿Lo vio?

—Sí.

—Fue genial. Estuvo genial. La otra vez no habría sido capaz de reaccionar así.

—Me alegra saberlo. Siempre ha habido mucha fuerza en tu hermana. Pero no estamos hablando de ella, ¿verdad?

—No, supongo que no.

—Dime qué te ha ocurrido últimamente, Michael. Dime por qué has vuelto a la consulta.

—Creía que ya se lo habría dicho mi madre.

—Quiero oír tu versión.

—Yo... últimamente me quedo... atrapado. En bucles. Otra vez. No puedo salir de casa si no cierro la puerta de una forma determinada pero en realidad no sé de qué forma ni siquiera si hay varias formas de cerrar una puerta. También me suele pasar cuando me lavo, si no lo hago en el orden correcto. O si empiezo a tocar cosas y las cuento, puedo quedarme... atrapado ahí.

—¿Qué crees que pasaría si no hicieras esas cosas?

—No lo sé. Algo malo. Algo que me superará. Todo se desmoronará.

—¿Todo?

—No lo sé.

—¿Tiene algo que ver con las muertes de tus compañeros?

—¿Qué sabe de eso?

—No es algo nuevo. Ya ha pasado antes. Es uno de los fenómenos sociológicos más horribles.

—¿Sabe cuál es la causa?

—«¿La causa?» Han sido accidentes y suicidios, por lo que sé. ¿Hay una causa?

—No. No, supongo que no.

—A no ser que te refieras a que se trata de algo como los vampiros o los fantasmas devoraalmas. No te sorprendas tanto. Cuando tenía tu edad, vinieron ejércitos de muertos vivientes. Fue bastante espantoso y aterrador, pero fue algo restringido, se llevó con discreción, afectó solo a un pequeño grupo de personas mientras el mundo adulto miraba como si no fuera con ellos.

—No sé qué decir sobre todo eso.

—¿Tiene algo que ver contigo esta vez?

—Yo no soy un indie.

—No.

—Pero estábamos en el concierto. Y Henna y yo atropellamos a aquel ciervo. Y... otras cosas.

—¿Que seguramente no creería? ¿Incluso después de lo que acabo de decirte?

—Es posible.

—Bueno, no tengo por qué creerlo. Si tú lo crees, es algo importante de lo que hablar.

—Jared dijo que no todos podemos ser el Elegido. De hecho, difícilmente puede serlo ninguno de nosotros.

—¿Sigue siendo tu mejor amigo?

—Tiene buena memoria.

—Tomo buenas notas.

—Sí, es mi mejor amigo. Me cuida. A veces me saca de esos bucles. En verdad es mucho más que mi mejor amigo.

—Le quieres.

—Sí, pero no en ese sentido, no lo creo. Él es gay, pero esto es distinto. Es como si fuera de mi familia, pero mejor, porque le he escogido.

—Entiendo. Es importante para tu sensación de seguridad en el mundo.

—Bueno..., sí. Y... y no sé qué voy a hacer cuando todo cambie.

—¿Te refieres a la graduación?

—Y a la universidad. No es solo Jared. Mel va a irse a la otra punta del país, vamos a dejar sola a Meredith...

—Son temores normales. Lo preocupante sería que no los tuvieras.

—Sí, pero...

—¿Pero?

—No sé si voy a conseguirlo.

—¿Conseguirlo en qué sentido, Michael?

—Es usted la única persona que me llama Michael.

—¿Conseguirlo en qué sentido?

—Hum...

—Está bien.

—No, en absoluto.

—Quiero decir que aquí estás seguro. Si necesitas llorar, puedes hacerlo.

—No está bien.

—¿Por qué?

—No me necesitan.

—No como los necesitas tú a ellos.

—No. Jared me dijo que creía que yo siempre me consideraba la persona menos querida del grupo, pero que no era verdad.

—Y tú no le creíste.

—Si necesitas que alguien te lo diga, ¿cómo va a ser verdad? ¿Cómo no va a estar uno perjudicado cuando necesita que lo consuelen a todas horas?

—¿No necesitamos todos consuelo? ¿No estamos todos perjudicados en un sentido u otro?

—No lo entiende.

—Pues ayúdame. Quiero entenderlo.

—Verá, es... Todos tienen otras vidas. Jared tiene esa cosa familiar, Mel está saliendo con un médico, Henna va a irse a África. ¿Qué tengo yo? Los tengo a ellos. No tengo nada más.

—Y eso hace que te sientas como si fueras el que menos importa.

—Sí. Y me meto en esos bucles y me quedo atrapado y siento que estoy atrapado, y salir de ahí es tan fácil como, sencillamente, hacer otra cosa. Cualquier cosa. Pero cada vez me cuesta más salir solo, ¿y qué va a pasar si me voy y empiezo una nueva vida y me quedo atrapado en un bucle y no consigo salir?

—Muy bien, ¿qué pasaría?

—...

—¿Michael?

—No puedo decirlo. Es... bochornoso.

—Es imposible abochornarme.

—...

—Dime, Michael: ¿qué pasaría si te quedaras atrapado en un bucle y no consiguieras salir?

—Me suicidaría.

—Una opción un poco terminante, ¿no crees?

—Es mejor que vivir con miedo hasta la vejez. Es mejor que vivir siempre con miedo.

—¿Esas son las únicas alternativas, vivir con miedo o desaparecer?

—Esa es la sensación que tengo. Y no sé qué hacer.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a todo.

—¿Y no es ese el problema? ¿No es eso lo que te está provocando el miedo? ¿Por qué tienes que resolverlo todo? ¿Por qué no puedes resolver solo hoy?

—¡Ni siquiera puedo hacer eso!

—Puedes y tienes que hacerlo. Estás enfrentándote a uno de los mayores cambios que una persona tiene que afrontar: dejar el instituto y empezar una vida autónoma. Además, sobreviviste a un accidente de coche en el que podrías haber muerto y ayudaste a tu amiga malherida. Viviste una experiencia traumática en el concierto, pero mira cómo actuaste salvando a tu hermana pequeña.

—Se lo ha contado mi madre.

—Tiene muy buen concepto de ti, Michael. Se preocupa por ti.

—Pues debería decírmelo. Por favor, no la defienda.

—De acuerdo. Solo estoy diciendo que ya has resuelto mucho. Te sientes como si no pudieras enfrentarte a nada, que todo te aplastará, pero estás aquí. En esta sala. A pesar de todas las cosas a las que te estás enfrentando, le dijiste a alguien (a tu madre, nada menos, a quien sé que no consideras una aliada natural) que necesitas ayuda. ¿No te parece que es la actitud de alguien que busca soluciones?

—Es posible...

—Voy a hacerte una pregunta: si todo se desmoronara, ¿qué pasaría entonces?

—No la entiendo.

—Si no hicieras esas cosas, si salieras del bucle antes de acabarlo de la forma «correcta», ¿qué pasaría? ¿Sobrevivirías?

—No lo sé. En cierto modo, esa es la clave del asunto.

—A ver, deja que te lo pregunte de otra manera: ¿no has sobrevivido ya a todo lo que se ha desmoronado?

—¿Qué...?

—Melinda estuvo a punto de morir.

—Murió.

—En cualquier caso, si eso no es «todo desmoronándose», ¿qué es?

—Pero no quiero que vuelva a ocurrir.

—Acabas de decir que Melinda está muy bien.

—Pero Meredith...

—¿También eres responsable de Meredith? Todo se desmoronó en ese concierto y sobreviviste. Si tuviera que preguntar a Melinda si eras el menos querido, dudo que contestara lo mismo que tú. Otro tanto diría de Meredith, y apostararía a que tu amigo Jared opinaría como ellas.

—Solo están siendo amables.

—¿Todos? ¿Siempre?

—Porque soy el que está mal.

—¿Es eso cierto? ¿De verdad? Has dicho que todos tienen otras cosas de las que ocuparse. Conozco bien las dificultades a las que tu hermana se ha enfrentado, por ejemplo...

—Sí, pero... Ahora está mejor.

—¿Está perfectamente?

—Bueno, no.

—Pero te estás comparando con ella.

—¿Por qué me presiona tanto?

—Lo siento, no era mi intención. Solo estoy intentando decirte que podría haber otras formas de ver las cosas que no te asusten tanto, que no te hagan sentir deseos de estar muerto.

—...

—¿Lloras mucho cuando estás solo?

—Casi nunca.

—Pues entonces es evidente que necesitas llorar, Michael. No pasa nada. Tengo pañuelos, si quieres.

—Me siento como si estuviera en el fondo de un pozo. Como si estuviera dentro de un agujero muy, muy profundo y mirara hacia arriba y viera un puntito de luz y tuviera que gritar con todas mis fuerzas para que alguien me oyera y que, cuando alguien me oye, no digo lo que debo o ellos en realidad no me escuchan o sencillamente se burlan de mí.

—Porque es imposible que les importes.

—Es difícil sentir eso. Me lo dicen. Me lo demuestran. Y aun así no lo siento.

—¿A qué crees que se debe?

—El miedo se interpone. Y me quedo atrapado en un bucle.

—Porque si consigues hacerlo correctamente...

—Sí. Si consigo hacerlo correctamente, todo irá bien. No sé cómo, pero los salvaré a todos. Y el mundo no se desmoronará. Y cada vez me parece más difícil.

—No lo dudo, con todo lo que te está pasando.

—Todo lo que seguirá pasándome siempre.

—Puede que eso también sea verdad.

—¿Puedo decirle algo, doctora Luther?

—Sí.

—¿No se reirá?

—No.

—Me odio. Me siento idiota diciéndolo porque blablablá, angustia adolescente, buuu buuu, pero así es. Me odio. Casi todo el tiempo. Intento no decírselo a nadie porque no quiero agobiarlos, pero me siento como si estuviera cayendo y alejándome de ellos. Como si el pozo se estuviera volviendo más profundo y yo estuviera quedándome sin energía para escalarlo, y en cualquier momento, en cualquier instante, fuera a dejar de valer la pena siquiera intentarlo.

—Yo no insistiría en eso, pero voy a repetírtelo, con ternura, porque es verdad: estás aquí. Y eso es intentarlo.

—¿Puede ayudarme?

—Sí. De momento, para empezar, me gustaría recetarte una medicación.

¿Por qué pones esa cara?

—Medicación.

—¿Es la medicación... un fracaso?

—El más grande. Es como admitir que estoy tan mal que necesito ayuda médica.

—Los pacientes de cáncer no consideran la quimioterapia un fracaso. Los diabéticos no consideran la insulina un fracaso.

—Esto es diferente, y lo sabe.

—No, no lo sé. ¿Por qué es diferente?

—Porque significa que estoy loco. Estar loco es diferente.

—Michael, ¿crees que el cáncer es un fracaso moral?

—¿Qué tipo de cáncer?

—No juegues. Sabes qué quiero decir. ¿Crees que una mujer con cáncer de ovarios es moralmente responsable de su enfermedad?

—No.

—¿Crees que un niño que nace con espina bífida o parálisis cerebral o distrofia muscular es culpable de su enfermedad?

—No, pero...

—Entonces, ¿por qué demonios vas a ser tú responsable de tu ansiedad?

—Porque... ¿Qué...?

—¿Por qué eres tú responsable de tu ansiedad?

—Porque es un sentimiento, no un tumor.

—¿Estás seguro?

—¿Cree que tengo un tumor?

—No, no, no, no, no, no. No quería decir eso. Un sentimiento es el orgullo por tu hermana. Un sentimiento es el miedo que te hace reaccionar en el concierto. Un sentimiento es la vergüenza o la culpa. Un sentimiento puede ser cierto o no, pero da igual, porque uno lo siente.

—¿Y la ansiedad es un tumor en los sentimientos?

—Los sentimientos no intentan matarte, ni siquiera los que duelen. La ansiedad es un sentimiento que crece demasiado. Un sentimiento que se vuelve agresivo y peligroso. Eres responsable de sus consecuencias, eres

responsable de tratarlo, pero, Michael, no eres responsable de provocarlo. No eres moralmente culpable de él. No más de lo que serías culpable de un tumor.

—Sabe que ahora voy a obsesionarme con que tengo un tumor.

—Lo siento. No he elegido bien las palabras. Pero si vas a obsesionarte con algo, obsesiónate con que tu obsesión es un trastorno que puede tratarse. Obsesiónate con que no es un fracaso consecuencia de algo que has hecho o que no has hecho o de carecer de alguna cualidad personal. La medicación mantendrá a raya la ansiedad, no te liberará de ella, pero la reducirá hasta un nivel soportable, quizá incluso al mismo nivel que el de los demás, y así, y esa es la clave, podremos hablar de ella. Hará que sea algo con lo que puedas vivir. Aún te queda trabajo por hacer, pero la medicación te permitirá vivir el tiempo suficiente para hacer ese trabajo.

—...

—¿Michael?

—...

—¿No es posible pensar en esto como un éxito?

—No quería volver a medicarme.

—Acabas de decirme, hoy mismo, hace nada, que preferirías estar muerto a soportar esto mucho tiempo más. Me lo tomo en serio. No creo que ese sufrimiento sea una farsa. No creo que esos sentimientos de querer que todo se acabe sean una farsa. No creo que el odio que sientes hacia ti mismo sea una farsa. Así que ¿por qué lo crees tú?

—No lo creo.

—¿No? ¿Acaso no cree una parte de ti que estás haciendo una montaña de un grano de arena? ¿Que si no fueras tan débil podrías ser feliz y libre, como todos los demás?

—Más o menos...

—Has venido porque necesitas mi ayuda, ¿verdad?

—Sí.

—Pues aquí tienes mi ayuda. Uno: tu ansiedad es un problema real y muy doloroso, no algo que te estés inventando. Dos: no eres moralmente responsable de él, de haberlo provocado. No es algo que hayas hecho o hayas dejado de hacer lo que lo ha provocado. Tres: la medicación ayudará

a tratarlo, para que así, cuatro: tú y yo podamos hablar sobre diferentes maneras de hacer que la vida sea soportable, incluso vivible.

—¿Tendré que tomármela de por vida?

—No, si tú no quieres. Las decisiones son solo tuyas.

—Me odio, doctora Luther.

—Pero no tanto como para no venir a pedirme ayuda.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO, en el que Satchel no sabe en quién confiar, por lo que sigue a su tío policía para tratar de encontrar por sí misma el origen de la energía azul; entra en el sótano del instituto durante el baile de graduación —que en absoluto le interesa, salvo en un sentido irónico—, que se celebra arriba; mientras la gente baila al ritmo de la música, detiene a su tío justo antes de que este abra una grieta que se tragaría todo el gimnasio y a todos los presentes en él; en el forcejeo, le arranca la cabeza, que ya tenía suelta, y la luz azul de su cuerpo se desvanece; Satchel llora por lo que acaba de hacer y por su coraje, pero entonces llega el Príncipe y, aterrado, le dice que tienen que huir lo más deprisa posible.



—¡Estás impresionante! —le digo a Henna frente a la puerta de su casa la noche del baile de graduación.

—Gracias —contesta, tímida—. La verdad es que a mí también me lo parece. Es raro, ¿no?

Su vestido es, creo, de color crema y burdeos, pero en realidad eso no empieza ni a describirlo. La mayoría de los vestidos que he visto para el baile son o bien vaporosos hasta rayar en lo nuboso o bien tan cortos y finos que uno no deja de extrañarse de que la chica en cuestión no esté congelándose.

El de Henna no.

Su vestido no lleva adornos, pero, claro, tampoco ella los lleva nunca. No intenta ir ridículamente a la moda, pero tampoco va ridículamente desfasada. Parece una mujer adulta, eso es. Una mujer adulta muy, muy guapa y seria y guapa. Hasta da la impresión de que haya necesitado la escayola después de haber levantado un coche para salvar a un niño refugiado.

—Estás... impresionante —repito—. De verdad.

—Tú tampoco estás mal.

Yo solo llevo un esmoquin.

Pero, bueno, sí, es posible que no esté mal con esmoquin.

—Muy apuesto —dice su padre, que aparece detrás de Henna con su madre.

—Hola, Mike —dice su madre. Levanta el móvil—. ¿Una foto?

—Vale —digo, y Henna se coloca a mi lado para que su madre nos haga una foto.

A ojos de todo el mundo parece que estemos yendo juntos al baile, como pareja. Lo cual es lo que sus padres creen. También creen que después va a ir solo con Mel a la cabaña, una especie de plan ya-casi-nos-hemos-graduado. Tienen que saber que Henna no es tan aburrida, ¿no? Tienen que saber que los demás también vamos a ir y, solo por esta vez, están haciendo la vista gorda, ¿no? O tal vez en Finlandia esto sea perfectamente normal, hasta para los devotos.

—Que os divirtáis —dice su madre, y le da un beso en la mejilla.

Su padre hace lo mismo. Siempre han sido así de formales, como la realeza. Tan solemnes que pueden hacer que todos los demás se sientan algo ridículos. Se quedan ahí, él con un brazo sobre los hombros de ella, viendo cómo Henna me toma del brazo a mí y juntos nos dirigimos a la limusina que nos espera.

—Oh, Dios mío —dice Henna al verla.

—Lo sé.

La limusina no ha acabado pareciéndose mucho a lo que habíamos alquilado, que estaba «agotado», al parecer, por las reservas de otros bailes de graduación, puede que incluso por el de nuestro instituto. Así que, a pesar de que habíamos reservado una limusina negra sencilla, que sí estaba disponible aquel día, y pagado el depósito no reembolsable, no ha sido exactamente eso lo que ha aparecido en mi casa para recogernos a Mel y a mí. Les he enviado un mensaje a los demás para advertirlos, pero parece que no va a ser suficiente para atenuar la sorpresa.

Es una limusina Hummer. Una limusina Hummer amarilla.

—Es horrible —dice Henna, admirada—. Tan horrible que es así como maravillosa.

—Te lo dije.

Mel asoma por la puerta abierta.

—Al menos —dice— da mucha sensación de seguridad.

Y es cierto. Quizá así es como se siente uno en un tanque. A continuación recogemos a Jared (el señor Shurin, horrorizado: «¿Cuánto consume ese cacharro?»), y después, porque todos los demás quieren, a Nathan. («No está permitido fumar aquí dentro», le digo incluso antes de que se siente.)

Llámame Steve rehusó («Bastante raro me siento ya yendo a un baile de graduación siete años después de haberme graduado», le dijo a Mel. «Lógico —le contestó Mel—, pero aun así vas a venir.»). Está en el instituto, esperándonos, y abre la puerta para que Mel salga la primera. Le pone el prendido de flores —como son la única pareja oficial de la noche, él es el único a quien se le ha ocurrido comprar uno— y dice:

—Este vehículo es un atentado.

—¿Contra la naturaleza? —pregunta Mel.

—Contra el sentido común —contesta él—. Contra el buen gusto. Contra la sensatez. Contra el planeta...

Se alejan en dirección al gimnasio cogidos del brazo, aún sonrientes, aún hablando de la maravillosamente horrible limusina Hummer, que ya se dirige hacia una pequeña multitud de parejas recién llegadas.

Jared, inmenso en un esmoquin algo pequeño, dice:

—¿No estamos todos impresionantes?

—Sí —dice Henna—. Sí, impresionantes.

El lema de nuestro baile de graduación es «Eternamente joven».

Lo sé.

No podemos permitirnos celebrarlo en un hotel de la ciudad grande, lo cual es lo que hacen la mayoría de los institutos, así que no nos queda más remedio que venir a nuestro gimnasio. La tradición es ir a una cena formal con el acompañante antes de acudir al baile, pero como el Grillers es el restaurante más bonito de nuestra pequeña ciudad, decidimos saltarnos eso. El señor Shurin dice que ha llevado comida al lago, de modo que, a no ser

que se la coman las nutrias o las marmotas o los osos, no pasaremos hambre.

—A bailar —ordena Henna, y vuelve a cogerme del brazo.

—¿Yo el primero? —digo mientras la sigo a la pista.

Es una canción lenta, así que pongo las manos en sus caderas y ella descansa la mano buena en mi hombro.

—Luego bailaré con Nathan —dice—. Bailaré con quien me apetezca.

—Pero ¿y el deseo en tu estómago, ese que no puedes evitar cuando lo ves?

—Si en algún momento hubieras cerrado la boca con respecto a él, quizá tú y yo estaríamos juntos ahora.

—¿Con ánimo de exploración?

Ella se me acerca y posa la cabeza en mi pecho. Noto que suspira.

—¿Darte cuenta de que no estás segura sobre algo es lo que te hace ser adulto?

—Muchos adultos parecen muy seguros de todo.

—Quizá tampoco sean tan adultos.

—Díselo a mi madre.

—Díselo a la mía.

Bailamos. Es bonito.

—Piénsalo —dice Jared, y me tiende una taza de ponche. Sí, ponche. En taza—. Esta podría ser la última fiesta sin alcohol de nuestras vidas.

—Nos faltan tres años para los veintiuno —contesto. Busco con la mirada a Henna, que ahora baila una canción movida con Nathan en un grupo en el que también están Mel y Lláname Steve—. Y nosotros casi no bebemos.

—Era más una metáfora sobre tomar nuestras propias decisiones —dice Jared—. ¿Y por qué no bebemos? —Entonces me mira, y de pronto se acuerda de mi padre y de la terapia de desintoxicación—. Vaya, lo siento.

Me encojo de hombros y tomo un sorbo de ponche.

—¿Cómo va la medicación? —me pregunta en voz más baja.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Tarda un poco en hacer efecto. Y va acompañada de muchas horas de charla con la doctora Luther. Aunque me encuentro bien.

—Me alegro —dice.

—¿Tú te gustas, Jared?

Me mira sorprendido. Sé que intuye exactamente por qué se lo pregunto.

—A veces —dice—. A veces no.

—A veces no —repito—. Lo que está pasando. Eso de lo que no se puede hablar.

Se vuelve hacia mí.

—Hemos bailado poco.

—¿Juntos?

—Todos juntos.

Señala con la cabeza a nuestros amigos, que bailan entre los demás, sonriendo, sudando la gota gorda, riendo, moviéndose como locos. El gimnasio está a reborar, tal vez por la misma razón por la que se llena el restaurante: la gente sabe que está pasando algo y quieren estar juntos.

Me asalta el terror a que esto sea una gran oportunidad para hacer volar por los aires otra vez a un montón de gente. Si es que por debajo del instituto pasa algún conducto de gas...

—¿Qué te pasa? —pregunta Jared.

—¿Y si corremos peligro aquí? —digo con una sensación de opresión en el pecho, una sensación repentina de desesperación, como si necesitara un bucle en el que entrar, de prisa, un bucle que nos salve a todos de la explosión.

—¿Ves a algún indie? —dice.

Miro a mi alrededor. Tiene razón. No hay ni uno.

Lo cual en cierto modo me entristece, en serio.

—No va a pasar nada —dice, y me arrastra a la pista.

—Quizá deberíamos echar un vistazo fuera... —digo, pero mis palabras se pierden en la música y la aglomeración de gente.

Nos sumamos a Henna, Mel, Steve y Nathan. Y bailamos.

También es bonito.

—Nos largamos —dice Mel, alrededor de una hora después. Estamos todos en la zona de descanso, donde el instituto ha instalado varios sofás ligeramente demasiado iluminados para alentar los besos apasionados—. Nos vemos en la cabaña.

—¿Estás seguro ya de que no vamos a morir en un asesinato ritual? —pregunta Lláname Steve, que en realidad parece un poco nervioso—. Noche de baile de graduación. Grupo de adolescentes variopintos. Cabaña remota...

Mel pestañea.

—¿Lo dices en serio?

—Soy médico. Veo más de lo que imagináis. Han estado pasando cosas raras.

Todos lo miramos.

—¿Qué?

—Eso no va con nosotros —le dice Mel—. No somos el tipo de personas a las que les pasa eso.

—¿Qué? Yo no...

Mel le besa.

—Me encanta que te preocupes —dice—, pero te preocupas por las cosas equivocadas.

—Yo... —Es todo cuanto él contesta porque ella ya lo arrastra.

Mel se despide con la mano. Lláname Steve la lleva a casa. Van a cambiarse, ella cogerá la ropa que hemos dejado preparada, y luego cada uno irá en su coche a la cabaña, para tener uno más allí cuando la Hummer nos deje a los demás. Jared y su padre también han llevado el coche de Jared. Es un plan redondo.

—¿Listos? —le pregunto a Henna y a Jared.

—Yo sí —dice Henna—. Empieza a dolerme el brazo de tanta coreografía espectacular. —Mira hacia la pista de baile—. Aunque Nathan sigue ahí.

Sí, bailando solo con una taza de ponche. (En serio, una taza de ponche; es bochornoso.) Creo que está generando uno de esos recuerdos que llevarse consigo.

—Vale —dice Jared—, bailo una canción más y nos vamos. Ahora os busco.

Se abre camino de nuevo hasta la pista. Henna y yo buscamos un sofá. Estamos rodeados de gente que se hace fotos entre sí con el móvil y se las envían a una persona que está a tres metros y luego todos la comentan. Lo encuentro muy lógico.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunto.

—Sí. —Sonríe—. Mucho. Quién iba a decir que esto sería tan divertido.

—Aunque yo me muero de hambre.

—Dios, yo también. Espero que el señor Shurin haya dejado filetes en la cabaña...

Se interrumpe porque acaba de ver a Tony Kim. Viene hacia nosotros. Noto cómo Henna se ablanda al instante.

—Hola, Henna —dice él.

En la cara de Henna aparece una sonrisa muy tierna.

—Hola, Tony.

Sé que Tony ha venido al baile con Vanessa Wright, una ex mía y la chica con la que perdí la virginidad (y ella la suya), pero ahora mismo no está con él. Tenerlo delante es como una conmoción. Podría decirse que se evaporó cuando Henna lo dejó con él.

—Hacía mucho que no te veía —digo.

—Hola, Mike —dice con la cara tensa.

Sé la impresión que debemos dar Henna y yo sentados en este sofá. Debe de saber —ya que todo el mundo lo sabe— cuánto he soñado con Henna todos estos años. Y aquí estamos ahora, juntos, en el baile de graduación. Como una pareja. Una parte de mí quiere de verdad explicar que no, en serio, no tengo ni idea de lo que está pasando entre Henna y yo, que creo que a ella quien le gusta es ese tal Nathan, que ahora estoy incluso más confundido que antes, que la propia Henna seguramente no sabe qué siente, y que, por lo que me ha dicho, más o menos ya le va bien no saberlo en estos momentos.

Pero no digo nada de eso.

—Estás increíble —le dice Tony.

—Gracias —contesta ella, afectuosa—. Tú también estás muy guapo.

Es verdad. Tony es estúpidamente atractivo, pero no en plan arrogante. Siempre ha sido un buen tipo. Siempre ha sido bueno con y para Henna. Hacían muy buena pareja. Incluso ahora, porque veo lo dolido que sigue con ella.

En fin, a lo hecho, pecho, ¿no?

—Bueno... —dice él metiéndose las manos en los bolsillos y con aspecto de estar algo incómodo—. El baile de graduación, ¿eh?

—Sí —dice Henna.

Tony me mira pero no dice nada.

—No hemos venido juntos —dice Henna, quizá un poco demasiado tajante—. Bueno, sí, pero hemos venido en grupo. Mike, su hermana, Jared.

Tony asiente.

—Os he visto bailando.

—¿Dónde está Vanessa? —pregunto.

Los dos me miran ceñudos.

—Ha ido a buscar algo de beber —contesta Tony, y mira alrededor como si pudiera verla—. Creo. Oye, Henna...

—Dime.

—Solo quería...

—No puedo, Tony.

—Solo me gustaría llamarte alguna vez —consigue decir—. Para charlar. Eso es todo. Sin presiones, nada. Es solo que... te echo de menos.

Henna se muerde el labio.

—Yo también te echo de menos, Tony.

Él sonrío con mucha tristeza.

—Me encantará que me llames —dice ella—. Antes de que me vaya a África. Será genial.

Él asiente.

—Hasta luego —dice, y se aleja arrastrando los pies.

Henna lo mira.

—Pobre chico.

—Supongo —digo, tal vez algo duro.

—Para ser alguien con quien nunca he salido —dice Henna al tiempo que se pone en pie—, te crees con derecho a estar demasiado celoso, ¿no

crees?

Tengo que correr para alcanzarla.

La Hummer nos espera. El chófer se llama Antonio y nos abre las puertas cuando nos acercamos. Henna y yo subimos y esperamos a Jared y a Nathan, que siguen dentro, bailando.

—Lo siento —digo.

—No pasa nada —dice Henna, y se reclina contra mí en el asiento gigantesco de la Hummer—. En realidad, ha sido bonito que todo el mundo creyera que eras mi acompañante.

—Sí.

Enlaza un brazo con el mío.

—Entonces, ¿por qué no decimos que eras mi acompañante y ya está?

—¿Y Nathan?

Me mira. Sonríe y sacude la cabeza.

—¿Qué? —digo.

Pero en ese momento está mirando tras de mí por la puerta abierta. Doy por hecho que son Jared y Nathan, que ya vienen, pero ella señala la salida más alejada del gimnasio.

Una puerta está abierta en la oscuridad. Una chica a la que conozco del instituto pero que no recuerdo cómo se llama sale llorando. Un chico al que nunca he visto la rodea con un brazo y la consuela.

Una luz azul titila dentro, detrás de ellos, y luego desaparece.

—No van vestidos de gala —dice Henna.

—¿Sabes qué? —digo, y me levanto—, voy a averiguar qué demonios está pasando...

—Mike, no...

—¿Adónde vas? —pregunta Jared, que aparece de pronto con Nathan y me bloquean sin querer el paso.

—A hablar con ellos —contesto mirando por encima de su hombro.

Pero cuando se giran, ya no están.

—Creo que quiero largarme de aquí, Mike —dice Henna tirándome del brazo y devolviéndome al asiento—. Sí, quiero largarme de aquí ya.

No puedo discutir con ella.
Nunca he podido.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO, en el que Satchel huye con el Príncipe, convencida de que se dirigen a un lugar seguro, pero el Príncipe la ha traicionado; la lleva a la Corte de los Inmortales, que buscaba una Vasija para su Emperatriz, un cuerpo mejor en el que habitar eternamente; ese cuerpo será el de Satchel, al que ha preparado el amuleto que dejó, no el indie Kerouac, sino el Príncipe; la emperatriz dice: «Encargué a un Mensajero que preparase tu mundo para nosotros. Hubo varios intentos hasta que uno consiguió sobrevivir al proceso»; el Mensajero se presenta; ha sido Dylan desde la primera noche que fue a su casa; él mismo inaugura la ceremonia que matará a Satchel y permitirá a la Emperatriz vivir en su cuerpo; por toda la ciudad se abren fisuras por las que la invasión de los Inmortales dará comienzo.



—Huele a algo —dice Nathan al entrar en la cabaña.

—A ostras —dice Jared—. Lo siento.

Nathan hace un mohín.

—No, no quería decir... No es un olor malo...

—Como de almizcle —dice Mel mientras nos reparte cervezas que el señor Shurin ha dejado allí para nosotros.

Sé que muchos hijos de alcohólicos acaban siéndolo, y quizá eso sea lo que nos pasará un día a Mel o a mí, pero en cierto modo suponemos que con sus problemas con la comida y mis problemas con la ansiedad ya estamos cubiertos. (Esperamos lo mejor para Meredith, como para todo el mundo.) Es broma: en realidad, a ninguno nos gusta mucho el alcohol.

Excepto a Nathan, casualmente. Se bebe la cerveza de un trago como si fuera un reto, suelta la exhalación típica de final-de-copa y va a por otra. Ve que todos lo miramos.

—¿Qué? —dice—. Ah. —Coge la segunda cerveza y empieza a beberla a sorbos.

—¿Un poco de música? —pregunta Mel.

Saca el móvil del bolso y lo conecta. Empieza a sonar una melodía tranquila, no bailable; sencillamente, buena. En la cabaña hay una sala con un sofá y una cocina pequeña. También dos habitaciones diminutas, lo cual significa que al menos uno va a tener que dormir en el sofá. Ya doy por hecho que voy a ser yo.

—¿Y qué se puede hacer aquí? —pregunta Nathan—. No me hago el imbécil, lo pregunto en serio.

—Para empezar, comer —contesta Jared, y abre la nevera.

—Oh, bendito sea, señor Shurin —dice Henna, que está a su lado y lo ayuda a sacar unos filetes.

Llámame Steve y Jared acaban encargándose de la cocina. Los demás nos cambiamos y nos ponemos ropa de calle. Todos salvo Nathan pasamos a beber refrescos. Ninguno ha comido nada en unas ocho horas y los filetes huelen ridículamente bien; todos rondamos por la sala como hienas muy, muy serias.

—Empezaré a roerte un hombro si la comida tarda mucho más, Jared —dice Henna—. Y no bromeo.

—Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis —dice Steve, que ya sirve varios platos.

Quizá debería dejar de llamarle Llámame.

La cena es, a su manera, mejor que lo que habríamos comido en un restaurante. El señor Shurin es tan increíble que no ha olvidado nada: salsa para carne, servilletas, sal y pimienta. Hasta ensalada y aliño.

—Ojalá fuera nuestro padre —digo.

—Te toca quien te toca —dice Mel.

—No lo decía en ese sentido.

—Lo sé.

En la cabaña hay un televisor, aunque es tan viejo que ni siquiera es plano. Y conectado a él —¿estás preparado para esto?—, un grabador y reproductor de vídeo. Un grabador y reproductor de vídeo de verdad, de los

que van con cintas. También hay varias cintas en la cabaña; las recuerdo todas de cuando empecé a venir con Jared, de niño.

—Tenemos *Pretty Woman* —lee Nathan mientras bebe otra cerveza—. Y *Temblores*.

—*Temblores* —repetimos los cinco a la vez.

Así que, durante un rato, la cosa va de filetes y *Temblores*. El sonido de gente comiendo y el sonido de gente siendo comida.

¿Quién habría dicho que algo así podría parecerse a la felicidad?

—¿Estás de broma? —dice Lláname..., esto, el viejo Steve a secas cuando Jared sale en bañador de una de las habitaciones.

—Ya casi es verano —dice Jared, sonriente.

—Estamos a mayo —puntualiza Steve—. Es de noche. Y eso es un lago glacial.

—Mañana ya es junio, y llevo toda la vida bañándome en ese lago, doctor —replica Jared—. ¿Quién se apunta?

—Yo aún no puedo —dice Henna dándose unos golpecitos en el tatuaje.

—También tienes una escayola —digo.

Henna se mira el brazo, casi sorprendida.

—Me he acostumbrado tanto a ella que se me olvida que la llevo. —Abre más los ojos—. Voy a tener que recorrer el pasillo de la graduación escayolada.

—Yo me apunto a un baño —dice Mel, y se levanta.

—¿Estás segura? —dice Steve—. No es que te sobre grasa, precisamente. —Y entonces hace una pausa torpe. Steve recula—. Hablo solo en términos médicos...

—Tranquilo —dice Mel—. Suena a piropo. Puedes disculparte metiéndote en el lago.

—Yo no he traído bañador.

—Bah, nunca nos bañamos en el lago con bañador —dice Jared con aire travieso—. Esto es solo teatro.

—Es de noche —dice Mel—. No pasa nada.

—¿En serio? —dice Steve.

—Yo también voy —digo.

—Y yo —dice Nathan, pero se tambalea un poco y tiene que volver a sentarse.

—Creo que no —dice Jared con un tono que disuade a Nathan de protestar.

Nos encaminamos al agua, también los no-bañistas. Hay otras cabañas repartidas por la orilla, pero solo se ve luz en la nuestra. Aún no ha empezado la temporada, y ni siquiera esa palabra, «temporada», es del todo adecuada. Para empezar, estas cabañas son para gente que no puede ni salir el viernes por la noche porque trabaja hasta tarde para costear una cabaña que apenas puede permitirse. El señor Shurin la heredó de su padre, pero, aun así, las paredes no han visto una capa nueva de pintura en toda mi vida.

Nathan y Henna se sientan en un tronco, muy juntos, aunque fuera no hace frío. Él incluso la rodea con un brazo.

—Deja de mirar —dice Jared mientras tira de mí por el pequeño muelle que da servicio a esta cabina y a varias más.

Es el primero en zambullirse; después de quitarse el bañador, salta en modo bomba, ovillando su cuerpo grande y velludo. Nos salpica a los que seguimos en el muelle; el agua está helada. Jared emerge y coge aire.

—Uf, esto os va a despertar de golpe.

Me desnudo y salto tras él de espaldas a mi hermana y a Steve para preservar un poco la intimidad de todos. El contacto con el agua es como otro shock, sí, pero no está tan mal como temía. Asomo la cabeza y empiezo a nadar estilo libre para entrar en calor. Cuando vuelvo, Steve y Mel están ya en el agua, Steve no muy contento.

—¡Mi familia es de Honduras! —grita—. ¡Allí el mar está caliente!

—¿Has estado alguna vez en Honduras? —le pregunta Mel; le castañetean los dientes.

Steve sonrío.

—Cierra el pico.

Me acerco nadando a Jared, que sigue donde estaba, manteniéndose a flote. Está mirando a Nathan y a Henna. Siguen reclinados el uno contra el otro, hablando, iluminados por la única luz exterior que tiene la cabaña del señor Shurin.

—¡Eh, Henna! —la llama Jared—. Apaga la luz. ¡Disfrutemos de la luna!

—Oooh, buena idea —dice ella, y deja solo a Nathan en el tronco.

—Gracias —le digo a Jared.

Parece un poco sorprendido.

—¿Por?

La luz se apaga y el efecto es así como increíble. El cielo está despejado, salvo por las ínfimas nubes que rondan la cumbre de la gran montaña. Por lo demás, solo está la luna; ni siquiera es luna llena, pero, como no hay nada más, nada que compita con ella, su brillo basta para que nuestras cabezas proyecten sombras sobre el agua.

—Creo que ya he resistido bastante —oigo que dice Steve, y sube al muelle.

Es algo corpulento pero prácticamente lampiño. Tiene una pequeña panza de la que apostarí a que nunca se libraré. Le hace parecer el tío más normal del mundo. Creo que lo adoro por eso. Se envuelve deprisa en una toalla y luego sostiene otra abierta para Mel mientras ella también sale del agua.

—¿Es una prueba de resistencia? —le pregunto a Jared.

Él sonríe y me salpica agua con las manos. Estoy disfrutando, pero ya noto que dentro de cinco minutos dejaré de hacerlo. Empiezo a nadar de vuelta al muelle para salir. Es en ese momento cuando Nathan se levanta del tronco.

—¡Mirad! —dice señalando más allá de nosotros, al otro lado del lago, en dirección a la ciudad.

Vemos el reflejo incluso antes de girarnos.

Fogonazos y rayos de luz azul se entrecruzan en el cielo, fugaces, frenéticos, como en una tormenta eléctrica, justo encima de la ciudad. No vemos los edificios, solo los árboles que bordean el lago, pero incluso a esta distancia, a no menos de doce o trece kilómetros, el cielo sobre el lugar donde estábamos es como una exhibición de fuegos artificiales del tamaño de una ciudad.

—Mis padres están bien —dice Henna tras colgar el teléfono—, pero quieren que vaya a casa.

—¿A esto te referías cuando dijiste «Segurísimo que no pasa nada»? —pregunta Mel.

—Sí, justo a esto.

Meredith está en el Capitolio con nuestra madre, a donde ha tenido que ir por algo de la campaña; no estaba dispuesta —hasta tal punto hemos abandonado toda esperanza con él— a dejarla sola al cuidado de mi padre. De todos modos, Meredith contestó al primer tono, pues había visto vídeos y comentarios en internet.

«Está pasando solo en ciudades pequeñas —dijo—. En las más alejadas, como la nuestra, pero todos dicen que es un “relámpago anormal”.»

«Lo que importa es que estés bien, Meredith», le dije.

«Estoy bien —dijo—. ¿Y vosotros?»

En realidad no conozco la respuesta a esa pregunta. Estamos todos juntos en la orilla, viendo las luces. Llevan surcando el cielo como mínimo media hora. No hemos oído ninguna sirena. El señor Shurin, que está en su casa, dice que todavía no han dicho nada, aunque hay mucha gente que se ha acercado en coche solo para mirar. Steve ha llamado al hospital, y le han dicho que no lo necesitan. Así que, sea lo que sea lo que está pasando, al menos no está matando a nadie.

Es decir, no está matando a nadie, que nosotros sepamos. Me pregunto cómo estarán los indies.

—¿Es el fin del mundo? —pregunta Nathan.

—Dudo que el fin del mundo empezara en nuestra ciudad —dice Jared—. Aunque, sí, podría serlo.

Y entonces las luces cesan.

—Vaya —dice Nathan, que ya está un poco ebrio.

Las luces no producen ningún sonido, en cualquier caso, ninguno que llegue hasta aquí, hasta el lago, pero sigue dando la impresión de que se ha hecho el silencio. Todos miramos sin hablar el cielo vacío unos minutos. Luego Mel se pone en pie y coge a Steve de la mano. Se cobija bajo su brazo y vuelve a la cabaña con él.

—Yo también voy a acostarme —dice Henna, y se levanta del tronco. Nathan se levanta con ella, esta vez con un tambaleo considerable—. ¿Estás bien? —le pregunta Henna.

—Sí. —Se ríe—. Solo un poco achispado.

—Ya nos hemos dado cuenta —digo, aún sentado al lado de Jared—. Todos. —Jared me da un codazo fuerte.

Nathan se queda mirándome.

—Ni siquiera me conoces —dice—. Ni siquiera lo has intentado.

—No —dice Henna, y le coge del brazo y lo lleva a la cabaña—. Ni siquiera lo ha intentado.

Veo cómo se alejan, y Jared y yo nos quedamos solos, él tomando una cerveza y yo, una Coca-Cola. El olor de la cerveza también me vuelve un poco gruñón. Cuanto más fuerte es el olor, más huele como mi padre.

—Tienes que dejarle en paz —dice Jared.

—¿Por qué? No sabemos nada de él. Dijo que fue un indie. ¿Y si fue él quien trajo toda esta mierda?

—Mike...

—¿Y por qué estaba delante de mi casa? ¿Por qué quiso subir al puente?

—Fue idea de Henna...

—Podría ser la causa de todo esto, por lo que sabemos. Y ahora está ahí dentro, con ella.

—No va a acostarse con ella —dice Jared, frustrado—. Ella no va a acostarse con él.

—¿Cómo lo sabes?

Silencio. Me vuelvo hacia él.

Y entonces algo hace clic.

—Oh, no. Ni hablar.

—Mike, yo...

—Jared, por favor, no lo digas...

Pero se pone en pie porque algo en la oscuridad le ha llamado la atención. Sigue llevando solo una toalla enrollada. Yo también, aunque con la chaqueta sobre los hombros. Su mirada recorre de un lado al otro la zona no urbanizada del lago, más allá de la cabaña. Está llena de árboles.

Hay una luz azul entre ellos. Acercándose.

—Mierda —digo, y también me levanto, preparado para ir con los demás, preparado para huir...

—No —dice Jared—. No, no es...

Echa a correr. Hacia eso.

—¡Jared! —grito.

Pero, por supuesto, corro tras él. Voy descalzo y en la oscuridad piso piedras y agujas de pino y a saber qué más.

—¿Qué haces?!

La luz azul emerge de los árboles, y lo veo.

Es un puma. Me extrañaba que ninguno hubiera venido a rendir homenaje a Jared desde que llegamos a la cabaña, pero pensaba que igual él les había pedido que le dejaran tranquilo esta noche. Sin embargo, ahí viene uno, corriendo de una forma extraña, tortuosa, con los ojos refulgentes de luz azul y rodeado de un aura de luz también azul.

—¡Jared, no! —grito, aún a diez pasos de él—. Los ciervos eran...

Pero el puma y él ya se han encontrado. El animal se desploma a sus pies, sobre sus pies, y lo mira a través del velo azul. Jared se arrodilla al instante y posa las manos en él. Los alcanzo.

—Madre mía... —digo.

El puma está destrozado. Cuesta incluso mirarlo.

—¿Lo ha atropellado un coche? —pregunto.

Me acerco un paso más y la luz azul destella y me alcanza el antebrazo. Es como si te cayera agua hirviendo encima. Chillo y retrocedo de un salto. Una tonelada de la misma luz alcanza a Jared, pero él no se mueve; debe de ser cosa de Dioses. Pero si es eso lo que está torturando al pobre puma...

Joder...

Jared no dice nada, solo se concentra en el gran gato. El animal suelta un gruñido y la luz azul se desvanece. En la repentina oscuridad, al principio no lo veo, solo oigo los alaridos del puma, al que sin duda atormenta el dolor.

—Tranquila, guapa —susurra Jared, y las palmas de sus manos se encienden.

Él las aprieta contra ella, y sus gemidos amainan. Me acerco un poco. La luz azul parece haberla atravesado una y otra vez, estallando desde

dentro en diferentes puntos. Los desgarros y las quemaduras de su hermoso pelaje de color canela duelen a la vista.

—No te muevas —sigue susurrando Jared—. Aquí estás a salvo. Me has encontrado.

Ella parece sosegar hasta que su respiración es lo único que oímos. Se ha ovillado alrededor de una pierna de Jared, como si estuviera buscando refugio en él. Lo cual creo que es lo que hace.

—No puedo salvarla —me dice Jared, con la voz tomada—. No ha parado de correr hasta encontrarme, cada vez más destrozada, y no puedo salvarla. Trasciende a mis poderes.

La estrecha contra sus tobillos y la acaricia con ternura. El animal respira con dificultad, pero al menos ya no sufre. Jared se inclina sobre ella.

—Ahora descansa. Duerme, sin dolor, en los brazos de tu Dios.

Su respiración se vuelve más lenta, luego aún más. Espero allí con ellos hasta que ella ya no emite ningún sonido.

—Maldita sea —oigo que masculla Jared, y, aun solo con la luz de la luna, veo lágrimas en su cara.

La acaricia entristecido una vez más, y luego le posa la cabeza en la hierba.

—¿Estás bien? —Una pregunta estúpida.

—Creen que son las únicas personas en el mundo —dice—. Creen que sus actos no afectan a nadie más.

—Lo sé. Todo el mundo es así.

—No todo el mundo —dice, y me mira—. Tú no.

—Jared...

—Estoy enamorado de Nathan —dice—. Y creo que él está enamorado de mí.

—Ya... —digo—. Creo que acabo de darme cuenta.

—Siento no habértelo dicho. Al principio era demasiado íntimo, demasiado frágil, y a él le está costando asimilar que le guste un tío, y...

No acaba, pero puedo adivinarlo.

—Te sentías solo.

Asiente.

—No quería estropear nada. No quería sacarlo a la luz y que la luz de algún modo lo matara. Y no soportaba la idea de hacerte daño.

—No me hace daño —digo.

—Eres mi mejor amigo, Mike. El mejor amigo que he tenido. Nunca me has juzgado, te has tomado con naturalidad cada excentricidad que te he soltado, nunca pides casi nada a cambio, aunque yo me muera por dártelo. Ni siquiera dejaste que tu madre y mi padre interfirieran en nuestra amistad.

—Tampoco habría dejado que esto interfiriera en nuestra amistad. No me habría hecho daño. Me habría alegrado por ti.

—Odias a Nathan.

—Por la sensación que le provoca en el estómago a Henna... —Me interrumpo—. Ella lo sabe, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo saben todos?

—Sí.

—Ah.

—Mike...

—No. No, yo...

No sé qué decir. Porque esto sí que me hace daño.

Henna está en el sofá cuando volvemos a la cabaña. Camino delante de Jared, sin volver la vista. Nathan y él compartirán la otra habitación, supongo, aunque dudo que pase nada. Jared nunca será el tío que se aprovecha de alguien borracho.

—Buenas noches —dice cuando entramos.

—Buenas noches —digo.

Un instante después, entra en una habitación.

—Hola —dice Henna desde el sofá. Al ver que no contesto, se incorpora y se sienta—. ¿Estás bien?

—Me parece que no.

Abre los brazos. Me acuesto a su lado, y ella me abraza. Es lo más cerca que hemos estado nunca, pero lo único que quiero que haga es abrazarme.

CAPÍTULO DECIMONOVENO, en el que Satchel consigue escapar de la ceremonia en el último momento, ayudada por la repentina aparición del segundo indie Finn, quien ella cae en la cuenta de que es el único a quien en verdad importa; huyen, pero la conquista del mundo por parte de los Inmortales ha comenzado; entonces Satchel, con la sola ayuda de su astucia, descubre cómo cerrar una fisura utilizando el medallón; pero hay tantas por toda la ciudad que ¿conseguirá cerrarlas todas antes de que los Inmortales la invadan por completo?; cuando se disponen a cerrar una grieta en la propia casa de Satchel, Dylan el Mensajero sale por ella; Satchel y el segundo indie Finn se ven obligados a matarlo; ella llora, Finn la abraza.



Cuando llegué al hospital la noche del accidente, Steve me dio un aceite que tenía que ponerme en la cicatriz para evitar que se hiciera más grande. A menudo me quedo atrapado en un bucle con él: me lo aplico, me lo quito, me lo aplico, me lo quito, hasta que no me cabe duda de que estoy agrandando la cicatriz más de lo que se habría agrandado con un uso normal de mi cara.

Pero esta vez paro de verdad. Me lo aplico y lo dejo. Espero a ver qué siento. Pero no, no estoy atrapado. Puedo ver la trampa. Puedo verla, esperando a que caiga en ella, si quiero; veo la espiral justo ahí, delante, esperando. Pero también puedo lavarme las manos y secármelas y salir del pequeño baño de la cabaña.

La medicación debe de estar haciendo efecto, porque eso es lo que hago después de echar un último vistazo largo a mi cicatriz.

—Lo siento —dice Mel.

—No quiero hablar de eso —digo.

—Quería que te lo dijera. Y él insistía en que te lo diría...

—No pasa nada. No hay nada de que hablar.

Voy al muelle, me quedo en ropa interior y vuelvo a saltar al lago. Ha salido el sol. Ya es de día. El agua sigue estando ridículamente fría. Buceo hasta bastante profundidad y me quedo ahí. Los rayos del sol me apuñalan a través de la superficie. No hacen que sienta menos frío.

Henna me puso al día de algunos detalles. Nathan espera fuera del Grillers para encontrarse con Jared en los descansos. Nathan fue a El Campo aquella noche porque había quedado allí con Jared tras una discusión con su madre. Henna estaba en casa con sus padres la noche de los Bolts of Fire porque Nathan había ido al cine con Jared. ¿Y todas esas misteriosas noches de sábado de Jared? Fueran lo que fuesen antes, últimamente han sido algo diferente.

Todos lo veían. Excepto yo. Porque estaba demasiado centrado en Henna.

¿Es culpa mía? Lo pregunto en serio. Si hubiera mirado a mi mejor amigo y no a mí mismo ni a la chica de la que afirmo con tanta rotundidad estar enamorado, quizá también yo lo habría visto. Porque supongo que era evidente.

Pero ¿a qué esperaban? ¿Y por qué esperaban siquiera?

¿Somos todos amigos o son amigos ellos?

«Siempre das por hecho que eres la persona menos querida», dijo Jared. Fastidia tener la razón.

Salgo a la superficie antes de que me estallen los pulmones. Henna me espera al final del muelle.

—¿Quieres llevarme a casa? —pregunta.

La miro desde el agua.

—No —digo.

Ella espera.

—Sí —digo.



—Creí que lo deducirías —dice Henna en el coche—. Para mí también fue una sorpresa, pero al final me di cuenta de que no había química con Nathan, por muy fuerte que fuera lo que sentía. Y había visto que miraba a Jared... bastante rato.

—Yo no... —digo—. Yo no vi... Jared siempre ha sido reservado.

Me despido de todos, incluso de Nathan, que hace muecas resacasas, y de Jared, que mantiene la distancia esperando a que sea yo quien se acerque. Pero, en lugar de acercarme, me voy.

—Esto es ridículo —digo, y noto el pecho oprimido, como si fuera a llorar.

He llorado esta noche, cuando estábamos acostados en el sofá. Ella me ha dejado llorar. Y aunque tampoco me contó lo de Jared y Nathan, no estoy enfadado.

Solo me siento tonto.

—No tenéis por qué tratarme como si fuera a romperme —digo—. Todo el mundo me trata así. Mikey y su trastorno obsesivo-compulsivo. Ahora Mikey y su medicación...

—Nunca te hemos tratado así, Mike...

—Mel murió. Sigue teniendo problemas con la comida y todos la tratan como si nada. Como deberían. Yo también. Yo dedico un montón de tiempo a hacerlo.

—Jared es en una cuarta parte Dios, Mike. Y yo tengo unos padres excéntricos que van a llevarme a una guerra para hablar de Jesús y de pies. Todos tenemos algo. Ni siquiera solo nosotros: todas las personas que conocemos. —Parece reflexiva—. Excepto quizá los indies. Seguramente ellos son los más normales.

—¿Qué sería lo de anoche, lo de las luces?

Se encoge de hombros.

—Puede que un apocalipsis.

—Me siento tan idiota... —digo—. Tan, tan idiota... Delante de mis narices. Y nadie me lo dice.

—Si te sirve de consuelo —dice—, eso significa que sí fui tu pareja en el baile.

Sigo conduciendo. No digo en voz alta si me sirve de consuelo o no.

Mi madre me tiende un sobre en cuanto entro.

—Lo he abierto —dice—. Te has lucido.

Los resultados de los exámenes finales. Abro el sobre. Sí, me he lucido, hasta en cálculo. El curso preparatorio para la universidad era una especie de formalidad —sabía que no iba a fracasar—, pero está bien tener la formalidad acabada y ensobrada. Nueva vida: allá voy, supongo.

—Has vuelto pronto —dice mi madre camino de la cocina.

La sigo.

—Tú también.

—Meredith me ha obligado. —Sonríe, pero sé que no es verdad—. Esa extraña tormenta eléctrica.

Lo dice casi como si me estuviera preguntando al respecto.

—Yo tampoco sé qué fue —digo—. Hay muchas cosas que no sé.

—Sabes lo suficiente para ir a una buena universidad. —Saca bebidas de la nevera sin preguntarme siquiera qué me apetece; sencillamente, sabe que me apetece un refresco de vainilla—. Sabes lo suficiente para afrontar el futuro con cierta confianza.

—Ah, ¿sí?

—Estoy orgullosa de ti. También estoy orgullosa de tu hermana.

—¿Cómo le irá?

Sonríe y me sirve el refresco.

—A veces parecéis gemelos.

—Me alegro —digo—. Me alegro.

Me tiende el vaso. Nos quedamos ahí un momento, bebiendo, como si fuera lo más normal del mundo.

—Estoy muy orgullosa de ti, lo sabes, ¿no? —dice, y adopta una expresión dura—. Quiero un mundo en el que puedas vivir y ser feliz.

—Eso estaría bien —digo, pero no parece oírme.

—Me equivoqué en el pasado. Me equivoqué mucho. Ni siquiera he conseguido que creáis en mi partido. —Abro la boca para objetar, pero me interrumpe—. No lo niegues. Ni siquiera me importa. Lo único que me

importa es seguir intentándolo. Hacer que el mundo sea más seguro para ti y para tus hermanas. De todas las formas que conozco. —Toma un sorbo—. He visto cosas que no creerías, Mike.

—Ya me lo dijiste. ¿Qué cosas?

—Cosas que no te dejarían dormir en toda la noche. Cosas que harían que te sintieras desesperado por intentar proteger a tus hijos. —Veo que mira tras de mí—. Hola, cielo.

Meredith ha entrado con el portátil en la mano. Parece preocupada.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi madre.

Meredith gira el portátil para mostrárnoslo.

—¡No lo sabía! —dice Jared—. ¡Lo juro!

—¡Tu padre tenía que saberlo, joder!

—¡Y yo estoy igual de cabreado que tú con él!

—Ah, ¿sí? ¡Es mi hermana!

El equipo de campaña del señor Shurin se ha puesto en contacto con Cynthia la bloguera. La historia estaba ya muerta, olvidada, Mel era una heroína y mi madre, la madre de una hija valiente. Pero ahora han conseguido recuperar de la tableta destrozada la grabación de Mel dándole un puñetazo a Cynthia (recuperación sufragada por el partido del señor Shurin). A diferencia de todas las cámaras de reporteros que nos enfocaron demasiado tarde, esta captó cómo Mel tuvo un poquito más de tiempo para reconocer a la mujer y decidir claramente darle un puñetazo, y luego un gran plano del pie de Mel pisoteando la tableta.

Lo han colgado todo en la web del señor Shurin, junto con fotos de Cynthia con aspecto de haberse caído de morros por un acantilado. En la web de la campaña del señor Shurin hay titulares alucinantes como estos: «¡La brutal agresión de la hija de Alice Mitchell exige respuestas!», «¡Bloguera política denuncia violación de los derechos de la Primera Enmienda e interpondrá una demanda!».

Porque, sí, nos va a demandar.

De camino a su casa, Jared no ha contestado al teléfono, y tampoco estaba cuando he llegado. He tenido que esperar a que apareciera,

procedente de la cabaña con Nathan. Casi no le he dejado salir del coche.

—Mel también es mi amiga —dice.

—¡No me digas! —grito mucho—. ¿Como yo?

—Eso es... Mierda, Mike...

—Creía que tu padre era un buen tío.

—Es un buen tío. Estoy seguro de que hay una explicación...

—¡No quiero una explicación! ¡Quiero que fracase como el fracasado que ha sido siempre!

La expresión de Jared se endurece.

—No te pases —dice con voz serena.

—¿Que no me pase? ¿Qué vas a hacer?

Nathan se ha quedado a un lado, aún bizqueando por la resaca.

—Estoy seguro de que hay una solución para...

—¡Tú cállate! —le grito—. Todo iba bien hasta que apareciste.

—¡Por Dios, Mike! —dice Jared—. Ese es el problema, ¿no? ¡Sabía que no debía decírtelo! ¡Sabía que te pondrías celoso!

—¿Celoso? —pregunta Nathan.

Pero Jared sigue:

—¡Te me pegas como una garrapata! ¡No puedo ni respirar sin que tú quieras saberlo! No puedo vivir mi vida sin que tú quieras invadirla.

—¡Nunca me cuentas nada, Jared! Siempre es igual. ¡Todo eso que no quieres que sepa! Como si tuvieras que demostrarme a todas horas que estás por encima de mí.

Y entonces dice...

Bueno, dice esto:

—Quizá si fueras un amigo de verdad en lugar de un pozo sin fondo de necesidades te habría contado antes lo de Nathan. ¿No te has parado a pensarlo?

Al oír esto, me quedo petrificado.

Y sigo petrificado.

La expresión de Jared se suaviza.

—Mike...

—Haz que tu padre retire todo eso de la web —digo mirando el suelo.

—Mike, por favor, no quería...

—Haz que lo retire.

—Lo haré.

Subo al coche. Me miran mientras me alejo.

—Pero no estoy preocupada —dice Mel, sentada conmigo en su cama.

—¿Seguro? —le pregunto.

—Así es la política —dice, y se tumba con el entrecejo fruncido—. Es repugnante y asquerosa y ensucia todo lo que toca. —Se encoge de hombros, sin relajar la cara—. Dentro de una semana ya estará olvidado.

—Mamá se ha puesto como una fiera —digo—. Ya ha llamado a sus abogados. Está claro que la maquillaron así para las fotos.

—No soy yo a quien quieren, es mamá, así que es su problema. Se lo he dicho y está de acuerdo. Dice que lo solucionará. —Se abraza sin apretar—. Solo que... me siento muy decepcionada con el señor Shurin.

—Lo sé.

—Quizá hasta las buenas personas se cansan de fracasar.

Siento una punzada de dolor en el estómago cuando oigo «fracasar». «Quiero que fracase como el fracasado que siempre ha sido», le dije a Jared. De su propio padre.

Bueno, ¿y qué? Él había atacado a mi hermana.

Como si mis pensamientos lo hubieran invocado, nuestros teléfonos suenan a la vez. Es Jared: «Va hacer que lo retiren. Hoy. Dice que el equipo de campaña lo presionó y que al final accedió, y que se arrepiente. Va a renunciar a la candidatura. Lo siento. Yo no lo sabía».

—Vaya —dice Mel en voz baja.

—Eso no va a hacer que la bloguera no nos demande —digo—. El daño ya está hecho. Ya sale todo en otras webs.

—Y también su renuncia.

Me enseña el teléfono: «Candidato al Congreso renuncia tras el ataque a la hija adolescente de su oponente».

—Aunque es una web que simpatiza con mamá. Habrá más.

Mel suspira y empieza a teclear.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Contestar a Jared. No lo culpo. Seguramente ha sido él quien ha sugerido a su padre que abandone la candidatura.

No digo nada. Es más que probable.

—No quería hacerte daño —dice Mel mirándome—. Lo sabes, ¿verdad? Paso los dedos por el cubrecama.

—Tú eres más importante. Esto es mucho más importante que lo mío, que es una estupidez. —Vuelve a mirarme—. ¿Lo ves? A eso me refería. A la pena. Eso es lo que ni quiero ni necesito, y tienes que parar.

El teléfono de Mel suena. Doy por hecho que es Jared, pero no.

—Steve no entra a trabajar hasta las doce —dice, y se incorpora—. Voy a verle. Necesito una sesión de inteligencia y de estrujones.

Me levanto y la abrazo.

—Mataría a cualquiera que intentara hacerte daño —digo.

Ella me devuelve el abrazo.

—No si yo estuviera demasiado ocupada matándolos antes que tú.

Cuando se va, busco un número en el teléfono.

—¿Puedes venir? —digo.

—Por supuesto —dice Henna.

Nos sentamos en mi cama en una especie de silencio sorprendentemente agradable.

—No estás bien —dice al fin.

—No —digo—. Le he dicho cosas a Jared... Él me ha dicho cosas a mí...

—¿Cosas malas?

—Cosas de final de una amistad.

—Estoy segura de que no es verdad —dice Henna—. Estoy segura de que no...

—No me trates como si te diera pena —casi le espeto—. Dios, ¿por qué todo el mundo...?

Me interrumpo porque se me están humedeciendo los ojos. Otra vez. Esto es ridículo.

—Creo que ahí te equivocas. —Henna me pone un dedo en la barbilla y me obliga a girar la cabeza hacia ella. Es un gesto gracioso. Los dos sonreímos, pero mi sonrisa se apaga enseguida—. Creo que confundes el interés con la pena —dice—. Nos preocupamos por ti.

—Es lo mismo.

—No. También nos preocupamos por Mel. Y tú te preocupas por mí, y Mel también. Es interés, Mike. ¿Con quién podemos contar además de con nosotros? Esto, por ejemplo, no es pena.

Me besa. Estoy tan sorprendido que casi ni le devuelvo el beso.

—Yo no beso por pena —dice—. No hago nada por pena. La pena es condescendencia. La pena es una asunción de superioridad.

—Eso podría decirlo tu padre.

—Y lo dice, pero tiene razón. Dice que la amabilidad es mejor. La amabilidad es lo más importante. La pena es un insulto. La amabilidad es un milagro.

—Entonces, ¿me has besado por amabilidad?

—No —dice, y arruga el entrecejo—. Te he besado porque siempre he querido hacerlo, Mike, y nunca me has dejado.

—¿Que nunca te he dejado?

—Cada uno somos la pregunta del otro, ¿no? La pregunta que nunca obtiene respuesta.

—¿Qué quieres decir?

Pero ya está besándome otra vez.

Esta vez le devuelvo el beso con ganas.

No hay nadie en casa. Mi madre ha ido a hablar con sus abogados y ha llevado a Meredith a la clase de equitación de los sábados (la primera, es algo nuevo). Papá está en el trabajo o donde sea. Y Mel ha salido con Steve. No hay nadie en casa. Solo Henna y yo.

Entonces ella me quita la camiseta por la cabeza, y de pronto en el mundo solo estamos Henna y yo.

CAPÍTULO VIGÉSIMO, en el que Satchel y el segundo indie Finn cierran casi todas las fisuras que los Inmortales han abierto; «Te quiero», dice Finn antes de que cierren la última, situada en el sótano del instituto, la mañana del día de la graduación; Satchel cae en la cuenta de que Finn ha sido siempre su amor verdadero; finalmente se besan, pero en ese instante la Corte de los Inmortales emerge por la fisura; Satchel y Finn huyen del edificio, pero el Príncipe de los Inmortales mata al segundo indie Finn; el Príncipe lleva a Satchel, transida de dolor, de vuelta al sótano del instituto para celebrar de una vez por todas la ceremonia final.



El día de la graduación estamos a unos treinta y siete grados, así que agradezco al cielo tener que llevar toga negra larga y birrete en el campo de fútbol durante un par de horas.

Guardo un recuerdo turbio de estos últimos días, turbio, duro y extraño. No he hablado con Jared, aunque él me ha llamado varias veces y me ha enviado bastantes mensajes disculpándose por lo que me dijo. Le he escrito diciéndole que yo también lo siento.

Pero no le he llamado.

Nos han, digamos, liberado de las clases los dos últimos días de esta última semana en el instituto. Otro privilegio de los veteranos, el cual uno puede aceptar o no. Lo he aprovechado yendo con Henna a todos los sitios que he podido: el pequeño zoo del noroeste, que está en nuestra misma carretera, donde vimos alces descansando al sol; el zoo más grande de la ciudad, que está a una hora, donde un rinoceronte hacía lo mismo; de nuevo al minigolf; al cine. Incluso nos hemos quedado en mi habitación mirando nuestros teléfonos durante horas y horas. Pero juntos.

En cualquier caso, no he ido al instituto. Mel sí, pero me ha dicho que Jared tampoco ha ido.

Lo de Mel sigue causando revuelo y mi madre sigue combatiéndolo, aliviada por el abandono del señor Shurin. Nada aliviada por la decisión de Cynthia de presentarse como candidata. Durante la mayor parte de la semana, Mel se ha quedado en casa de Steve —de cuya existencia ya saben mis padres, que parecen no estar en posición de discutir que Mel quiera pasar tiempo con él y no con ellos—, así que prácticamente tampoco la he visto a ella, salvo por teléfono, en vídeos y chats.

No ha vuelto a ocurrir nada con las luces azules, aunque a todos nos preocupa que eso signifique que nos espera algo incluso más tremendo y más horrible que acabará con todo.

«Mientras podamos graduarnos antes de que vuelen el instituto...», dijo Henna.

Porque Henna.

Porque Henna, porque Henna, porque Henna.

Nos hemos acostado. Es todo cuanto deseaba en la vida, todo cuanto anhelaba, incluso las partes que había imaginado que compartíamos, y fue algo que ella quería tanto como yo y fuimos un equipo y fue algo de los dos.

Fue precioso y alucinante y tan excitante que lo he revivido todos los días (cállate, tú también lo harías), y su olor y el tacto de su piel y nuestras risas (muchas relacionadas con el condón) y los momentos serios, y sencillamente estar ahí, de esa forma, su cuerpo contra el mío y mi cuerpo contra el suyo. Era como si se me estuviera rompiendo el corazón —y se me estaba rompiendo, por Jared, por la graduación, por todo—, pero no pasaba nada porque Henna Henna Henna...

Fue todo eso, y también fue algo más. Porque comprendimos algo, los dos.

No podemos ser novios.

«Creo que ya entiendo lo que quieres decir —le dije después, abrazado a ella—. Con lo de ser la pregunta del otro.»

«Sí —dijo ella—. Fue el accidente lo que me hizo querer conocer la respuesta al fin. Estabas ahí, sosteniéndome la mano, y pensé: “¿Es él? ¿De verdad es él?”.»

«Yo me he preguntado eso desde que éramos niños.»

«Siempre me impidió comprometerme de verdad con Tony. No dejaba de pensar si, en otra vida, si hubiera tomado otras decisiones, habría sido tu pareja y no la suya. Supongo que me harté de esperar que otro me diera la respuesta. —Se apoya sobre un codo—. Te quiero, Mike.»

«Yo también te quiero, Henna.»

«Y lo que acabamos de hacer me ha encantado. Pero para ti no soy yo y para mí no eres tú, ¿verdad?»

«No —dije—. Creo que no.»

«Es amor. Pero de otra clase.»

«Aunque eso no hace que sea menos amor.»

Se tiende de espaldas y se acurruca contra mí.

«No puedo dejar de pensar en que todo este tiempo cada uno podríamos haber sido el mejor amigo del otro.»

«Habría sido increíble.»

«Aún estamos a tiempo.»

Sonreí.

«¿El ánimo de exploración?»

Casi noté su sonrisa.

«Podríamos probar.»

Ahora la recojo en su casa, escayola incluida, toga y birrete incluidos, el día de nuestra graduación. Para la ceremonia, las parejas aún siguen, no sé por qué, el anticuado modelo chico-chica; hace mucho tiempo que decidimos que yo iría con Henna, y Mel, con Jared. Lo cual seguramente está bien.

—El gran día —dice Henna al subir al coche. Cierra la puerta y se gira para mirar a sus padres.

Nadie se despide con la mano.

—¿Qué ocurre? —pregunto cuando empezamos a alejarnos.

—Luego —dice, sonriente—. Es un día feliz. En muchos sentidos.

La ceremonia es a mediodía. El sol ya endurece los árboles y hace que el mundo entero huela a polvo. Mel va con Steve desde su apartamento. Mi madre llevará más tarde a Meredith y nos verá en la ceremonia. Mi padre estaba tan borracho esta mañana que se ha quedado dormido en el estudio

con la ropa de trabajo y ha sido imposible despertarlo. Mel y yo solo confiamos en que siga vivo hasta la terapia de desintoxicación, aunque también esperamos que nuestra madre se asegure de ello.

Jared y su padre estarán allí. Lo cual no resultará incómodo para nadie.

—Va a ir bien, Mike —dice Henna como si me leyera el pensamiento.

—¿Tú crees?

—Me refiero a todo —dice mirando por la ventanilla mientras recorremos la carretera que lleva al instituto, por enésima vez. Por última vez—. Creo que todo va a ir bien. Todo. Para todos.

Esto hace que me duela otra vez el estómago. Me revuelvo tanto en el asiento que Henna lo advierte.

—¿De verdad crees hasta ese punto en el destino, Mikey? ¿De verdad crees que existe solo para darte un puñetazo en la cara?

—Ya me ha dado unos cuantos.

Vuelve a mirar por su ventanilla.

—Creo que todo va a ir bien. También para ti.

Y empiezo a contar los postes de teléfono que vamos dejando atrás.

Tengo la impresión de que no voy a poder parar.

Pero entonces paro.

Ya hay mucha gente cuando llegamos, aunque faltan dos horas para la ceremonia en sí. Y tenemos cierta experiencia en cruzar muchedumbres, así que ni nos inmutamos. Encontramos a Mel y a Steve en el océano de togas negras sudorosas. Jared y Nathan están con ellos. Henna abraza a todos.

—Hola —le digo a Jared.

—Hola —dice él.

Todos nos miran.

—Oh, por el amor de Dios —dice Mel; nos agarra de un brazo a cada uno y nos empuja fuera de la multitud—. Vamos. Id a arreglarlo. Es nuestro último día.

Y lo hacemos. Nos alejamos del campo donde está empezando el ensayo —sí, un ensayo— y nos dirigimos a la parte trasera del gimnasio, donde ningún profesor pueda vernos y obligarnos a volver.

—Lo siento —empieza Jared.

—Yo también lo siento —digo.

—No quería decir todo aquello. De verdad que no.

—Lo dijiste, pero... creo que me lo merecía.

—Yo también creo que me lo merecía.

No decimos nada más durante un minuto.

—¿Ya está? —pregunto, con curiosidad genuina.

—Supongo.

—¿Lo hemos arreglado?

—No da mucho la sensación, ¿verdad?

Otra pausa larga.

—Me he acostado con Henna —digo.

Él sonríe, maravillado.

—¿En serio?

—Sí. Y hemos llegado a la conclusión de que en realidad solo somos amigos. La verdad es que ha sido... ha sido genial.

—¿Lo ves? —dice—. Tú también me has escondido un secreto.

—Necesitaría toda una vida para ponerme a tu nivel.

Desvía la mirada intentando meterse las manos en los bolsillos a través de la toga. Sin éxito.

—Sí —dice—. Lo sé. Pero, Mikey, me paso los días luchando con todas las armas que tengo para llevar una vida normal. Y nadie me deja. Excepto tú. Tú has sido quien me ha salvado. Un montón de veces.

—Puedes contarme cualquier cosa, Jared. Cualquier cosa.

Hace una mueca.

—No tiene nada que ver con no confiar en ti. Tiene que ver con aquello en lo que se convierte algo cuando lo cuentas. Es como si se hiciera más verdad. Y adquiriera vida propia y se propagara enseguida y se volviera algo que no puedes controlar.

Espero a que prosiga. Y lo hace.

—No quiero ser un indie, Mike. Debería serlo. Soy gay. Tengo una parte de Dios. Ni siquiera Jared es mi nombre de pila...

—Mercurio —digo en voz alta quizá por primera vez en diez años.

Él hace otra mueca. No sabría decirte cuánto lo detesta.

—¿Cómo va a irme con un nombre así? Solo quiero llevar una vida normal. Quiero cosas que sean mías. Quiero que las decisiones que tome sean mías y no de otros, aunque sean personas bienintencionadas o amigos.

—Yo no habría tomado ninguna decisión por ti con respecto a Nathan, en ningún sentido.

—Lo sé. Lo sé, de verdad. Me equivoqué y lo siento. —Se encoge de hombros—. Pero al fin conozco a alguien... ¿y ahora qué? Tenemos el verano, pero luego me marcharé. Como todos.

—A Mel le pasa lo mismo con Steve.

Ya.

Espero. Y sigo esperando.

—Hay algo más, ¿verdad?

Jared inhala profundamente.

—Mike, ¿qué dirías si pudiera...?

Y oímos el gemido procedente de los arbustos.

Hay una hilera de helechos y arbustos detrás del gimnasio, sobre todo para que la valla enorme coronada con alambre de espino parezca un poco menos una valla enorme coronada con alambre de espino. El gemido que nos ha llegado desde allí no eran palabras; era solo un gemido, grave, gutural, húmedo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto pensando otra vez en el puma.

Estoy sudando a mares con esta estúpida toga y noto que la ropa se me pega al cuerpo cuando volvemos a caminar bajo el sol en dirección a los arbustos. Empezamos a retirar hojas y ramas en busca del origen del gemido, y entonces, justo a mis pies...

Es un chico. Un indie.

—Oh, mierda —dice Jared.

Aparto las ramas para despejar el camino. El indie está boca abajo, con la cabeza ladeada, y vemos la sangre que le ha salido de la boca y resbalado por la barbilla. Está coagulada, como si el chico llevara allí una o dos horas. Jared me indica con un gesto que le ayude a darle la vuelta. El indie grita de dolor cuando lo hacemos, aunque está semiinconsciente.

Vemos por qué.

—Oh, Dios mío —digo.

Va vestido de negro por entero, como nosotros, pero él con ropa de calle. Tiene la camiseta desgarrada y heridas horribles, horribles, en el pecho, que sangran mucho, como si lo hubieran apuñalado una y otra vez. Me sorprende que siga vivo, y pienso que apenas lo está. Tiene los ojos solo medio abiertos y no parece saber quiénes somos o que estamos ahí siquiera.

—Lo conozco —dice Jared—. Es uno de los Finn.

Es uno de los Finn. Yo también lo reconozco.

—¿Qué significa esto?

—No lo sé.

Me levanto para rescatar mi teléfono de debajo de la toga.

—Tenemos que pedir ayuda.

—No creo que estemos a tiempo —dice Jared, y se arremanga.

—¿Puedes curarlo lo suficiente... —pregunto— lo suficiente para mantenerlo con vida hasta...?

Pero Jared se limita a mirarme, una mirada que soy incapaz de describir. Es pesadosa y triste, pero también severa, como si no tuviera otra opción.

—¿Jared? —digo.

Él posa las manos en el indie.

Sus palmas desprenden luz, pero esta vez no se parece a nada que haya visto en él antes. Es mucho más brillante, más grande, y casi parece viva: culebrea alrededor del cuerpo del indie, desaparece dentro de sus heridas, y también dentro de su boca y sus ojos. Da la impresión de que Jared está haciendo un gran esfuerzo, y cuando abre la boca para respirar, también vierte luz por ella. Se oye un sonido que es mitad motor de avión mitad huracán...

Y entonces todo cesa.

—¿¿Qué demonios ha sido eso?! —pregunto.

Jared me mira apesadumbrado.

—El «algo más».

El indie inhala una bocanada de aire sofocada y se sienta; cada poro de su cara desprende sorpresa. Nos mira a Jared y a mí con los ojos desorbitados, como si pudiéramos ser fantasmas.

—¿Jared? —dice—. ¿Mike Mitchell?
—Los mismos —contesta Jared.
El indie se mira la camiseta, desgarrada y manchada de sangre oscura...
Pero ni una sola herida.
—Creo que no era esto lo que tenía que ocurrir —dice el indie, atónito—. Creo que tenía que morir.
—Bienvenido —digo.
—Gracias —contesta.
—Todos tenemos que morir —dice Jared—. Sencillamente, tú no tenías que morir ahora.
El indie respira profundamente.
—Creo que en eso te equivocas. —Sonríe, temblando—. Pero me alegro de ello.
—¿Qué ha pasado? —pregunta Jared.
El indie nos mira haciendo memoria.
—Los Inmortales nos sorprendieron. Cruzaron la última fisura... —Da un respingo—. ¡Satchel!
Jared y yo nos miramos.
—¿Satchel? No hemos visto a nad...
El indie se levanta.
—No, no... Ahora puedo ayudarla. De hecho...
Da media vuelta y echa a correr hacia el aparcamiento como alma que lleva el diablo.
—¿Adónde vas?! —le gritamos.
—¡A casa! —contesta—. ¡Voy a buscar una cosa!
—¿Podemos ayudarte?! —dice Jared.
—¡No creo que debáis! Pero ¡gracias!
Se vuelve y sigue corriendo. Lo miramos un momento.
—¿No quiere graduarse? —digo.
Jared se encoge de hombros.
—Indies —dice, como si eso lo explicara todo.



Bueno, pues la cosa es esta: los Dioses quieren a Jared a jornada completa. Con su abuela jubilada en su reino y su madre ausente sin permiso en algún lugar recabando dinero para los leopardos de las nieves, los Dioses consideran que el puesto lleva demasiado tiempo vacante.

Y resulta que hace ya bastante que lo quieren.

—Ahí es donde estaba todos esos sábados —dice Jared mientras formamos filas de a dos para acceder a nuestros asientos. Jared y yo hemos decidido que, ¡a la mierda!, vamos a ir juntos; también irán juntas Mel y Henna. Qué rebeldes somos. (Bueno, de momento.)—. Excepto los que he pasado últimamente con Nathan.

Nathan, como lleva poco tiempo en el instituto, está muy por detrás en la fila, emparejado con una estudiante de intercambio estonia que, para ser sincero, ni siquiera sabía que iba a nuestro instituto.

—No dejé de negarme —me cuenta Jared mientras empieza a sonar «Pompa y circunstancia» en el campo de fútbol donde están sentadas nuestras familias, esperando a que llegemos—. Y tenía intención de seguir negándome. Y ellos no dejaron de hacerme ofertas para que cambiara de opinión, pero las rechacé todas.

Estamos en el primer tercio de la fila, así que empezamos a desfilas por el campo de fútbol detrás de los alumnos estrella, entre ellos la que mejores notas ha sacado, una chica llamada Bethany que tiene que dar un discurso y que parece ser incapaz de dejar de tragar saliva de puro nerviosismo.

—¿Y qué pasó para que cambiaran las cosas? —pregunto.

—El puma —contesta Jared, muy serio—. No pude salvarlo. No quería que volviera a pasar algo así. Dije que lo pensaría si me otorgaban todo el poder para curar a quien quisiera.

—Entonces, ¿eso es lo que has hecho con Finn?

Jared asiente y luego me mira.

—Todavía estaba pensándolo. Eso iba a cambiar toda mi vida, al fin y al cabo, y quería saber qué opinabas tú de esa oferta final. Pero habiendo usado el poder hace un momento, en cierto modo ya he aceptado el trato.

Llegamos a las últimas hileras de asientos por el pasillo central. Veo a mi madre y a Meredith. Las saludo con la mano. Saludo también al señor y

a la señora Silvennoinen. Veo al señor Shurin. Él me saluda con un semblante agónico. Me sorprendo devolviéndole el saludo.

—¿Qué significa todo eso? —digo. Aunque ya estoy comprendiéndolo—. No vas a ir a la universidad conmigo, ¿verdad?

—Error —dice Jared, y se ríe de mi expresión—. Esa era mi condición. Quiero ir a la universidad. Quiero saber lo que es. Pero después...

—Después serás un Dios con dedicación exclusiva.

—Eso parece —dice Jared—. Ascenderé cuando me licencie.

—¿Un Dios licenciado en Matemáticas?

—Un Dios de los Gatos licenciado en Matemáticas. —Jared sacude la cabeza—. Mi utilidad no tendrá límites.

Enfilamos nuestra hilera detrás de Henna y Mel, que nos han dejado solos para que podamos hablar. Esperamos de pie a que lleguen todos.

—¿Podremos seguir siendo amigos? —le pregunto.

Se limita a mirarme.

La voz de canadiense francófono de nuestro director atrona en el campo, y parece tan aburrida como siempre.

—Graduados —dice—, tomen asiento, por favor.

Mejor te ahorro la ceremonia. En realidad, casi ni la oigo. El director se equivoca a propósito con varias frases hechas en inglés para arrancar alguna risa discreta («Estaré dispuesto a, como suele decirse, coger el toro por el cencerro.» ¿Lo ves? Discreta). Bethany consigue acabar su discurso sin desmayarse. La banda de jazz toca una versión estilo-claxon-de-coche de la espeluznante «Bold Sapphire».

Ahí plantado, me siento como si alguien acabara de tirarme de un helicóptero en mitad del mar.

Jared. Se irá para siempre. Dentro de cuatro años, pero se irá para siempre. Ni siquiera estará en algún sitio del planeta, como su madre ausente. Estará en su reino. Literalmente inalcanzable.

—Yo también odio, Mikey —me dice mientras empiezan a entregar los diplomas—. ¿Sabes lo solos que están los Dioses?

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque Finn estaría muerto si no lo hiciera.

¿Y qué puedo hacer sino asentir?

Antes de darme cuenta, se oye el nombre de Mel, y mi hermana se pone en pie para subir al escenario. Yo también me levanto para vitorearla y la vitoreo de verdad, porque Mel lo ha conseguido. ¡Qué demonios!, todos lo hemos conseguido. Al menos hasta ahora. Mel tenía previsto ir con Jared a recoger el diploma, así que el siguiente nombre que se oye es el suyo, y yo vuelvo a vitorear aunque tengo la impresión de que me va a explotar el pecho. Henna se desplaza al asiento de al lado y cuando la llaman, me abraza y me susurra al oído: «No voy a ir a África», y enfila el pasillo para recoger el diploma sin dejar de sonreírme. Mel y Jared la han esperado al fondo del escenario y, aunque se supone que no está permitido, hacen lo mismo cuando me llaman a mí.

Me levanto, me vuelvo hacia mi madre y Meredith —la primera está haciendo fotos, la segunda grita como si yo fuera un miembro de Bolts of Fire— y vuelvo a saludarlas. Subo al escenario, aún con la sensación de estar en el mar, con la sensación de haber perdido de vista la orilla y, aunque de momento puedo nadar, sin saber cuánto tiempo seré capaz de aguantar.

—Enhorabuena —dice el director al estrecharme la mano.

Cojo el diploma que me tiende.

Y eso es todo. Así de simple. Me gradúo.

Veo a mis amigos aplaudiendo, esperándome. Todos me abrazan a la vez cuando los alcanzo, un montón de brazos alrededor de mí. Estamos ahí los cuatro, mis amigos.

En el final.

Jared también me abraza por separado.

—Hay algo más —dice—. Algo bueno, pero importante. Si me dejas.

—Estamos bloqueando la fila —digo, estúpidamente, aún desconcertado por toda la información nueva.

—No me importa. —Me sujeta por los hombros—. Por fin puedo curarte, Mikey —dice en mitad de toda esta graduación—. El trastorno obsesivo-compulsivo. La ansiedad. Todo.

—Pero..., no..., no puedes. Eso ha sido siempre demasiado difícil...

—Sí puedo. Esa fue otra de las condiciones que puse para aceptar el trato.

No sé qué decir. Henna y Mel siguen ahí, mirándonos; otros graduados intentan abrirse paso por nuestro lado, varios también se abrazan a sus amigos. La música de la banda es estridente e interminable.

—¿Podrías curar a Mel? —digo sin saber siquiera que iba a decirlo—. ¿Podrías hacer que estuviera bien para siempre?

Mel rompe a llorar al oírme, pero en plan bien, aunque salta a la vista que no está segura de qué estamos hablando. Jared se limita a sonreír.

—¿Lo ves, Mikey? Por estas cosas nunca has sido el menos querido. Jamás.

Veo que al final un profesor se encamina hacia nosotros para que despejemos el camino mientras cada vez más alumnos se regazan también, esperando a más amigos, esperando a tener las últimas conversaciones.

O las primeras conversaciones, supongo. Las primeras conversaciones de la nueva vida.

—Llevaba mucho tiempo esperando esto —dice Jared—. Lo pedí durante años y decían que era demasiado para mí. Me daría ventajas sobre demasiados Dioses, así que seguí negándome.

—Hasta que al final aceptaste —digo.

—Hasta que al final ellos aceptaron.

Pienso en su renuncia al curar al indie, en el hecho de que no tuviera más opción que aceptar el trato. Debe de leerme el pensamiento.

—Creía que serías tú —dice—. Creía que tú serías el primero a quien curara del todo, no Finn. Pero curarte implicaba tener que aceptar el trato. Tener que marcharme. Y era o verte sufrir o dejar de verte.

—Y como ahora vas a irte de todos modos...

Me muestra las palmas de las manos. Se iluminan.

—Esto es cuánto me importas, Mikey.

Lo miro a los ojos. Hace calor, la multitud que nos rodea es cada vez más numerosa y ruidosa, la banda de undécimo curso sigue consiguiendo que la música parezca el coro de cláxones de un atasco monumental. Henna y Mel nos miran. Incluso Nathan ha cruzado la ahora bastante controlable

muchedumbre hasta nosotros. Mi madre y mi hermana están ahí fuera, cerca. El futuro se aproxima como un remolino.

Y, de pronto, parece un poco menos preocupante.

—En realidad, eso es lo único que siempre he querido saber —digo, cayendo en la cuenta en ese preciso instante de que es absolutamente cierto.

Y entonces la chica que vi salir del gimnasio después del baile baja por el pasillo de la graduación, sin toga ni birrete.

—¡Todo el mundo fuera! —grita lo bastante alto para que la oigamos a pesar del ruido—. ¡El instituto está a punto de estallar!

CAPÍTULO VIGESIMOPRIMERO, en el que el instituto estalla.



Vemos cómo el instituto arde, pese a los esfuerzos denodados de todos los camiones de bomberos que había en un radio de ochenta kilómetros.

La explosión se ha llevado por delante casi todo, incluido medio campo de fútbol y gran parte del aparcamiento. La mayoría de los coches han quedado destrozados, por lo que prácticamente nadie ha podido volver a casa aún. En las explosiones iniciales hubo fogonazos de luz azul — también una columna que llegaba a las nubes—, pero luego desaparecieron y solo quedó un fuego ridículamente enorme.

Un fuego que, por lo que sabemos, no ha matado a nadie. Ni siquiera a ningún indie.

Cuando aquella chica nos dijo que saliéramos corriendo, todos lo hicimos, incluso los adultos, quienes no nos habría extrañado que hubieran interpretado aquello como una travesura. Pero quizá percibían que en la ciudad estaba pasando algo malo. O quizá recuerdan sus años de adolescencia más de lo que aparentan.

Mi madre, con Meredith en brazos, nos encontró en mitad de lo que resultó ser nuestra segunda estampida del mes.

—¿Deberíamos hacerle caso? —preguntó.

—Sí, sin duda —contestó Mel casi arrastrándola.

Todo el mundo echó a correr. Todo el mundo llegó a una distancia segura. Todo el mundo pudo ver cómo el gimnasio estallaba provocando una onda tan fuerte que nos tiró al suelo.

Y ese fue el final de nuestro instituto. Que solo tenía ocho años, porque había reemplazado al anterior, que volaron para destruir a los fantasmas devoraalmas. El ciclo de la vida, supongo.

A un lado del instituto hay pequeñas colinas. Están cubiertas de bosque denso, pero aun así es posible ver bien el incendio por entre los árboles. También hay un fast food al pie de la ladera, por el otro lado, un poco más abajo del mexicano donde hemos almorzado muchas veces, y cuando todo el mundo vio que no estábamos muertos ni íbamos a estarlo, a muchos nos entró hambre. Compramos hamburguesas y patatas fritas y subimos a la cima para ver el incendio. Ahora estamos rodeados de alumnos ataviados con togas y birretes, padres con trajes y vestidos, y de nuevo varios periodistas... que hablan con mi madre, pero ella se mantiene a una distancia prudente de nosotros: Mel, Henna, Jared, Nathan, Steve, Meredith (mi madre la ha dejado con nosotros) y yo, que estamos sentados y comemos y vemos cómo nuestro instituto está quedando reducido a cenizas.

—Bueno —dice Mel, y le da un bocado a la hamburguesa de pollo, pan incluido—, al menos tenemos el diploma.

—Seguro que todos los demás lo recibirán por correo —dice Jared.

Se ha abierto la toga y se la ha puesto a modo de capa. Aunque aún lleva el birrete. Todos lo llevamos. ¿Por qué no? Nos hemos graduado.

—¿Crees que papá podrá conseguirnos coches para el verano? —pregunto.

—¿Para compensar que se ha perdido la ceremonia? —dice Mel—. Oh, sí. También para Henna, Jared y Nathan. Aunque, en realidad, si hubiera venido hoy, posiblemente no habría estado en condiciones de correr lo bastante deprisa, así que quizá mejor así.

—No puedo creer que hayan volado el instituto —dice Nathan, con la cabeza apoyada en el estómago de Jared.

Henna se acaba el refresco.

—Sí. Daba la sensación de que era tan inevitable que en cierto modo hacía pensar que nunca ocurriría de verdad.

—Siempre y cuando lo reconstruyan antes de que yo me gradúe —dice Meredith.

—Claro que lo harán, Mery Pis —dice Jared—. Deben de tener un buen seguro.

—No me llames así —dice Meredith.

—Sabes que es cariñoso, ¿verdad, renacuaja? —le dice Jared.

—Sí —contesta ella sonriendo—. Por eso tengo la esperanza de que sigas haciéndolo. Para poder seguir diciéndote: «No me llames así».

—Bicho raro —dice Mel con voz tierna, y le ofrece más patatas a nuestra hermana.

El sol aún no se ha puesto, pero la tarde avanza inexorable. Llevamos un par de horas aquí, y los bomberos aún no están ni cerca de controlar el incendio. Por suerte, el instituto se encuentra en medio de un claro enorme, así que no hay muchas probabilidades de que se propague al bosque. Eso sí sería una mierda.

Por el contrario, esto parece un pícnic tamaño ciudad. Saludamos a conocidos cuando pasan por nuestro lado o vienen a charlar. Todos hemos encontrado a nuestros padres y nos hemos tranquilizado al ver que estamos todos bien. Incluso he dejado que el señor Shurin me abrace.

«No sabes cuánto lo siento», me ha dicho.

«Lo sé, no se preocupe», le he contestado.

Nos ha dejado a lo nuestro y enfilado a pie los tres kilómetros que lo separaban de su casa; su coche también se ha tostado. Me sentía mal por él, a pesar de querer matarlo al mismo tiempo por haber pringado a Mel. Pero no es un fracasado. Nunca ha sido un fracasado. Y su única familia está a punto de irse a la universidad. Y después se irá para siempre, si no lo he entendido mal. ¿Qué le va a quedar?

¿Qué nos va a quedar a los demás?

—¿Estás bien? —me pregunta Jared con expresión ceñuda.

—Sí, estaba pensando —digo.

Nos hemos tumbado en un pequeño prado. Las togas de la graduación han resultado ser bastante aceptables como mantas, aunque dudo que vayamos a recuperar el depósito. Jared aparta la cabeza de Nathan con mucha delicadeza. Nathan pilla el mensaje y dirige toda su atención a Henna. Lo cual, vale, es amable por su parte.

—De verdad que podría, Mike —dice Jared—. Curarte.

—Lo sé. Lo vi con Finn.

—Y quiero curarte. Nunca he soportado verte sufrir.

Lo miro. No contesto. De pronto se yergue.

—Oh, Dios mío —dice—. Qué idiota soy. —Se vuelve hacia Henna—. ¿Me dejas ver tu brazo?

Sorprendida, ella lo estira hacia él.

—¿Por qué?

Me sorprende un poco que aún no lo sepa. Luego me complace. Nadie más lo sabe. He sido el primero a quien se lo ha contado.

—¿Te importa que te lo cure del todo? —le pregunta Jared.

—¿Puedes hacer eso?

—Ahora sí.

Posa una mano sobre la escayola. Las luces blancas resplandecen otra vez un instante y desaparecen. Henna flexiona la muñeca del brazo enyesado y frunce el entrecejo.

—Ya no tengo esa sensación rara —dice—. ¿Lo has curado del todo? —Sujeta un trozo de yeso desconchado y bastante mugriento ya—. ¿Puedo quitarme esto?

—Espera, espera —dice Steve, y se incorpora hasta sentarse—. ¿Qué demonios está pasando? No puedes quitarte una escayola sin...

Pero Henna ya está rasgando el yeso. Nathan la ayuda, y entre los dos lo quitan bastante deprisa. Ella hace rotar la mano.

—Está curado —dice—. Está curado del todo. —Se gira para mirar de frente a Jared—. Has curado hasta la cicatriz.

Todos me miran. Mi mano sube hasta mi propia cicatriz.

—Creía que dijisteis que os gustaba.

—¿Qué está pasando? —vuelve a preguntar Steve.

Mel le coge la mano con ternura.

—Ya te lo dije —contesta—: no va a quedarte más remedio que tener una mente abierta con nosotros.

—Pero si puede hacer eso...

—Piensa en todo el bien que puedo hacer —dice Jared. Y luego añade, en voz más baja para que solo lo oiga yo—: Hasta que ascienda.

Vuelvo a sentir la punzada de dolor en el estómago. Ahí sigue. Jared yéndose para siempre. Eso tampoco se lo ha contado a los demás. De momento, solo lo sabemos él y yo. Al fin entiendo la carga que puede suponer un secreto.

Tony Kim pasa entre unos árboles, nos ve y se acerca. Henna se levanta y lo abraza.

—Gracias a Dios que estás bien —le dice. Él apenas se recupera de la sorpresa a tiempo para devolverle el abrazo—. Ven —lo invita Henna cogiéndolo de la mano—, siéntate con nosotros.

Tony se sienta a su lado, sobre su toga, y al instante ambos se zambullen en una conversación profunda.

Henna no va a irse a África. Me lo explicó en detalle mientras esperábamos en la cola-engrosada-por-la-tragedia del fast food.

«Tengo dieciocho años —dijo—. Me di cuenta de que en realidad no podían obligarme. Ha sido solo una cuestión de fuerza de voluntad. —Se encogió de hombros—. Intenté llevarlo bien todo ese tiempo. Nunca grité ni me puse furiosa. Solo les dije que era el último verano que podía verte, que la República Centroafricana era demasiado peligrosa para que ninguno de nosotros fuera, y que necesitaba empezar a tomar decisiones importantes por mí misma.»

«¿Y qué dijeron?», pregunté.

«¿Qué podían decir? Que tenía razón.»

Curiosamente, la primera reacción de sus padres fue intentar negociar. Estaban de acuerdo con que la República Centroafricana y su guerra civil seguramente no eran la elección más sensata, así que ¿qué tal Rumanía?

«¿Rumanía? —dije, sorprendido—. ¿Necesita Rumanía misioneros? ¿O podólogos?»

«Tienen la Iglesia Ortodoxa Rumana y, por lo que sé, hospitales. Así que no, no mucho. Pero ellos quieren ir de todos modos.»

«¿Y?»

Me sonrió, más relajada de lo que la he visto nunca.

«Les dije que no.»

Ahora veo cómo habla con Tony. Veo la proximidad que comparten. Veo cómo él la mira a los ojos sin cesar y cómo se tocan aquí y allá, y estoy seguro de que ella tiene esa sensación de deseo en el estómago. Y estoy seguro de que él también la tiene. ¿Acabarán juntos y casados? ¡Quién sabe! Pero, viéndolos ahora, ni siquiera estoy celoso.

Estoy feliz.

Lo cual es lo más raro de todo.

—¡Es él! —oímos, y vemos que el aún vivo Finn sube con la chica que nos avisó.

Ella es objeto de toda clase de miradas por donde va pasando, pero las obvia. Vienen directamente hacia Jared, y ella lo abraza.

—Uf —dice él.

—Lo salvaste —dice ella—. No era eso lo que tenía que ocurrir, pero lo salvaste.

—Ella iba a tener que sacrificarse para salvarnos —dice Finn—, pero, gracias a ti, ¡pude ayudarla y destruimos de una vez por todas las fisuras de los Inmortales!

Silencio.

—¿Vais a permitirme esta vez que pregunte de qué demonios estáis hablando? —pregunta Steve.

—¿Sabéis una cosa? —dice Mel—, a mí lo único que me interesa de verdad es saber si todo ha acabado.

La chica, que ahora recuerdo que se llama Satchel —y ahora caigo en que Finn se refería a ella— suelta una larga exhalación y asiente.

—Sí —dice—, todo ha acabado.

—Gracias a Dios —dice Mel, muy seria.

Satchel y Finn siguen ahí, con aire de estar un poco perdidos.

—¿Dónde están los otros indies? —pregunto.

Ella parece desconcertada.

—¿Los otros dos?

—Creo que así es como nos llaman —le dice Finn.

—¿En serio? —Su sorpresa parece genuina. Luego pasea la mirada por los bosques—. No estoy segura. Nos hemos dispersado. —Se le arruga un poco la barbilla—. Y no todos lo hemos conseguido.

—Eh —dice Mel con voz amable—, tranquila.

—Siento todo esto —dice Satchel entre lágrimas—. No sé por qué siempre nos pasa a nosotros. No sé por qué siempre tenemos que acabar volando el instituto...

—No te preocupes —dice Mel mientras se aparta y deja sitio para que Satchel y Finn se sienten—. Todos cargamos con algo.

—Una gran verdad —dice Jared.

Satchel y Finn se sientan. Todos juntos miramos el instituto, que sigue ardiendo.

—¿Sabes qué? —le digo en voz baja a Jared.

—¿Qué?

—Creo... creo que no quiero que me cures la herida. Ni lo demás, todavía.

—¿Estás seguro?

—Sí. Si empeora... Si empeora tanto que... Bueno, entonces lo pensaré. Pero todavía no.

—¿Tan bien está funcionando la medicación?

—No, pero si me curas, siempre viviré sin saber si podría haberlo resuelto solo.

Asiente con solemnidad.

—Tiene sentido. De hecho, ¿te apuestas algo a que tu hermana me dirá lo mismo?

Sonrío.

—Que te ofrecieras, Jared... Que negociaras... Por mí... —No puedo continuar.

Sabe a qué me refiero.

—Siempre estaré ahí para ti —dice—. Si lo necesitas.

—No siempre, cuatro años —digo enjugándome los ojos.

—Cuatro años es mucho tiempo. Pueden pasar muchas cosas.

—Es posible.

Y, mientras me palpo la cicatriz, pienso que tiene razón. Pueden pasar muchas cosas. Mel y Steve podrían seguir juntos. O no. Henna y Tony podrían volver a salir. O no. Jared y yo podríamos seguir siendo íntimos amigos. O podríamos distanciarnos. Quizá incluso haya alguna probabilidad de que esa cosa de la divinidad cambie. Quizá a Nathan lo atropelle un autobús y yo no esté cerca. Quizá deje la medicación. O siga tomándola. Quizá mi madre no gane las elecciones después de todo. Quizá mi padre se convierta en una persona nueva y ¿cómo será eso? ¿Cómo será este verano?

Demasiado corto, seguramente. Demasiadas noches en el Grillers, pero también noches juntos, todos. Como ahora.

Miro a los demás. A Jared, a Mel, de la que estoy muy orgulloso, a Henna, a Meredith, a Steve, incluso a Nathan, incluso a los dos indies, que en verdad solo parecen dos más. Personas normales comiendo una hamburguesa en una colina con vistas al cráter donde antes estaba su instituto.

—¿Qué metáfora vamos a usar para esto? —pregunta Nathan—. ¿Nuestra infancia se está consumiendo?

—Creo que hace ya mucho que nuestra infancia se consumió —dice Mel, recostada contra Steve.

—¿El instituto es como vivir entre llamas? —sugiere Henna.

—Eso es bastante cierto —digo.

—¿Qué tal la del fénix que renace de las cenizas? —propone Meredith.

—Eso suena a demasiado esfuerzo, Mery Pis —dice Jared—. Yo creo que solo es un instituto ardiendo. No creo que sea ninguna metáfora.

—Aguafiestas —dice Nathan, y los dos ríen.

Y yo solo me pongo un poquitín celoso.

—¿Por qué todo tiene que significar algo? —pregunta Jared—. ¿No tenemos suficiente vida que vivir?

Pero entonces, mientras asiento sin dejar de mirar la torre de humo que se extiende hacia la Montaña —en realidad es así como bonito—, digo:

—Todo está siempre acabando. Pero todo también está siempre empezando.

—Dios —dice Henna—, ese habría sido un lema mucho mejor para el baile de graduación que «Eternamente joven».

Nos quedamos mirando el fuego, el cual probablemente solo es fuego, pero lo miramos juntos. Mis amigos y yo. Y habrá un mañana, por supuesto que lo habrá, en el que todo vuelva a empezar. Pero ahora mismo es casi una especie de bucle para mí, algo dentro de lo que sentirme, aunque esta vez es bueno. Es un bucle con mis amigos que sería fantástico aunque durase toda la maldita vida.

Lo sé: si lo necesito, me salvarán.

También sé que es posible que no lo necesite tan a menudo.

Miramos el fuego. Miramos el fuego.

Y seguimos mirando.

Nota del autor

Poco después de la devastación del tifón Haiyan, las escritoras de literatura juvenil Keren David, Candy Gourlay y Keris Stainton (a las que deberíais leer) pusieron en marcha la Authors for the Philippines, una campaña de recaudación de fondos para Cruz Roja. Las escritoras donaron varios premios por los que la gente pujó. El éxito de la campaña fue arrollador (se consiguieron más de ochenta y cinco mil dólares), y yo me sentí muy orgulloso de participar en ella.

Subasté la posibilidad de que el nombre del ganador apareciera en este libro, y fui el escritor más afortunado del mundo cuando ganó la subasta Henna Silvennoinen, un nombre tan asombroso y fantástico que quiero utilizarlo en todos los libros que escriba a partir de ahora. Henna, el personaje, era nueva y buscaba un nombre; Henna, la persona, le dio el nombre perfecto.

En el segundo puesto de la subasta quedó Jared Shurin. Con la voluntad de contribuir a esta buena causa, Jared y yo acordamos que si, de todos modos, él hacía un donativo a la Cruz Roja, podría aparecer también en el libro (reemplazando a quien hasta el momento había sido un nada comprometido «Josh»).

Obsta decir que los personajes y las personas reales solo tienen en común los nombres, y que cualquier otro parecido es casual, ya que los personajes del libro se desenvuelven en una vida propia..., aunque me

consta que el Jared Shurin auténtico ahora tiene tarjetas de presentación en las que pone: «Tres cuartas partes judío y una cuarta parte dios».

Patrick Ness, novelista ganador de numerosos premios, ha escrito para England's Radio 4 y *Sunday Telegraph*, y colabora como crítico literario en *The Guardian*. Ha escrito varios libros, entre los que destaca *Un monstruo viene a verme*, la novela *best seller* ganadora de la Carnegie Medal —el mayor premio de literatura juvenil del Reino Unido— en la que se inspira la aclamada película de J.A. Bayona.

Nacido en Virginia, vive actualmente en Londres.

Índice

Los demás seguimos aquí

Capítulo primero

Capítulo segundo

Capítulo tercero

Capítulo cuarto

Capítulo quinto

Capítulo sexto

Capítulo séptimo

Capítulo octavo

Capítulo noveno

Capítulo décimo

Capítulo decimoprimer

Capítulo decimosegundo

Capítulo decimotercero

Capítulo decimocuarto

Capítulo decimoquinto

Capítulo decimosexto

Capítulo decimoséptimo

Capítulo decimoctavo

Capítulo decimonoveno

Capítulo vigésimo

Capítulo vigesimoprimer

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos